CUADERNOS

HISPANOAMERICANOS



MADRID 70

OCTUBRE 1955

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

LA REVISTA
que integra
al MUNDO
HISPANICO
en la
cultura de
NUESTRO
TIEMPO

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

CORRESPONSALES DE VENTA DE EDICIONES MUNDO HISPANICO

ARGENTINA: José Pérez Calvet. Suipacha, 778. *Buenos Aires.*—BOLIVIA: Gisbert y Cía. Librería La Universitaria. Casilla núm. 195. *La Paz.*—BRASIL: Fernando Chinaglia. Distribuidora, S. A. Avenida Vargas, núm. 502, 19 andar. *Río de Janeiro.*—Consulado de España en *Bahía.*—COLOMBIA: Librería Hispania. Carrera 7.ª, núms. 19-49. *Bogotá.*—Carlos Climent. Instituto del libro. Calle 14, números 3-33. *Cali.*—Unión Comercial del Caribe. Apartado ordinario núm. 461. *Barranquilla.*—Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núms. 47-52. *Medellín.* Abelardo Cárdenas López. Librería Fris. Calle 34, núms. 17-36-40-44. Santander. *Bucaramanga.*—COSTA RICA: Librería López. Avda. Central. *San José de Costa Rica.*—CUBA: Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, núm. 407. *La Habana.*—REPÚBLICA DOMINICANA: Instituto Americano del Libro. Escofet Hermanos. Arzobispo Nouel, núm. 86. *Ciudad Trujillo.*—CHILE: Inés Mújica de Pizarro. Casilla número 3.916. *Santiago de Chile.*—ECUADOR: Selecciones, Agencia de Publicaciones. Nueve de Octubre, núm. 703. *Guayaquil.*—Selecciones, Agencia de Publicaciones. Venezuela, núm. 589, y Sucre, esquina. *Quito.*—REPÚBLICA DE EL SALVADOR: Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador.*—ESTADOS UNIDOS: Roig Spanich Books. 575, Sixth Avenue. *New York 11, N. Y.*—FILIPINAS: Andrés Muñoz Muñoz. 510-A. Tennessee. *Manila.*—REPÚBLICA DE GUATEMALA: Librería Internacional Ortodoxa, 7.ª Avenida, 12, D. *Guatemala.*—Victoriano Gamarra. Centro de Suscripciones. 5.ª Avenida Norte, núm. 20. *Quezaltenango.* HONDURAS: Señorita Ursula Hernández. Parroquia de San Pedro Apóstol. *San Pedro de Sula.*—Señorita Hortensia Tijerino. Agencia Selecta. Apartado número 44. *Tegucigalpa.*—Rvdo. P. José García Villa. *La Ceiva.*—MÉXICO: Eisa Mexicana, S. A. Justo Sierra, núm. 52. *México, D. F.*—NICARAGUA: Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones. *Managua.*—Agustín Tijerino. *Chinandega.*—REPÚBLICA DE PANAMÁ: José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, núm. 3. *Panamá.*—PARAGUAY: Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, núm. 209. *Asunción.*—PERÚ: José Muñoz R. Jirón Puno (Bejarano), núm. 264. *Lima.*—PUERTO RICO: Matías Photo Shop. 200 Fortaleza St. P. O. Box, núm. 1.463. *San Juan de Puerto Rico.*—URUGUAY: Fraga, Domínguez Hnos. Colonia, núm. 902, esquina Convención. *Montevideo.*—VENEZUELA: Distribuidora Continental. *Caracas.*—Distribuidora Continental. *Maracaibo.*—ALEMANIA: W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel Gereonstr, número 25-29. Koln, 1, Postfach. *Alemania.*—IRLANDA: Dwyer's Internacional Newsagency. 268, Harold's Cross Road. *Dublín.*—BÉLGICA: Agence Messageries de la Presse. Rue du Persil, núms. 14 a 22. *Bruselas.*—FRANCIA: Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París (6 éme).*—Librairie Mollat. 15, rue Vital Carles. *Bordeaux.*—PORTUGAL: Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, núm. 119. *Lisboa.*

EDICIONES CULTURA HISPANICA

"Ediciones Cultura Hispánica" es hoy la única empresa editorial al servicio de Iberoamérica y Filipinas que viene realizando tenazmente, año tras año, el intento más considerable entre los pueblos de habla española, para dar a conocer las vivencias culturales de la comunidad hispánica y los más importantes hallazgos en el amplio campo del pensamiento y de la cultura contemporánea.

Desde su fundación, en el año 1945, toda una serie de volúmenes aparecidos en una ininterrumpida y sistemática labor han puesto de manifiesto ante el público lector el esfuerzo editorial que significa proyectar, a través de sus diversas Colecciones, sobre las clases cultas del mundo entero, la multiforme realidad hispanoamericana.

Literatura, Arte, Filosofía, Poesía, Ensayo, Historia, Geografía, Economía, Derecho, etc., son materias que, a través de las más consagradas y amenas plumas iberoamericanas y españolas, ofrece a sus lectores "Ediciones de Cultura Hispánica".

Nombres prestigiosos, como los de Ramón Menéndez Pidal, José Vasconcelos, José María Pemán, Carlos Pereyra, P. Constantino Bayle, S. J., Juan Manzano, Gonzalo Zaldumbide, Mercedes Ballesteros, Víctor A. Belaunde, Pedro Laín Entralgo, José Arce, Gerardo Diego, Eduardo Carranza, Leopoldo Panero, entre otros muchos, avaloran su catálogo editorial.

Pero hay más: "Ediciones Cultura Hispánica", nacida al servicio de los intelectuales de Hispanoamérica, en su deseo de acercarse cada vez más a la meta cultural que a sí misma se ha asignado, ofrece a todos los centros culturales del Mundo Hispánico, así como a los particulares, la posibilidad de recibir cualquier obra publicada por editoriales españolas y toda clase de libros antiguos o modernos, por cuenta de los interesados y a través de su distribuidora exclusiva para todo el mundo que es "Ediciones Iberoamericanas, S. A." (E. I. S. A.), Pizarro, 17, Madrid, y a ella, o a sus representantes en el exterior, pueden dirigirse para que les sean remitidos nuestro catálogo o nuestros libros, contra reembolso.

Igualmente, para todas aquellas obras que por su índole no encajen dentro de nuestro marco de publicaciones, "Ediciones Cultura Hispánica" se compromete a editar por cuenta de sus autores, y a través de su distribuidora E. I. S. A., cualquier original que nos envíen, encargándose muy gustosamente, de acuerdo con las indicaciones o sugerencias del autor, de la elección de formato, selección de papel, corrección de pruebas y realizar el envío, una vez concluída, de la obra cuya impresión se le encomiende.

AVENIDA DE LOS REYES CATÓLICOS (Ciudad Universitaria)

MADRID (España)

EDICIONES CULTURA HISPANICA

OBRAS ULTIMAMENTE PUBLICADAS

CIENCIAS ECONÓMICAS:

La balanza de pagos en los países hispanoamericanos, por José Ignacio Ramos Torres. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 45 ptas.

Esquemas económicos de Hispanoamérica, por Francisco Sobrados Martín y Eliseo Fernández Centeno. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 50 ptas.

CIENCIAS JURÍDICAS:

Las Constituciones de la República Argentina. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.

Las Constituciones de Puerto Rico, por Manuel Fraga Iribarne. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 100 ptas.

Las Constituciones del Perú, por José Pareja y Paz-Soldán. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.

Las Constituciones de la República de Panamá, por Víctor F. Goytia. Madrid, 1954. 22 × 15 cms. 150 ptas.

POESÍA:

Martín Cerere, por Cassiano Ricardo. Trad. de Emilia Bernal. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

Ciudad y yo, por Blanca Terra Viera (Premio Ministerio de Educación de Uruguay, 1952). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 25 ptas.

Nueva poesía panameña, por Agustín del Saz. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 65 ptas.

Canto personal, por Leopoldo Panero (2.ª edición). Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

La llama pensativa, por Evaristo Ribera Chevremont. Madrid, 1954. 13 × 21 centímetros. 50 ptas.

Memorias de poco tiempo, por José Manuel Caballero Bonald, con ilustraciones de José Caballero. Madrid, 1954. 13 × 21 cms. 50 ptas.

ARTE:

La pintura española contemporánea, por Manuel Sánchez Camargo, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 20 × 27 cms. 275 ptas.

ENSAYOS POLÍTICOS:

El mito de la democracia, por José Antonio Palacios. Madrid, 1954. 14 × 21 centímetros. 65 ptas.

El pensamiento de José Enrique Rodó, por Glicerio Albarrán Puente. Madrid, 1954. 14 × 21 cms. 100 ptas.

Elogio de España al Ecuador (Conferencias pronunciadas por el doctor Marañón, Pemán, Laín Entralgo, Marqués de Lozoya y Sánchez Bella. Con una introducción del Excmo. Sr. D. Ruperto Alarcón Falconí, Embajador del Ecuador). Madrid. 15 × 20,5 cms. 30 ptas.

CIENCIAS HISTÓRICAS:

Causas y caracteres de la independencia hispanoamericana (Congreso Hispanoamericano de Historia). Madrid, 1954. 17 × 24 cms. 90 ptas.

Código de Trabajo del indígena americano, por Antonio Rumeu de Armas. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Azul celeste y blanco (Génesis de la bandera argentina), por Ricardo A. Herren. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 25 ptas.

Dogmas nacionales del Rey Católico, por Francisco Gómez de Mercado y de Miguel. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 75 ptas.

HISPANIDAD:

Sobre la Universidad Hispánica, por Pedro Laín Entralgo. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 20 ptas.

Destino y vocación de Iberoamérica, por Alberto Wagner de Reyna. Madrid, 1954. 12 × 17 cms. 23 ptas.

GENEALOGÍA Y HERÁLDICA:

Dignidades nobiliarias en Cuba, por Rafael Nieto Cortadellas. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

Blasones de los virreyes del Río de la Plata, por Sigfrido A. Radaelli, con numerosas ilustraciones. Madrid, 1954. 21,5 × 14,5 cms. 50 ptas.

BIBLIOGRAFÍA:

Los manuscritos de América en las Bibliotecas de España, por José Tudela de la Orden. Madrid, 1954. 23 × 16 cms. 100 ptas.

LITERATURA:

La ruta de los conquistadores, por Waldo de Mier. Madrid, 1954. 21,5 × 14.5 centímetros. 45 ptas.

INDICE

Portadas y dibujos de la pintora argentina *Beatriz Díez.*



NUESTRO TIEMPO

LENGUA Y SER DE LA HISPANIDAD (*)

POR

PEDRO LAIN ENTRALGO

"Saltando en tierra el Almirante y todos, hincan las rodillas; muchos derramando lágrimas, dan gracias inmensas al Todopoderoso Dios y Señor, que los había traído a salvamento, y que ya les mostraba alguno del fruto que, tanto y en tan insólita y prolija peregrinación, con tanto sudor y trabajo y temores habían deseado." Estas concisas y aurorales palabras de fray Bartolomé de las Casas nos recuerdan los dos magnos sucesos que hoy hace años acaecieron en la ribera de una islilla americana: un nuevo continente empezaba a ofrecer a la Humanidad el apenas sospechado fruto de su presencia; unos cuantos hombres, hincadas las rodillas, emplean su lengua castellana, andaluza, para decir su gratitud a Dios, que les ha concedido el privilegio de realizar "la mayor cosa después de la criación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió", como reza la sentencia insuperable de López de Gómara. La fe cristiana y la lengua de Castilla comienzan a sustentar y a informar desde ese día el fruto histórico del continente americano.

Os invito a meditar conmigo acerca de la acción informadora, configuradora, que el idioma castellano ha ejercido sobre el mensaje espiritual de América; mas no para divertirnos de nuestros afanes cotidianos cortando flores en las selvas y los prados de la erudición lingüística, que a tanto no llegan mi ciencia y mi ingenio, sino para indagar menesterosamente si el habla que Colón y los suyos llevaron al Nuevo Mundo, y las vicisitudes por ella sufridas, pueden arrojar alguna luz sobre el destino terrenal de quienes ahora la usamos. Si yo poseyese saber y garbo suficientes, os deleitaría contándoos de qué modo penetraron en el decir de los castellanos, como un zumo caliente e incitador, las palabras indias con que los primerísimos criollos nombraban aquella nunca vista realidad: la "canoa", la "piragua", la "hamaca" y el "huracán" de Centroamérica; el "chocolate", la "jícara", la "petaca" y el "to-

(*) Discurso leído en la Fiesta de la Hispanidad, celebrada en Barcelona el 12 de octubre de 1955.

mate" del Imperio azteca; la "pampa", el "cóndor", la "coca" y la "quina" de las tierras incaicas. O, en sentido inverso, cómo los aborígenes dieron sus primeros pasos en la historia de Occidente, llamando *Castilan, Castilan,* a los hombres que venían desde las regiones donde el sol nace: "Señalaron con la mano que si veníamos de hacia donde sale el sol, y decían *Castilan, Castilan*", escribe el puntual Bernal Díaz del Castillo, narrando su desembarco en el Yucatán. Pero ni a eso llego, ni eso me basta; porque no es mi propósito mostrar los pormenores del trueque verbal entre España e Hispanoamérica, sino examinar lo que ese trueque significa en la constitución anímica y en el estilo vital de quienes lo han hecho, de quienes venimos haciéndolo.

Una lengua es, en efecto, mucho más que un instrumento para el intercambio de ideas, experiencias y deseos, como son los códigos de señales que las necesidades de una convivencia tecnificada obligan a inventar; una lengua es, ante todo, un hábito de la entera existencia del hombre, una sutil impronta que nutre y conforma la mente y la vida de quien como suya la habla. Pensad, por ejemplo, en una expresión trivial: "hace buen tiempo". Para decir que el estado del tiempo climático es agradable, el hispano recurre a un vocablo de evidente linaje ético: "bueno, bueno". Otros pueblos, en cambio, emplearán un término de significación estética, el equivalente a nuestro "bello" o a nuestro "hermoso". Sí; también los hispanos decimos a veces del tiempo que es "bello", "hermoso" o "lindo"; pero el uso de tales adjetivos es en este caso algo muy próximo al cultismo, algo levemente forzado y teatral. El habla llana y espontánea preferirá siempre la vertiente ética del agrado a su vertiente estética, y dirá: "hace buen tiempo". Y quien desde la leche materna se forma en el hábito de llamar "buena" a la temperatura que le complace, ¿no acabará adquiriendo un peculiar y bien matizado modo de ser? Cuando su espíritu llegue a la plena lucidez, ¿no pensará y dirá, como Don Quijote decía a Sancho, que es cosa de villanos el regirse por la máxima de "¡Viva quien vence!"? Así podríamos ir interpretando la distancia semántica entre el "ser" y el "estar", el empleo indistinto del verbo "esperar" para nombrar el ejercicio de la expectación y el de la esperanza, y tantas otras sutilezas o deficiencias de nuestro idioma.

"Nuestro idioma", he dicho. Pero ¿hay, en verdad, un idioma al que los españoles y los americanos podamos llamar "nuestro"? Las gentes castellanas de Burgos y Segovia que lean ciertas estrofas de Hilario Ascasubi, de José Hernández, de César Vallejo, o

caten ciertos párrafos de *Doña Bárbara* o de *Canaima*, ¿dejarán de sentir, allá en los senos del alma donde el idioma germina, una oscura impresión de extrañeza? La lectura de la antillana *Canción para ser llorada*, de Luis Palés Matos:

> *—Cuba, ñáñigo y bachata,*
> *Haití, vodú y calabaza.*
> *Puerto Rico, burundaga*
> *Martinica y Guadalupe*
> *me van poniendo la casa—*,

¿no nos introduce, por ventura, en un mundo lingüístico ajeno, dulzón, soñoliento, donde el claro y bien aristado castellano se trueca, el poeta nos lo dice, en un "patuá de melaza"? La cuestión se reitera, ineludible: en estas calendas del siglo XX, ¿hay todavía un idioma al que los españoles y los americanos podamos llamar "nuestro"?

Esa interrogación no hubiera sido posible en el México del siglo XVI,

> *donde se habla el español lenguaje*
> *más puro y con mayor cortesanía*,

según el requebrado dictamen de Bernardo de Balbuena; ni en las cortes virreinales del siglo XVII, a cuya placiente sombra lopizaba la limeña "Amarilis" y gongorizaba la mexicana sor Juana Inés de la Cruz; ni siquiera entre los criollos, que en el filo de los siglos XVIII y XIX daban expresión verbal al naciente sentimiento de rebeldía contra la metrópoli. Es fama que con la *Oda al Paraná*, del argentino Manuel José de Labardén, se inicia el americanismo literario; pero, descontada la singularidad que su contenido le otorga, su lenguaje no difiere una línea del que por entonces destilaba, cabe el Manzanares, el alambique poético de Quintana y Juan Nicasio Gallego. Sobre la inevitable diversidad del habla popular—en el trópico y en la Pampa, mas también en Tierra de Campos y en el Aljarafe—, un común idioma literario unifica el decir noble de filipinos, hispanoamericanos y españoles.

¿Seguirá ocurriendo lo mismo cuando, tras la emancipación, sientan los pueblos de Hispanoamérica el urgente, el bien explicable deseo de afirmar su propia personalidad? No faltaron esfuerzos individuales para extender al lenguaje esa recia voluntad de autoafirmación. Con su vehemencia romántica, con su ansia febril "de hacerlo todo de nuevo, y todo sin España"—de Luis Alberto Sánchez es la frase—, Sarmiento proyecta una ortografía adecuada

a la fonética suramericana, apela con frecuencia al neologismo galicista, y en el fondo de sus recuerdos de niño campesino busca los giros y los vocablos que mejor declaren la oriundez andina y pampeana. González Prada, por su parte, lanza en el Perú su grito contra la tradición léxica y gramatical:

Muera el lenguaje vetusto del clásico,
guerra al inútil purismo académico.

Pero el argentino Sarmiento, y el peruano González Prada, y el ecuatoriano Juan Montalvo, y el cubano José Martí—menos rebeldes contra España de lo que ellos mismos pensaron—, ¿qué hicieron, a la postre, sino enriquecer, agilitar y vigorizar con savias nuevas el cuerpo insenescible del idioma común? Leamos hoy, en Castilla, un par de fragmentos del *Facundo:* "El terror estaba ya en la atmósfera, y aunque el trueno no había estallado aún, todos veían la nube negra y torva que venía cubriendo el cielo dos años hacía" ... "¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que, sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de tu noble pueblo! Tú posees el secreto, ¡revélanoslo! Diez años después de tu trágica muerte, el hombre de las ciudades y el gaucho de los llanos argentinos, al tomar diversos senderos en el desierto, decían: ¡No, no ha muerto! ¡Vive aún! ¡Vendrá!" Oigamos luego, por añadidura, la lista de los neologismos y localismos por Sarmiento usados: "civilizable", "simoniaquismo", "europeificación", "despotizar", "batear", "noramala", "ciénagos"... No hay, no puede haber duda: el rebelde contra Castilla acaba siendo brioso galán de su idioma. Desde la altura de 1955, ¿se permitirá a este hablador y amador del castellano el proclamar su gratitud a los hombres de América que, como los nombrados, han dilatado las lindes del común lenguaje, y a aquellos otros que, fresca aún la sangre de Junín, Ayacucho y Boyacá, ordenaron con no extinguido acierto el bien hablar de la metrópoli vencida: Andrés Bello, Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín, Rufino José Cuervo, Marcos Fidel Suárez?

Pero la historia de España e Hispanoamérica no se acaba en el siglo XIX; y lo que no aconteció mientras se afianzaba la independencia de los pueblos iberoamericanos, tal vez pueda ser realidad en nuestro siglo, cuando esos pueblos van alcanzando su plena mayoría de edad. Así lo piensan algunos. Los hombres de Iberoamérica—o de Indoamérica, por usar el reciente y bien significativo

neologismo—se hallarían en vías de crear una cultura inédita, sólo accidental e indirectamente conexa con la hispánica, y fundada sobre la primaria actitud humana y las intuiciones básicas de la realidad, que imponen, sumándose, una determinada peculiaridad racial y la singularidad ingente del medio geográfico americano, suelo sobre que se apoya la existencia y paisaje en que halla horizonte la mira; y esa cultura, incipiente ya, requeriría con urgencia la forja de un lenguaje cada vez más distante del castellano legado por españoles y criollos. Las primeras epopeyas de la vida americana autóctona—el *Santos Vega,* de Ascasubi; el *Martín Fierro,* de José Hernández—contendrían las primicias psicológicas y lingüísticas de ese nuevo modo de ser hombre; bajo su indumento parnasiano, parisiense y clásico, el modernismo de Rubén Darío, Santos Chocano, Leopoldo Lugones, Guillermo Valencia y José Enrique Rodó llevaría en sus senos, como impulso animador, una vena del recién nacido aliento; el cual, prosiguiendo su andadura histórica, se habría hecho luego figuración plástica en el arte de Rivera y Orozco, y penetradora palabra en el verso de César Vallejo, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, y en la prosa de José Eustasio Rivera, Rómulo Gallegos, Ricardo Güiraldes y Jorge Icaza.

Por las razones que diré, no puedo estar de acuerdo con ese estrecho modo de interpretar la historia más reciente del espíritu hispanoamericano. Pero, dejando aparte cualquier interpretación, algo muy real late en cuanto acabo de exponer. Cuando menos, dos importantes sucesos, tocante uno al orden de las actitudes y pertinente el otro al orden de las expresiones. Cualquier mirada discretamente sensible a la mudanza histórica, por fuerza ha de percibir en la Hispanoamérica de nuestro siglo una creciente entrega a la autocomprensión, al autoanálisis, a la preocupación por la autenticidad propia. No satisfacen ya las orientaciones y los esquemas ideológicos heredados de los próceres de la emancipación, y las mejores almas se preguntan con visible morosidad: "¿Qué somos, en nuestra realidad más genuina? ¿Cuál puede, cuál debe ser en la Historia nuestro camino?" Igual que en la Europa del siglo XVII, cuando Descartes se interrogaba a sí mismo por la senda de su destino intelectual—*Quod vitæ sectabor iter?*—, todo hace suponer que en la vida de Hispanoamérica, desde California hasta la Antártida, se está gestando una etapa histórica nueva.

En el orden de las expresiones, por otra parte, resultan sobremanera evidentes un auge y un cambio de sentido en la americanización del lenguaje literario, ya iniciada durante la segunda mitad

del siglo XIX. Hasta los años de nuestro siglo, el autor se limitaba a incluir voces y giros locales en el curso de su decir. No acontece ahora así. Desde hace varios decenios, el escritor hispanoamericano suele emplear la palabra vernácula con una grave preocupación por lo que ella es y representa en la realidad viviente de quien habitualmente la usa. Más que a la mera "inclusión" del americanismo en el habla literaria, se aspira ahora a su "epifanía" en el alma del lector, para que difunda en ella su sentido más radical. Compárese, por ejemplo, la presencia de la naturaleza americana en las fábulas de Rafael García Goyena, un poeta ecuatoriano—y guatemalteco—del primer cuarto del siglo XIX, y en los poemas de su compatriota Miguel Angel León, muerto no hace mucho. En aquéllas, el elote, el zopilote o gallinazo y el otelote viven, al servicio de una intención ingenua y tópicamente moralizadora, junto a los animales y las plantas que pueblan el repertorio tradicional de Esopo, Fedro, La Fontaine, Iriarte y Samaniego. ¡Ranas áticas del Iliso, ranas latinas del Tíber, ranas gálicas del Sena, ranas ibéricas del Manzanares, ranas americanas del Guayas y del Motagua, todas cantando—croando, si queréis—los motivos éticos y estéticos de una misma cultura! Leamos, en cambio, esta estrofa de León:

Canta, mirlo negro; di tu "de profundis", torcaza,
río que vienes gritando desde arriba,
llora mi dolor y el dolor de esta raza...

¿No se advierte una intención nueva, terebrante, en esta aparición poética del mirlo negro y la torcaza que vuelan sobre las tierras altas del Ecuador? ¿Qué expresan una y otra sino el propósito de ofrecer al lector una intuición profunda de lo que en sí mismas sean la realidad natural y la realidad histórica de la fina patria ecuatoriana?

Mas para entender plenamente esta última vicisitud del espíritu hispanoamericano, veamos lo que ha ocurrido en la intimidad de España, desde los años postreros del siglo XIX. Pensemos en la "situación de 1898", y resolvámonos a consumir unos minutos indagando lo que ella significa en nuestra historia. En 1898, España queda sola consigo misma. Ni siquiera siente en su seno el rescoldo de aquella hoguera apasionante y trágica que la hizo consumirse desde 1808 hasta 1875. Siente no más que su propia soledad, su triste y vencida soledad, y en ella y desde ella se apresta a iniciar vida nueva: una vida más sobria, más acendrada, más conocedora de su propia realidad, más atenida a sus verdaderas posibilidades.

La autovisión, el autoconocimiento, la autocrítica fueron, entre nosotros, deber amargo y apremiante. "¿Adónde iremos, qué haremos, después de haber quedado en soledad?" En todas las almas sensibles de España surgieron esas interrogaciones. Costa y Menéndez Pelayo, Cajal y Macías Picavea, Unamuno y Maeztu, Galdós y Maura, *Azorín* y Fernández Villaverde, Polavieja y Maragall, cada uno a su modo, todos percibieron en su ánimo el advenimiento y el mandato de la nueva situación histórica de la patria.

Tal inquietud por la realidad de España se expresó de muy diversas maneras; y, por supuesto, en el lenguaje. Nuestro castellano se hizo más escueto y sencillo, más directo, menos retórico y grandilocuente, más enraizado en el decir del pueblo. Unamuno concede epifanía literaria a las palabras y los giros del habla rústica de Salamanca: brezar, cogolmar, entoñar, enfusar, remejer, retuso, verbenear. Con *Azorín* cobran nueva actualidad los términos de la más vieja y tradicional artesanía y tantos otros más, de progenie campesina y urbana. Valle-Inclán, por su parte, levanta hasta el nivel de su prosa los suaves decires de Galicia y los ásperos de una América entre real e inventada. Vicente Medina y Gabriel y Galán llevan a sus versos el idioma vernáculo de Cáceres y Murcia. Y todo ello grave y esencialmente, no con intención de repetir el fácil y superficial pintoresquismo de los costumbristas del siglo XIX. El localismo idiomático ha pasado de ser pintoresco a ser esencial. Ya no es decoración ni taracea, sino mirador hacia la esencia misma de una realidad humana.

La semejanza entre lo acaecido en Hispanoamérica y lo sucedido en España es por todo extremo evidente. Aquí y allá, cabe el Pirineo y junto al Ande, análisis apasionado del alma propia y enraizamiento local del idioma literario. En definitiva, enriquecimiento del alma y el idioma comunes, hispánicos, porque—esto es lo importante, esto es lo decisivo—nuestras experiencias son y no pueden dejar de ser intercambiables. Todo lo que haga Hispanoamérica, incluso aquello por lo cual parece apartarse de España, enriquece al español que de veras lo convive; todo lo que España haga, hasta cuando más parezca meterse en sí misma, aumenta el haber espiritual del hispanoamericano que por sí mismo lo compadezca. Y ello, por obra de los profundos hábitos que un idioma común, por encima y por debajo de sus mil y una diferencias locales, ha impreso en el ser mismo de cuantos lo hablan y paladean como suyo: ese idioma medular, y esa última sensibilidad por él creada, en cuya

virtud un poema gauchesco puede ser plenamente eficaz en Castilla y conmover en la Pampa un cantar extremeño o murciano.

De mí sé decir que hasta el contacto personal con el más agrio indigenismo ha ensanchado y ahondado mi alma de español. Mas para no traer aquí ejemplos acres, os contaré como prueba una de las experiencias que más profunda y delicadamente han penetrado en la raíz de mi existencia hispánica. Fué en Quito, con ocasión de una asamblea iberoamericana. Ibamos hacia la línea equinoccial, en excursión festiva; y al llegar al pueblo de San Antonio de Pichincha, el vocero de la comunidad india, vestido con el poncho dominguero, nos recibió a los españoles con esta inolvidable salutación: "¿Te acurdais, amu de la Mama-tierra Ispaña, del otro lado de la cocha, cuando hezú de vener el patrún Crestóbal Colón, hace timpus? Le hecimos de ver lo que llegó con rupa de fierru, cun caballo asustador y cun palo que mandaba truenos. Nusutrus, endius de Améreca, iscundimos de sosto y de era, abrazandu nuestra tierra para qui nu quete del todo. Pero aura, patrún de la Mama-tierra Ispaña, cuando vos hacis de vener, crozando la cocha grande, ya no venís con la rupa de fierru, senu con el shungu-curazón de hirmanu; ya nu te trais el palo del trueno, senu la mano del amigo; ya no el caballo del sosto, senu el ricadu del alma y el abrazu senciero. ¡Dius sulu pay!... Y cuando vos venís, patrún de la Mama-tierra, nusutrus los endius ya no asostamus, senu qui abrazamus; ya no tenimus miedu, senu que envetamus a nuestra alma. La croz y el lebru de la letra y la cuenta que llegó con el amu Colón ha hecho que endiu de aura seya idocadu y hirmanu. Aura ya, patrún, el endiu de aquí y los amus de allá hacimus un mesu shungu-curazón." Bajo esa letra tosca y mestiza, como la corteza de un fruto tropical, ¡qué bella, qué delicada, qué emocionante pulpa humana e histórica! Ese indio, que luego iba a declararse compadre de Cuautemoc, de Caupolicán, de Túpac-Amaru y de "taita" Atahualpa, justificaba con su presencia y su palabra la obra de España en América: las armas aceradas de la conquista, y luego la cruz, el libro de la letra y la cuenta, su ofrecimiento de un renovado abrazo fraterno. Os aseguro, amigos, que no hubo allí ojo español al que no llegase, desde su mismo fondo, una dulce y entrañada niebla.

Vengamos, sin embargo, a lo que más importa. A través del común idioma, contemplemos sinópticamente los principales resultados del acucioso autoanálisis a que nuestros pueblos vienen sometiéndose desde hace tres cuartos de siglo; y salvado aquello que nos distingue, porque no son iguales el porteño bonaerense y el

llanero de Colombia, ni el hombre de Cataluña y el habitante del altiplano, preguntémonos: ¿Es posible decir de nosotros algo que a todos convenga? Cualesquiera que sean el color de nuestra piel y el paralelo de nuestra latitud, ¿qué somos cuantos nos entendemos en la lengua de Castilla? A mi juicio, todo lo que sigue:

1.° Al asomarse a la altura histórica del siglo XX, todos nuestros pueblos han sentido en sí mismos aliento suficiente para decir palabras de validez universal, palabras capaces de enriquecer el alma de cualquier habitante del planeta. Recordad la ciencia de Cajal y Houssay, de Río-Hortega y Clemente Estable, de Menéndez Pelayo y Rufino José Cuervo; la teología de los Padres Marín Sola, Arintero y Ramírez; las profundas intuiciones poéticas de la realidad alcanzadas por nuestros vates: los españoles Verdaguer, Unamuno, Machado y Juan Ramón Jiménez, los hispanoamericanos comprendidos entre Rubén Darío y Gabriela Mistral; contemplad la obra intelectual de nuestros pensadores y ensayistas: aquí, Unamuno, Ortega, d'Ors y Zubiri; allá, Rodó, Vasconcelos, Henríquez Ureña y Alfonso Reyes. Todo ello, ¿no puede, no debe ser pábulo espiritual, allá donde el espíritu del hombre sea cultivado?

2.° Alumbrando un pensamiento y un sentimiento de validez universal, nuestros hombres han sabido asumir en ellos los valores más propios y peculiares de los pueblos a que su sangre y su costumbre pertenecen. Castilla y los Llanos del Orinoco, la sombra del Montseny y la sombra del Aconcagua están de algún modo presentes en tantas y tantas páginas de los hombres que acabo de nombrar, y no sólo en las dictadas por el numen poético. Bajo la apariencia cincelada y serena, como de fuste corintio, de la prosa de Rodó —valga este único ejemplo—, ¿no se advierte, a veces, la honda intuición del espacio que late en el alma del gaucho pampeano?

3.° Enunciando ideas de alcance planetario y asumiendo en ellas los latidos más íntimos de su vida propia, nuestros hombres y nuestros pueblos han advertido, de modo a la vez espontáneo y reflexivo, necesario y deliberado, su pertenencia a un círculo histórico y cultural bien preciso, a una cultura situada entre lo universal y lo particular, entre el orbe y el campanario. ¿Cuál es ese círculo, cuál esa cultura?

La cuestión, grave y delicada, exige de nosotros autenticidad y lucidez. Tratémosla, pues, con amor y con rigor. ¿A qué mundo histórico, a qué "cultura regional"—para decirlo con el tecnicismo de las asambleas internacionales—pertenecemos los hombres que hablamos esta lengua caudal, una y diversa? Una primera respuesta

se impone en nuestro labio: todos nosotros, tagalos de Manila, mestizos de México y el Perú, estancieros de Buenos Aires, payeses de Ampurdán o labrantines de Tordesillas, somos parte de ese mundo que hemos dado en llamar "cultura occidental", "Occidente". El pensamiento griego, la ley romana, la fe del Cristianismo y el injerto que sobre ese noble tronco han ido poniendo luego la sangre y la cultura locales de mil pueblos distintos—iberos, escitas, celtas y semitas en la Antigüedad, germanos en la Edad Media, indios, tagalos y negros en los siglos modernos—son, creo, los principales ingredientes sucesivos del mundo "occidental".

Mas nadie caerá en la miope ingenuidad de pensar que la "cultura occidental" es uniforme. Hay en ella diversidad de lenguas, de costumbres, de tendencias, de intereses. Dos enormes regiones geográficas e históricas se destacan en su ámbito, a la primera mirada: Europa y América. Europa con su maravillosa, peligrosa diversidad—Italia la bella, España la grave, Francia la gentil, Alemania la meditabunda, Inglaterra la industriosa, Polonia la siempre mártir...—y con la unidad a que la geografía y la cultura la obligan, por debajo de pactos y discordias. América, más diversa aún—decidme en qué se parecen las tierras de Alaska y las del Chaco—y, no obstante, cada vez más deseosa y afirmadora de su unidad. Europa nos vincula a los españoles, querámoslo o no; América —Panamérica—os reúne y obliga a vosotros, los hombres que habitáis entre Tejas y la Tierra de Fuego. Aunque Europa y América se necesiten complementariamente, ¿podrá negar este hecho quien aspire a vivir en la verdad, y no a soñar en la utopía? ¿Lo negarían, si hoy viviesen, Cristóbal Colón, Hernando de Soto y fray Junípero Serra?

Sí, eso es cierto. Pero también es cierto que un inglés se entiende mucho mejor con un californiano que con un chipriota, y que un español está mucho más cerca de un limeño o de un bonaerense que de un danés, pese a lo que parezcan decir las cartas geográficas. Con otras palabras: junto a las regiones culturales "en meridiano" —Europa, América—existen, con realidad más patente aún, las regiones culturales "en paralelo", de las cuales tres parecen afirmarse con vigor y ambición crecientes: la Sajonidad, la Hispanidad y la Lusitanidad. Un inglés es a la vez europeo y sajón, como un hombre de Boston es sajón y americano, y como el español es por igual europeo e hispánico, y el hombre de Bogotá hispánico y americano. La voz humana de Shakespeare, Cervantes y Camoens, ¿no es, acaso,

más fuerte que la voz cósmica del mar, para quienes creemos en la primacía del verbo?

Todo lo cual me lleva como de la mano al empeño de indicar sucintamente, con la retórica de la precisión y no con la retórica de la evasión, las notas esenciales que distinguen a la cultura regional que llamamos "Hispanidad". Dejad que este profesor emocionado rinda así su homenaje a quienes hicieron posible la fiesta del 12 de octubre. Tres son, a mi entender, los ingredientes constitutivos de la cultura hispánica.

El primero, la lengua, nuestra lengua castellana, recia y una en su esqueleto léxico y sintáctico, vigorosa o delicada en la musculatura de su frase, flexible y diversa en la piel de sus términos y giros locales. Una lengua, en suma, común y varia, del color del marfil o del color del bronce, de consistencia marmórea o carnosa, de olor a mirto o a canela; una lengua para la cual sea antes gala que pesadumbre el bilingüismo de alguna de sus tierras. En esta de Cataluña que hoy nos sustenta, donde el castellano alcanza las matizadas cimas a que le han llevado el verso de Eduardo Marquina y la prosa de Eugenio d'Ors, Lorenzo Riber y José Plá, para nombrar sólo unos pocos, ¿cómo olvidar las palabras amorosas, exigentes y doloridas de un Maragall, en sus todavía actuales *Tres cants de guerra:*

Escolta, Espanya, — la veu d'un fill
que et parla en llengua — no castellana...?

Viene luego—mejor sería decir: viene a la vez—nuestra común idea del hombre: la resuelta afirmación de la entidad indestructible e inalienable de la persona individual, del "cada uno", frente a todas las modernas tentativas de su disolución a favor de ideas y técnicas abstractas, despersonalizadoras, y con la ética dimanante de ver en ese cada uno "nada menos que todo un hombre". Gauchos y manchegos, huasos y aragoneses, llaneros y castellanos, mejicanos y catalanes, nicaragüenses y andaluces—unos más graves y estoicos, más dados otros a las artes del próspero vivir—, en el alma de todos se yergue, para bien y para mal, la entereza, la gallardía de la personalidad propia. Que nos lo diga la voz de un ecuatoriano ilustre, el escritor Benjamín Carrión: "España, que nos hizo la visita de las carabelas, hazaña máxima de la estirpe humana, nos dejó la herencia de la cruz y la lengua, la lealtad, el honor y la aventura. España, unidad de variedades, hombría hecha de múltiples hombrías, se abrió las venas caudalosas para enviarnos raudales del hervor de su sangre, en un ímpetu de varonía que supera al de las otras razones

de conquista y civilización." La salutación del indio del Pichincha que antes leí, ¿hubiera sido posible sin esa estimación de la personalidad humana?

Y luego, dentro de nuestro lengua, en el fondo de este modo de vivir lo personal, la nota perfectiva y radicalizadora: el hábito de sentir y pensar—sin razones discursivas, por la simple virtud conformadora de la lengua y la costumbre—que, en su raíz misma, el ser del hombre trasciende la limitación del mundo visible; que ese mundo nos place, pero no nos satisface; que, para decirlo con palabras de un poeta español, nada, ni siquiera la más empeñada entrega a la acción vital, puede borrar de nuestro ánimo una "noble melancolía de dioses desterrados". Nostalgia de lo no vivido y siempre esperado, que tanto alienta en el acento último del payador criollo como en el "dolorido sentir" del castellano Garcilaso, y tanto en el cantor creyente de la *Oda a Felipe Ruiz* como en el gran poeta cimarrón de *Residencia en la tierra.* Que otros interpreten como puedan esa radical melancolía: nosotros, cristianos, sabemos bien que en su postrera instancia procede de haber sido hechos a imagen y semejanza de Dios y redimidos por la sangre de Cristo.

Eso somos. Y siendo así, ¿lograremos adquirir los saberes, las técnicas, los hábitos de cooperación y de justicia social que nuestro tiempo exige? ¿Seremos capaces de convertir la diversa unidad de nuestra cultura en eficaz comunidad de acción de nuestros pueblos? ¿Regalaremos a la historia de todos los hombres una tercera salida de Don Quijote; un Don Quiote de la dignidad humana y de la técnica eficaz, que sea a la vez de la Mancha y del Panadés, de las Tierras Calientes y de los Llanos, de la Pampa y de la inmensa Sierra andina? ¿Sabremos hacer, por lo menos, que nuestras vidas individuales sean caminos hacia tan alta empresa? Entre los quehaceres menudos y cotidianos que mañana mismo han de asaltarnos, yo os aseguro, amigos, que esas altas y punzantes interrogaciones, vivas hoy en las mejores almas de España, son la más alta herencia de aquella gavilla de hombres que hoy hace años hincaron sus rodillas y, con su castellano ceceante, dijeron a Dios su gozo, su gratitud y su esperanza sobre una playa de Guanahaní.

Pedro Laín Entralgo.
Lista, 11.
MADRID.

LA OTRA PINTURA (*)

POR

ANTONIO TAPIES

Yo he venido como un representante de lo "otro". Se me invitó a este curso para hablar concretamente de mi vocación, de cómo nació, qué influyó en mí, qué estudios hice y el ambiente artístico que he encontrado en mi país desde que comencé a pintar, todo ello condicionado a una definición de mi pintura. Y acepté por creer que esta forma de enfocar una disertación sobre Arte da la posibilidad de romper una lanza en favor de la posición adoptada por mí, pues en cierta manera este cuestionario presupone ya que no se trata de venir aquí a perseguir ideales abstractos de Belleza ni de discutir estériles bizantinismos estéticos. De lo contrario, no hubiera venido, porque mi mensaje es otro. Fuera de hacerlo depender todo de una actitud personalísima y muy circunstancial, no comprendo el acto de creación. No concibo al artista *sub especie eternitatis* desarrollando un concepto de lo Bello como valor inmutable, ni tampoco lo puedo imaginar como esclavo de ningún programa o ideología que no responda a circunstancias, a hechos reales, que él, como pensador independiente, es precisamente el llamado a desvelar. Para mí, el artista es algo vivo y cambiante, como la misma realidad de la que es expresión que no es fija, sino que es el variable concepto que nosotros mismos construímos de ella, siendo su actitud, pues, no puramente receptiva; no es, como dicen algunos, el reflejo de una época, sino que su papel es actuante en ella y está en su mano la modificación de aquel concepto. A la magnífica aclaración de Paul Klee, de que el artista no es ni servidor ni señor de nada, sino únicamente transmisor de la Naturaleza, me gustaría a mí añadir: transmisor del variable concepto que el hombre se forma de ella.

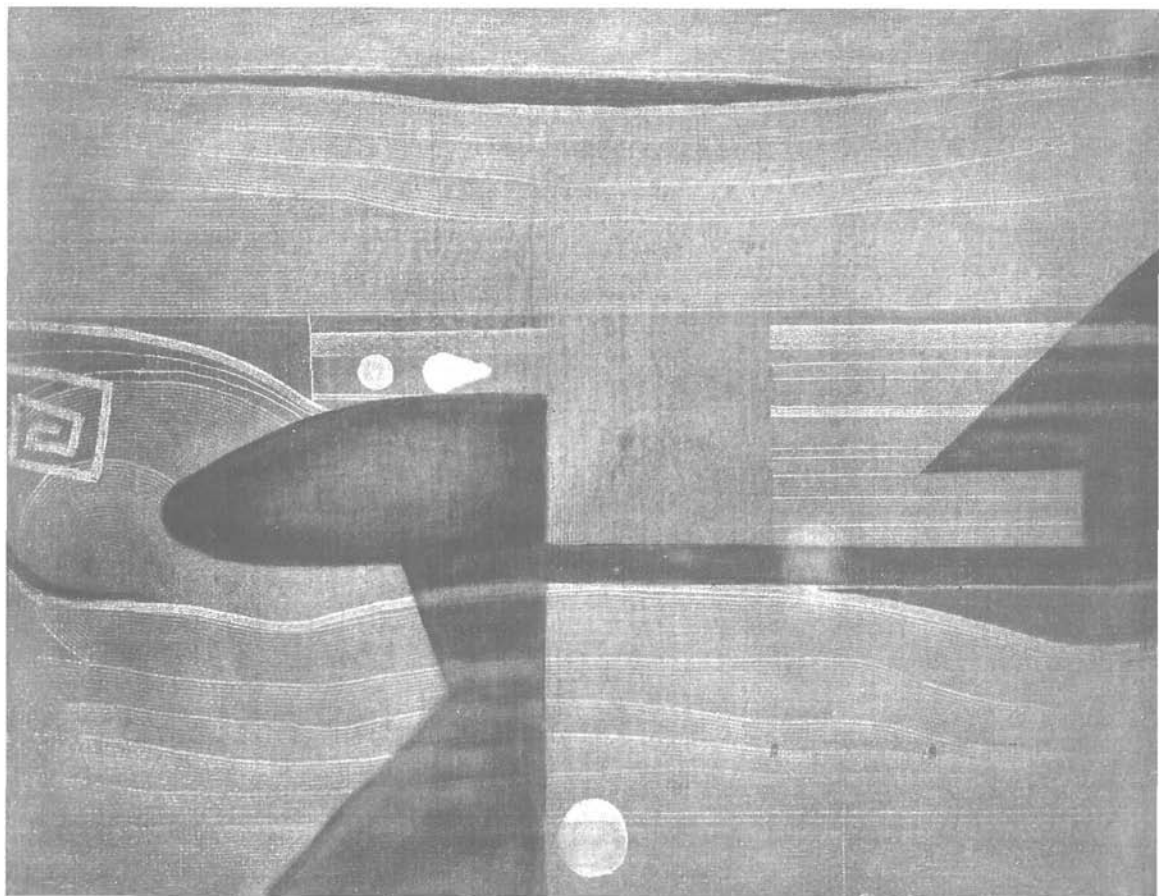
(*) El presente trabajo, original del pintor catalán Antonio Tapies, fué leído por el autor en el ciclo de conferencias sobre seis pintores españoles contemporáneos (Antonio Tapies, Benjamín Palencia, Pancho Cossío, Carlos Pascual de Lara, Eduardo Vicente y Antonio Carpe), organizado por la Sección de Humanidades y Problemas Contemporáneos de la Universidad Internacional "Menéndez Pelayo" en el Palacio de la Magdalena de Santander durante el pasado mes de agosto. CUADERNOS HISPANOAMERICANOS se complace en transmitir a sus lectores las sugestivas ideas de Antonio Tapies, y en próximos números se publicarán otros trabajos del mismo ciclo, comenzando por el de Gaya Nuño sobre la pintura de Pancho Cossío.

Y no es que haga con esto profesión de berkeleísmo, sino porque veo que la realidad la vamos enriqueciendo constantemente y a cada paso un reajuste se impone.

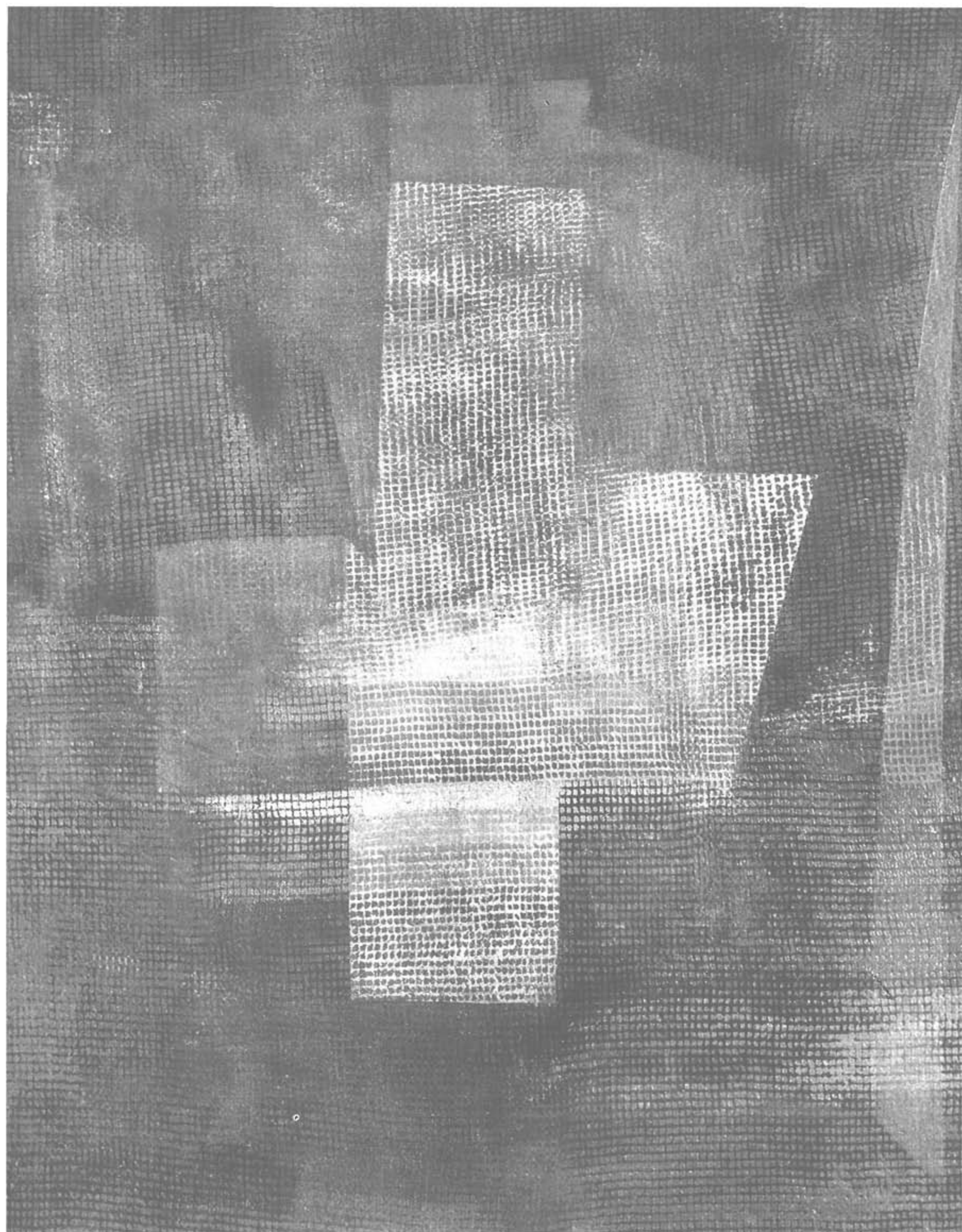
Y veamos ya el porqué de una vocación artística, juzgada, naturalmente, a través de la mía. En su origen siempre hallamos el sufrimiento de una fuerte experiencia vital, a veces apareciendo ésta en forma brusca, por accidente, otras gestándose lentamente debido a una predisposición natural, el caso es que, de pronto, debido a esa experiencia, nos damos cuenta de que una nueva realidad se está formando ante nuestros ojos, descubrimos que las cosas no son exactamente como nos querían hacer creer que eran y una insoportable contradicción, un grave conflicto, nace entre el ambiente en que hemos crecido y la nueva visión de la realidad que vamos construyendo con nuestra experiencia. Un reajuste se impone, pues, y nuestra acción da comienzo.

Quiero apresurarme a aclarar que, a pesar de mis protestas personalistas, este reajuste no pretendo sea el producto de una forma individualista de ver las cosas. Me repugnan los cultivos del ego, así como cualquier forma inocente (por exceso de individualismo) de comprender la realidad, como también me son insoportables cualesquiera expansiones de sentimientos personales (que, por desgracia, se confunden a menudo con lo propiamente humano), y, naturalmente, estoy muy lejos de atribuir una actitud de juego al artista. La acción personal a la que yo me refiero aparece luego, cuando el artista entra verdaderamente en funciones, o sea, al abordar el problema de dar forma a la expresión.

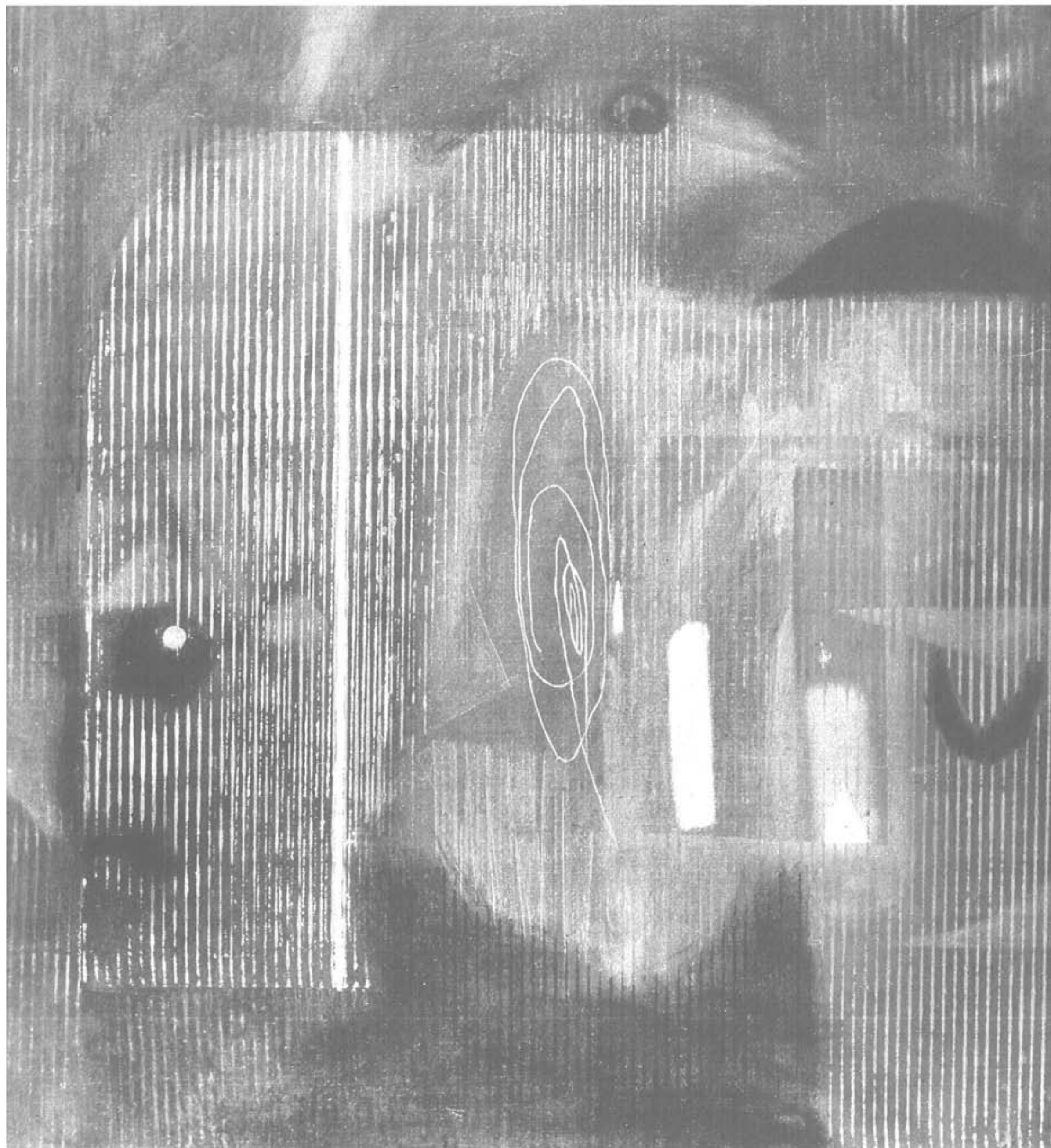
Si logramos formarnos un nuevo concepto de la realidad no es por un puro azar o capricho personal, sino que se debe a hechos concretos que suceden a nuestro alrededor. No se trata, pues, de una visión particular, aislada, sino que participan y contribuyen a la misma, con su mutuo intercambio, todo un sector de una generación, el que *está* presente en estos hechos, y el que podríamos calificar de grupo de intelectuales progresivos. Nos damos, pues, la mano con el filósofo, el científico e incluso con el político progresivos. De todos participa el artista en cierta manera, pues igual que ellos investiga, descubre y defiende y propaga una idea. No olvidemos que todo son facetas de una misma actividad, la humana, frente a los inacabables problemas que plantean las relaciones del hombre con la Naturaleza y del mismo con sus semejantes. Recordemos que en las personalidades cumbres de la Historia del Arte (Leonardo da Vinci es un ejemplo bien popular) se pone completamente



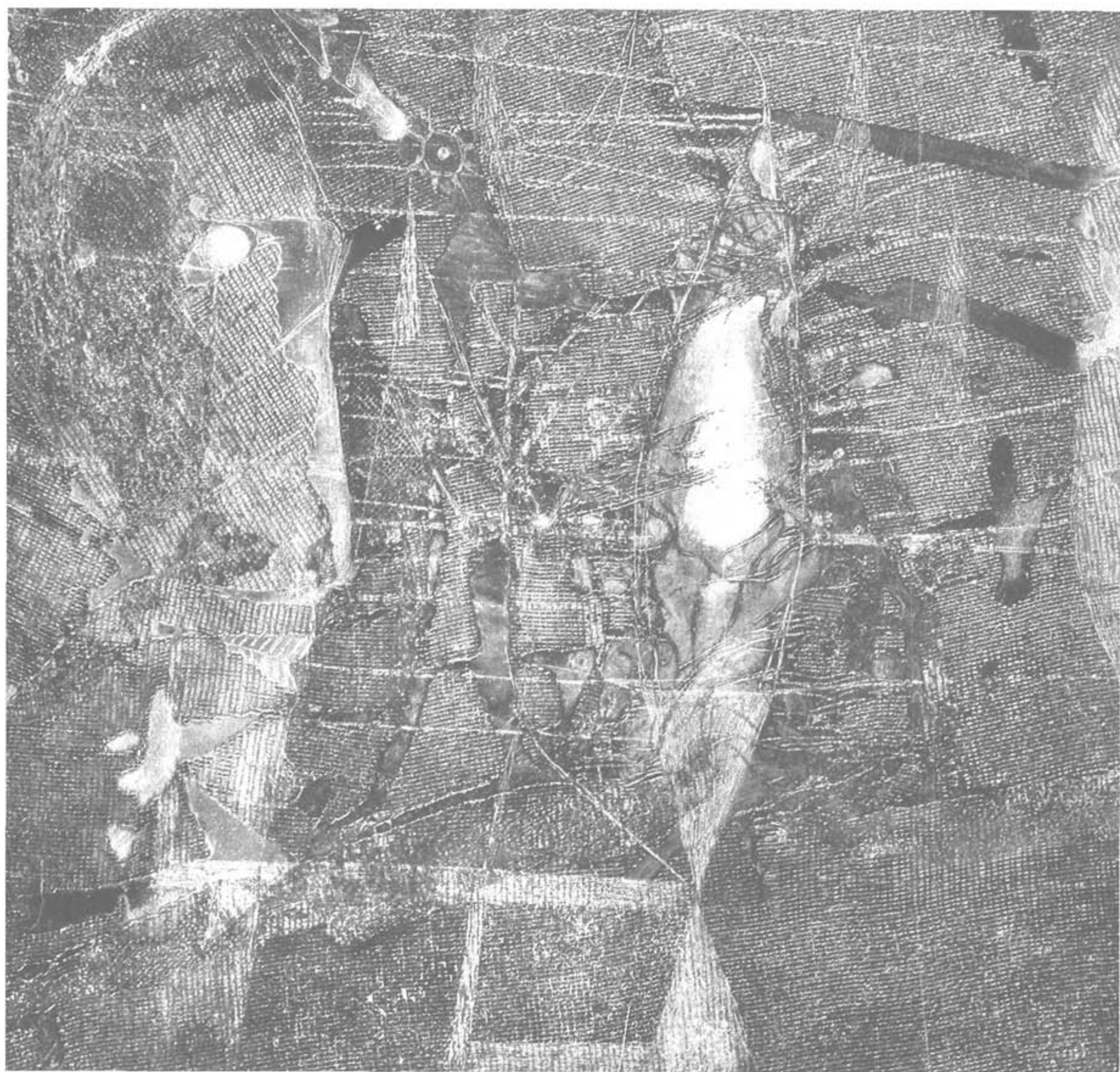
Composición (1952).



Sin respuesta (1954).



Meditación epicúrea (1953)



Fuego interior (1953).

de manifiesto este hecho. Un constante diálogo y una marcha paralela existe siempre entre las distintas disciplinas intelectuales y la actitud del artista.

Desarrollar cómo hemos ido construyendo nuestra nueva visión de la realidad equivaldría a pasar una revista enciclopédica a todo el bagaje cultural que se nos ha legado hasta hoy. Es obvio afirmar que yo, hombre del siglo XX, gracias al incremento de este legado, veo una realidad distinta de la que veía, sin ir más lejos, el hombre de fines del siglo pasado. No en vano nuestro siglo ha padecido las enormes crisis y ha sido testigo de los grandes descubrimientos que han revolucionado todos los conceptos de nuestro saber. Todo este legado, aunque no es exclusivo de las preocupaciones propias del artista, creo, sin embargo, debe, imprescindiblemente, haber hecho mella en él. Si no ha existido una curiosidad universal, no creo pueda formarse una personalidad artística profunda.

En formación, pues, una nueva visión de la realidad, lo que precisamente ha de constituir el contenido de nuestra obra, se crea inmediatamente, como decía, el conflicto con los conceptos caducados, y es natural que sintamos un empuje poderoso hacia la acción y que, como consecuencia, nos esforcemos en encauzar nuestra energía, nuestra lucha interna, para lograr dar forma directa y eficaz, de acuerdo con las facultades y la habilidad de las que nos conocemos poseedores, a las conquistas que vamos realizando. Yo las encaucé en el terreno de las artes plásticas. No cabe duda de que las conquistas de las artes plásticas pueden ser, en extremo, sutiles y de una contundencia poderosísima, y no hace falta señalar aquí lo apasionante que puede llegar a ser dedicarse a ellas. Constituyen el puente más directo y universal entre la idea y el hombre. Por ellas se muestra, sin necesidad de demostración, y son, sin duda alguna, cuando el creador se desata de todo prejuicio estético, el reducto más indestructible, por ahora, en el que con el máximum de *libertad* el hombre se interroga y avanza.

Aquí es cuando verdaderamente se levanta el telón para el artista. Si bien por su actitud espiritual es miembro de todo un grupo de intelectuales, dentro de su generación, y mantiene un contacto (consciente o no) con las disciplinas antes aludidas, y el diálogo (real o tácito) con sus cultivadores, no creamos que de ellos puede el artista sacar las fórmulas que orienten su creación. El artista se halla completamente solo con los problemas de su profesión.

Abordamos, pues, ya lo concerniente a su formación y a la conveniencia o no de sus estudios. No creo, absolutamente, en ninguna

forma de dirigismo en Arte. Por convicción, soy autodidacto, y no es por ninguna clase de rencor circunstancial por lo que siento una total aversión a todo lo que huela a Academia, a Estética, a Humanismo (naturalmente, entre comillas) y a todos los falsos problemas a ellos involucrados. Siempre que pienso en ello me figuro, por ejemplo, a Newton yendo a una escuela en la que se anunciara: "Aquí se enseña a descubrir la ley de la gravitación universal." ¿Cómo puede enseñarse lo que aún no se sabe que existe?

El artista es hombre de laboratorio. No es ninguna oficina de propaganda a la que se encargue la difusión de arbitrariedades. El artista trabaja y piensa por cuenta propia, y el único intervencionismo correcto que yo alabo es el que protege y fomenta esta libertad. Unicamente, por su solitaria labor de investigador, paralela a la forma de trabajar del hombre de ciencia, se logran resultados positivos, y únicamente la cotidiana experimentación y el constante permanecer en estado de alerta harán que, en el momento menos pensado a veces, se produzca el milagro y que unos materiales que en sí son inertes se pongan a hablar con una fuerza expresiva a nada comparable. El artista ha hallado, si esto sucede, la adecuación entre contenido y forma. Todo lo que no sea así, es para mí vivir de prestado. Si se trata de formar una nueva visión de la realidad, si se trata de ganar poco a poco terreno a la oscuridad que nos rodea, no podemos contentarnos manipulando formas caducadas y tópicas, pues a un nuevo contenido ha de corresponder, naturalmente, una forma nueva. El artista debe inventarlo todo, lanzarse a lo desconocido integralmente, despreciando toda suerte de prejuicios, incluso el estudio de la técnica y el uso de materiales que se dicen tradicionales. Todos los consejos prodigados al artista por los honrados pensadores de Arte me parecen sospechosos, ya formen parte de un dirigismo estatal, ya provengan de las academias, ya, simplemente, de los críticos de Arte. No puedo concebir al artista si no es en plena aventura, en pleno trance, en pleno salto al vacío. En una época en que toda clase de intervencionismos están a la orden del día, se va demostrando que la verdadera vida para el Arte se halla, por el contrario, fuera del mundo de funcionarios.

Si lo que les digo puede parecer un viva a la anarquía, corro a añadir que está lejos de mí concebir el acto de creación como un dinamismo ciego o como un hecho gratuito. Defiendo nuestra *libertad*, pero sabiendo que *somos libres frente a los demás* y que el valor de una obra sólo se logra si confluyen en ella, por un lado, todo lo que represente una conquista de la realidad para la sociedad

que la recibe, y, por otra parte, que dicha conquista esté encarnada en una *forma* que reúna las condiciones necesarias para ser *actuante* en el seno de aquella sociedad. Comprender que también en cuanto a la forma de expresión estamos frente a los demás, significa para el artista entrar de lleno en una tradición artística con todo lo que implica de reconocimiento de sus leyes de evolución. Me parece importante hacer hincapié en esta cuestión para comprender la necesidad de renovación del lenguaje artístico.

La historia de las formas de expresión artística se hallan, para mí, tanto en función de la evolución de su contenido como del estado psicológico artístico de la sociedad donde aparecen. Existe una verdadera armazón interna de leyes que condicionan aquella historia. En cada etapa se forma un estado psicológico artístico especial, lo que se puede llamar el gusto de una época, dependiendo de aquél la capacidad emocional de las obras que se forman en el período siguiente.

Saturado el gusto de una época por determinado estilo; gastados, por decirlo así, los mecanismos de emocionar, descubierta su trampa, se hace imprescindible para el artista hallar otras fórmulas que hagan su obra *eficaz*. Esa es la verdadera labor del creador. *Eso es crear*. Por depender, pues, de un factor constante (ese estado psicológico artístico del período anterior), las nuevas obras llevarán, ineludiblemente, un sello común y se formará toda una nueva tendencia: las diferentes tendencias son explicables, pues, para mí en períodos de tiempo distantes, nunca dentro de una misma época, en la que las únicas diferencias que pueden existir son las que hay entre obras avanzadas y atrasadas o entre obras de creadores y obras de epigonos.

Esto parece que está en contradicción con el hecho de que existen monumentos que llamamos eternos en el Arte de la Antigüedad, corrientes artísticas que creemos imperecederas. Pero es que, incluso aquí, para mí, estos monumentos, estas corrientes, tienen el valor que les damos nosotros en función de nuestras *necesidades actuales*, o si, por cultura, nos situamos en las necesidades del momento en que se originaron, y demostración de ello es la oscilación, el alza y baja de apreciación de determinados períodos de la Historia del Arte, de acuerdo con las variaciones de aquéllas.

Otro problema, muy debatido en épocas de fuertes cambios en las formas de expresión (nuestro siglo es buen ejemplo de ello con la aparición de las tendencias abstractas), es el de si existe posibi-

lidad de comunicación, pues precisamente por su novedad se dice que la sociedad no puede leer nada en ellas.

Yo afirmo, sin ninguna duda, que esta comunicación puede *existir siempre* para todo aquel que esté en la vida del arte (y me refiero tanto al creador como al espectador), es decir, para todo aquel que se halle dentro de la tradición universal artística. Prueba de ello es que el innovador, a pesar de que se diga lo contrario, no es nunca un incomprendido solitario y que, aunque la mayoría (esta mayoría que va siempre a remolque) no sepa a donde va lo que el artista hace, existe, sin embargo, siempre, la minoría que le comprende y que poco a poco fomentará su obra y hará que se extienda esta comprensión.

Si se está dentro de la tradición universal, la comunicabilidad de lo nuevo es un hecho.

Mi punto de vista es, pues, contrario a la opinión de que es necesario descender al pueblo, de que hay que decir cosas a la altura de la mentalidad del pueblo. (Afortunadamente, sólo es un decir para la mayoría de quienes propugnan eso, pues si en sus realizaciones lo tomaran al pie de la letra no pasarían de hacer el Coyote o los seriales de radio.) A mí me hace el efecto que *es el pueblo quien debe subir a nosotros*, y que lo importante es darle los medios para que pueda realizar esta ascensión.

Precisamente en este momento quisiera destacar en toda su importancia el papel que puede desempeñar aquí el crítico de Arte. *Descubrir* la nueva corriente, divulgar el beneficio que supone beber en ella para la sociedad, conocer sus fuentes para mantener su pureza, desbrozarla, limpiarla de parásitos. Es hoy día, en la compleja maraña de intereses formados en torno al artista, un enlace imprescindible entre éste y sus contemporáneos. Su responsabilidad es grandiosa, pues en ello está en juego la salud espiritual de una sociedad.

La misma independencia que exalté para el artista, creo debe poseer el comentarista de arte. En nombre de *ningún valor inmutable* debe pretenderse tener la exclusiva de discernimiento entre lo bueno y lo malo en materia de arte. La polémica me parece imprescindible, el libre juego de opiniones del todo necesario, con el fin de garantizar a la sociedad su defensa ante todo lo que crea de perjuicio para ella o su libertad de exaltación en caso contrario.

Entremos por esta puerta a comentar el ambiente en que me formé, que por lo que he ido enterándome no se diferencia del general ambiente artístico español.

Son los años de nuestra posguerra y de la guerra mundial. A mí, y a toda nuestra juventud barcelonesa con inquietudes parecidas, nos asqueaban todas las manifestaciones artísticas en boga, cuyas loas, sin embargo, eran cantadas por los propagandistas de turno. Nada nos satisfacía, todo nos parecía desconectado con las necesidades del momento, por todas partes veíamos la pura retórica y la gratuidad. Era, y sigue siendo, un lenguaje que no nos decía nada. Sólo cuando descubrimos, porque descubrimiento fué, la posición de un único pintor que, residente en Barcelona, era, sin embargo, completamente ignorado por sus conciudadanos, comprendimos que algo fallaba en nuestro ambiente, ya que, ante lo único verdaderamente vivo y que *satisfacía nuestra hambre espiritual*, se producían un vacío y una actitud de mofa verdaderamente incomprensibles. Este artista es Joan Miró, a quien conocí a través de miembros del antiguo grupo "Amigos del Arte Nuevo", que, junto con los arquitectos del grupo Gatpac, habían realizado una magnífica labor de divulgación del Arte de vanguardia, labor hoy continuada por el Club 49, formado por los supervivientes de aquella sociedad. A través de Miró se nos abrió a mis compañeros de entonces y a mí toda una corriente universal de arte verdaderamente actual. Por fin, habíamos captado la onda que convenía a nuestras necesidades del momento, una corriente *actuante*, el lenguaje apropiado a las circunstancias. ¿Qué había pasado y qué sucede aún en nuestro país? Sencillamente, que nuestros artistas conocidos, nuestras respetables glorias locales, estaban fuera de las corrientes universales vivas. La tradición se había roto. Unos años de aislamiento, el haberse incorporado a la escuela de París lo mejor de nuestra generación pasada, favorecía los intereses de una serie de artistas menos que mediocres. ¡En país de ciegos el tuerto es rey!

Un pequeñísimo grupo de pintores y escritores, a los que apoyaron en seguida los dirigentes del Club 49, unimos nuestra fuerza en las páginas de un pequeño boletín medio confidencial, DAU AL SET. Algunas exposiciones, algunas conferencias, algunas lecturas y el impacto fué inmediatamente acusado. Nuestra juventud barcelonesa comenzó a vislumbrar la existencia de otro mundo. Y, aunque exteriormente, oficialmente, casi todo siga igual que antes, en la intimidad cada uno sabe que algo ha pasado y que el tiempo de los oportunistas no puede ya sostenerse. Sin embargo, todo ese ambiente reaccionario, favorecido por el aislamiento de los años de la posguerra, es, en cierta manera, explicable.

Mucho más triste, y cuyo peligro quiero poner rápidamente en

evidencia, es la reacción que se forma ahora en las propias filas de la juventud, que por revestir el carácter de verdadera traición ha dado una buena arma de ataque al enemigo. Al amparo de la bandera de "Arte joven", y de la trampa para cazar incautos de que "todos somos un grupo", se ha encontrado en Barcelona la fórmula de hacer pasar moneda falsa. Me parece importante insistir aquí sobre este hecho.

Han aumentado, es cierto, los contactos, a través de publicaciones y de viajes de tipo turístico, con las corrientes exteriores, pero por desgracia estos contactos han sido muy superficiales y aun contraproducentes. Ha habido jóvenes artistas que han dado su pequeño paseo por París, han visitado el Salón de la Joven Pintura (atraídos, naturalmente, por el equívoco reclamo de "joven", pero que, en realidad, sólo tiene de ello el nombre), han leído algunos artículos en la prensa izquierdista (porque, naturalmente, hace muy intelectual), y han regresado a sus casas diciendo que en París los jóvenes, es decir, los cuatro desgraciados que la Galería Drouan-David (el tinglado comercial mejor organizado de la posguerra) cuelga alrededor de sus artificiales *vedettes* Bernard Bufet y Clavé, entre otros, lo más desgraciados posible para que dichas *vedettes* puedan parecer menos malas de lo que son, que en París, repito, los jóvenes vuelven al realismo, al humanismo; es decir, a la razón.

Naturalmente, todas las fuerzas reaccionarias de Barcelona, y todo el comercio existente siempre alrededor del Arte, se hacen eco de estas declaraciones, que les mantienen el juego a las mil maravillas. Es comodísimo ampararse con este cuento, avalado por el *intocable* (?) prestigio parisiense, para todos aquellos que carecen de imaginación creadora o que han hecho del Arte un simple negocio. Resuelven su impotencia y satisfacen su bolsillo.

Podría citar innumerables ejemplos. Se han escrito tantos artículos, se han hecho tantas *interviews* a glorias de andar por casa en las que desde manifestar con desprecio que un Kandinsky, un Klee, un Miró o un Mondrian, nombres intocables en todo el mundo, son unos pobres locos inofensivos, de los cuales ni vale la pena hablar, hasta chillar que debería meterse en la cárcel a todos los degenerados del Arte Moderno que corrompen la sociedad, va toda una gama de injurias y difamaciones puestas al servicio de los más bajos intereses. Al lado de esto se ha formado otro bloque, cuyo peligro me parece igualmente alarmante. Es el de los epigonos del llamado Arte abstracto. Lo que en un tiempo fué un valor positivo en la Historia del Arte, ha entrado hoy en una etapa academicista

que me parece, igualmente, despreciable. Es un simple recurso, un vestido de modernidad, que esconde también muchas impotencias. Me es difícil señalar este hecho por miedo a que se interprete mal y se crea que con ello propugno también algún retorno; no hay nada de esto. Quede, pues, solamente apuntado.

Este ha sido y sigue siendo predominantemente, por desgracia, nuestro triste ambiente producto de la unión del comercio, de lo retrógrado y de la *juventud impotente* y vividora. Y así, se ha logrado hacer que tengan éxito, se ha conseguido hacer creer que la última palabra en arte joven es un cierto tipo de producciones de epigonos, simples imitaciones de los maestros de nuestra generación pasada, con unos pequeños problemas locales que hace ya más de un cuarto de siglo fueron resueltos y superados por aquéllos.

Ha sido, y sigue siendo, muy difícil andar con la cabeza alta por nuestras calles, llenas de funcionarios del arte.

Afortunadamente, sin embargo, no se ha estado solo: los amigos han aumentado considerablemente en estos últimos años y, sobre todo, se ha ido demostrando en competiciones francas y desinteresadas de qué lado está la razón. Ninguna de nuestras pretendidas glorias locales resiste una confrontación seria con los auténticos valores internacionales. Esto se está haciendo patente a pasos agigantados, y quisiera dejar constancia aquí que ello ha sido posible ponerlo a la luz del día gracias a la indiscutible buena voluntad de los comités organizadores de las aportaciones españolas a algunos certámenes internacionales, como también gracias al esfuerzo de los responsables de las exposiciones extranjeras que se han sucedido últimamente en nuestra ciudad. Todo lo que constituya una confrontación, un aireamiento, una honrada concurrencia y una libre crítica es merecedor del mayor elogio. Y es indiscutible que un cierto aireamiento ha existido ya, gracias al cual es seguro que en su intimidad el tonto se ha dado cuenta de que es tonto.

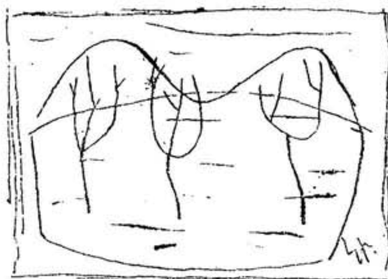
El Arte es algo vivo. Por fuerte que sea la oposición que se le oponga a su crecimiento, a su evolución, por los más variados y ocultos intereses, tan potentes hoy día que incluso nos obligan a simular su verdadera esencia calificando nuestro mensaje de "otro", como viniendo de un mundo aparte (¡tan lejos estamos de los convencionalismos triunfantes!); pero, a la larga, la vida vence.

No puedo dejar de aprovechar la ocasión que me ha brindado este Curso de Arte, sin terminar insistiendo sobre esta cuestión.

Más allá a un tiempo de todos los *humanismos* y artes sociales que llegan incluso a ampararse con lo más sagrado para hacerse por

la fuerza respetar, lejos de todos los academicismos y neorrealismos, así como también aparte de un cierto tipo de arte funcional, este tipo de arte abstracto de ingeniería, servidor decorativo de arquitectos de dudoso gusto, existe otro mundo, la auténtica actitud de creación, un verdadero Arte de profunda meditación de lo desconocido, un prodigioso gesto inolvidable, un verdadero milagro, la gran aventura que nos muestra seriamente cómo es, en realidad, el hombre de hoy y que abre con pleno desinterés las puertas de nuestro mañana.

Antonio Tapies.
San Elías, 28, 5.° 1.
BARCELONA.



REALIDADES DE LA NACION MEJICANA

POR

LEANDRO RUBIO GARCIA

La América Hispana ha sido llamada *el Continente de la esperanza.* El porvenir de un Continente entero—ha podido escribir Tibor Mende—, tanto tiempo en estado de promesa, se ha puesto en movimiento hacia fines claramente determinados. La suerte de todo el Continente hispanoamericano depende, ante todo, de la educación de las masas. Y a través de dos ejes—las esferas más cultas y los estratos menos favorecidos—se perfila la ofensiva cultural hispanoamericana.

El camino está trazado. Y un ejemplo de las esperanzas, fatigas, desilusiones y realizaciones en este orden de conceptos se refleja en la existencia de la nación mejicana, en la vida de la Nueva España (1).

La diversidad y el aislamiento constituyen las dos características esenciales de la vida mejicana. Por encima de ellas, nos encontramos con un rápido aumento demográfico, tercer factor con que ha de contarse al enfocar el asunto del desarrollo mejicano.

Por un lado, la geografía forma el punto principal que condiciona el esfuerzo del desenvolvimiento de Méjico, de la sanidad a la educación. Efectivamente, si comparamos un mapa orográfico de la República con otros de sus cosechas, climas y precipitación pluvial, veremos cómo cada uno de los mismos presenta un mosaico que no

---

(1) El hecho de que concentremos nuestra atención sobre aspectos del Méjico moderno, no implica que despreciemos el interés del pasado mejicano: está de actualidad. Por ejemplo, la virtualidad de la cultura indígena es *estimada* por Etiemble, en *Vent d'obsidenne et vent d'acier*, "Evidences", París, mayo-junio de 1955, págs. 23-28. Si el lector siente curiosidad sobre estos asuntos, puede consultar: Jacques Soustelle—*asaz representativo*—, en *L'état actuel des travaux concernant l'histoire ancienne du Mexique*, "Revue Historique", enero-marzo de 1955, págs. 39-46. Asimismo, el pensamiento se centra sobre la *visión de Anahuac* (de Alfonso Reyes, en su cuarta edición, en 1953, del Colegio de México); sobre *Cuauhtemoc* (de S. Toscano y de Heliodoro Valle, del Fondo de Cultura Económica, 1953; de Pérez Martínez, en *la adaptación francesa de Jean Camp,* en Robert Laffont, 1952). Sin esquivar otros perfiles abordados, con mejor o peor fortuna, en los siguientes estudios: Jacques Soustelle, *Vie quotidienne des Aztèques à la veille de la conquête espagnole,* Collection "La Vie quotidienne", 1955; Salvador Toscano, *Arte precolombino de México y de la América Central,* Méjico, 1952; George C. Vaillant, *Les Aztèques du Mexique, origines,, ascension et écroulement de la nation aztèque,* Payot, Bibliothèque historique, 1951.

corresponde a los demás o que difiere tanto de ellos que resulta sumamente difícil hallar dos zonas que posean idénticas condiciones agrícolas, climatológicas, etc.

Por otra parte, entre 1901 y 1930 el crecimiento de la población fué de tres millones. Méjico pasaba de 13.755.137 a 16.588.522. En 1950 esa cifra se había doblado, a la cadencia de 29,5 por millar de habitantes.

Toquemos ahora la cifra de nacimientos; éstos pasaban, entre 1900 y 1950, de 34,2 por millar de habitantes, a 45,6; mientras que el índice de mortalidad global descendía del modo siguiente: en 1901, 32,3 por millar de habitantes; en 1930, 26,6; en 1950, 16,2. Solamente la mortalidad infantil en el curso del primer año—barómetro sintomático del estado sanitario de una nación—bajaba en la proporción siguiente: en 1901, 266,4 por millar de personas; en 1930, 131,6; en 1950, 95,8.

Ahora bien: el horizonte social mejicano reviste mayor complejidad. Obsérvese cómo el censo de 1940 revela que se hablan en el país treinta y tres lenguas indígenas principales. Con frecuencia, las zonas lingüísticas corresponden a culturas diferentes, a tradiciones y artesanías distintas. De forma que, exclusivamente, se hallan vinculadas por el denominador, más o menos común, del idioma español y la realidad de un Gobierno central de la República.

La excursión antecedente integra un requisito previo para comprender las dificultades que el país mejicano ha encontrado en los terrenos de la educación nacional y de la sanidad pública en general.

Téngase presente, como primera advertencia, que en 1910, en vísperas de la Revolución, de una población global de quince millones de personas, menos de tres millones sabían leer. Extensos territorios rurales no contaban con un solo individuo que supiese leer y escribir. Hoy, cuarenta y tantos años más tarde, con una población de unos veintiséis millones de habitantes, la mitad de ellos domina el alfabeto. Hace una generación, una persona de cada cinco había recibido instrucción; en el presente, la relación es de seis a diez. En 1940, de veinte millones de mejicanos, cerca de siete eran analfabetos, y el 51,6 por ciento de los ciudadanos mayores de diez años no podían leer ni escribir. (Nótese, empero, que en 1950, con excepción de los niños menores de cinco años, el ochenta y ocho por ciento del elemento nacional mejicano habla el español; el 3,7 por ciento, un dialecto indígena cuaquiera; y el 7,7, ambas lenguas...)

* * *

Por supuesto, es dable resaltar la amplitud del esfuerzo emprendido en el terreno de la instrucción. En un perfil de la cuestión, aciértese a aprender lo que significa que de 1910 a 1948 el presupuesto dedicado a las escuelas federales aumentase de ocho millones de pesos a 262 millones; incremento impresionante, aun teniendo en cuenta la inflación.

No obstante, a despecho de las energías desplegadas, los antiguos y conocidos enemigos del educador mejicano—la geografía y el rápido crecimiento demográfico—conspiran para elevar nuevas dificultades en el camino de la enseñanza. Este tema se conexiona con el de la distribución de la población. Ciertamente, la densidad del país se cifra en unos 13,6 habitantes por kilómetro cuadrado; pero el 57 por 100 de la población habita en regiones rurales. El asunto se presenta claramente. En la actualidad, existen 120.000 *comunidades* rurales; pero la mayor parte del conjunto demográfico—con cuatro veces la extensión de España—vive en pequeñas aldeas. En 1940, nueve de cada diez *comunidades* mejicanas contaban con menos de quinientos habitantes. Las que albergaban a menos de un centenar de personas sumaban el siete por ciento de la población total del país.

Desde luego, la moderna industrialización ha hecho que muchos habitantes de los medios rurales se trasladen a los grandes centros urbanos. La ciudad de Méjico, por ejemplo, ha crecido hasta tener una población mayor que la de las otras doce ciudades importantes de la nación.

Ahora bien: tras esos núcleos urbanos se halla el *Méjico auténtico,* microcosmos de 120.000 pequeñas comunidades. Pero en las mayores capitales se hallan instaladas 16.500 escuelas; y para llegar a los otros sectores se estima que serían necesarios 50.000 centros rurales, uno para cada dos o tres aldeas; y dos maestros por unidad como mínimo. En suma, para percibir la importancia del problema rural, basta con recordar que, a pesar del enorme progreso realizado, en 1940 había en Méjico 7.500.000 analfabetos, contra 7.200.000 en 1930. Así, pues, el aumento demográfico había superado el esfuerzo educativo de las autoridades mejicanas.

* * *

Llegados aquí, urge referirse al problema específico de la salud pública y de la higiene, especialmente en el medio indígena.

En Méjico, la higiene colectiva implica cinco factores materiales de primera importancia: la salubridad del alojamiento; el agua potable; la disposición sanitaria de excretas; la protección higiénica de los alimentos y la vigilancia reglamentada de los animales propagadores de las enfermedades.

El problema de la vivienda se yuxtapone al de la población. En 1940, Méjico disponía de 3.884.582 *casas de habitación*, en sus dos tercios carentes totalmente de agua y apenas un doce por ciento provistas de alcantarillado. Pero, en 1950, esta cifra se había elevado a 5.259.208, con un cuarenta por ciento de las casas con servicios de agua. Sin embargo, el cincuenta por ciento de lo edificado se hallaba construído con materiales imperfectos, impropios para soportar las inclemencias del tiempo. Y el Gobierno lanzó una campaña nacional contra las viviendas insalubres.

Otro punto esencial es el agua; en ocasiones, origen de dificultades sin cuento. No soslayemos la circunstancia de que para los indios el agua siempre ha poseído un prestigio excepcional, aun una significación sagrada: se asocia estrechamente a sus ritos religiosos ancestrales. Toda tentativa de captación de aguas (fuentes, pozos, etcétera) y de su distribución higiénica provoca reacciones hostiles; por otra parte, admisibles cuando se conoce la omnipotencia de este tabú, de mucho arraigo, entre tantos otros.

Claro es que hay posibilidad de anotar la complejidad extraordinaria de los problemas sanitarios de Méjico y sus innumerables aspectos. Sin embargo, conviene registrar la batalla sanitaria desplegada por el Gobierno mejicano contra los dos azotes del país: el tifus y la viruela. Recuérdense las epidemias de 1520 (de tifus y de viruela); de 1567 a 1577 (en esta ocasión, dos millones de indios—es decir, más de los dos tercios de la población autóctona—sucumbieron al ataque del *matlalzalhuatl* (tifus); de 1736 y de 1910.

En general, cabe señalar que la vulgarización de la educación médica elemental respecto a la tuberculosis, las enfermedades venéreas y el paludismo han rebajado la mortalidad imputable a las enfermedades contagiosas. Parejamente, la viruela ha cesado de existir en estado endémico; el tifus y la difteria se hallan en vías de extinción. No obstante, como consecuencia de las condiciones de vida de la mayor parte de los hogares indígenas, subsiste todavía un serio peligro: insalubridad del alojamiento, ausencia de higiene alimenticia y, por encima de todo, ausencia de higiene...

Además, todo el mundo conoce que la comida mejicana constitu-

ye un problema crítico. Muchos millones de personas de bajos ingresos viven aún a base de una escasa alimentación—a base de "tortillas", etc.—, con deficiencias nutritivas. Sin desdeñar otras derivaciones, esta clase de alimentación se condimenta sobre hornillos de carbón vegetal; y el consumo de este tipo de combustible trae consigo la destrucción de la riqueza forestal.

En fin, mejor que acumular excesivas aseveraciones, nos parece recoger los índices de mortalidad, calculados sobre la base de cien mil personas, para las principales causas de fallecimiento:

	1940	*1950*
Diarrea y enteritis	44	28
Neumonía	35	25
Paludismo	13,4	8,9
Accidentes	10,2	9,5
Tuberculosis	7,8	4,1

En 1934 el presupuesto de la Sanidad pública era de 7.499.945 pesos; o sea, el 3,08 del presupuesto federal total; en 1938, era del 4,64 por ciento. En líneas generales, hasta 1954, el presupuesto sanitario ha oscilado entre el cinco y el ocho por ciento del conjunto de los gastos federales.

* * *

Mas no soslayemos otras realidades. En Méjico, la población activa se halla limitada al treinta y tres por ciento. De esta cifra, más de la mitad—es decir, una quinta parte de la población global—vive de la agricultura y de la ganadería; un seis por ciento, solamente, obtiene su subsistencia de la industria; además, 683.463 personas están empleadas en actividades comerciales; 210.272 pertenecen a las empresas de transporte; y el número de estudiantes es de 1.100.303 (detalles de 1950).

En 1935, la producción agrícola alcanzaba la cifra de noventa millones de pesos; en 1940, 392 millones; en 1950, 1.913 millones. Por su parte, la producción industrial, petrolífera y minera llegó en 1945 a 7.505 millones de pesos; y en 1952 aumentaba en un tercio.

* * *

Ahora bien: dícese que la progresión industrial y la extensión del mercado interior mejicano son condiciones esenciales para el equilibrio económico de la nación. De este equilibrio dependen la

prosperidad del país y el mejoramiento del bienestar individual y colectivo.

Sin embargo, la cuestión está en cómo llegar a tales objetivos en la medida deseada, mientras una gran porción de la población se mantiene al margen de las actividades nacionales. Esta porción se halla integrada por los estratos indígenas y afines.

El asunto reviste caracteres hoscos. Por lo pronto, sabemos, a través de las estimaciones de las estadísticas, que un millón y medio de habitantes tan sólo hablan idiomas indígenas. Otro grupo de semejante importancia numérica emplea el español, además de su lengua materna, aunque en la mayoría de los casos, un español muy defectuoso. De manera que, en números redondos, tres millones de mejicanos ignoran la lengua nacional o la conocen imperfectamente; quedando, de este modo, fuera de la vida del país.

Mas esto no es todo. Un conjunto equivalente de habitantes no indígenas, que utilizan únicamente el español, cualquiera que sea su origen racial, pertenece a una capa cultural asimilable a la de los indios.

Cierto que las características peculiares de estos grupos étnicos son numerosas y diversas. Pero es de resaltar que los más retrasados viven en las regiones montañosas de acceso muy difícil, ferozmente apegados al suelo, poco permeables a las aportaciones o a las influencias de la civilización, iletrados y con un nivel de existencia extremadamente bajo. Su subsistencia proviene de pequeños cultivos. La división excesiva de las tierras contribuye, parcialmente, a su miseria. ¡Cuántas familias deben obtener su medio de vida de un pequeño pedazo, insignificante, y aun de un solo surco! Pero se impone recoger otra evidencia: el profundo apego del indio a su trozo de tierra, por más que sea improductivo y hostil. En suma, el indio, imbuído de un sentimiento de fidelidad ferviente a las tradiciones de sus antepasados, continúa orgullosamente haciendo "banda aparte", permaneciendo como un elemento negativo y estéril de la comunidad económica nacional: aparece, así, como un ser ni productor ni consumidor; estancado; fuera del progreso, trabándolo. Y tal estado de cosas ejerce necesariamente una repercusión directa sobre la estructura económica del país, limitando sus capacidades de producción y de consumo.

Desde luego, resulta imperativa la integración de estos estamentos asociales en la corriente de acción económico-social. Ahora bien: una evolución de ese carácter, en un pueblo anclado desde cientos de años en su modo de existencia, no puede llevarse a cabo de la noche

a la mañana. Se trata de una obra *de longue haleine*... La instrucción, por sí sola, es impotente en este aspecto. Diversos regímenes revolucionarios pusieron sus esperanzas y aplicaron sus esfuerzos sobre la reforma rural por la enseñanza escolar. Al cabo de más de veinte años, los resultados obtenidos se muestran despreciables, si no nulos. Tampoco se cree en la eficacia de la puesta en práctica de una concepción puramente económica, basada en un amplio programa de obras públicas—carreteras, ferrocarriles, electrificación, riegos, etcétera—, en el que participaría una mano de obra reclutada entre población india aislada, con lo que se le enseñaría a desempeñar un papel dinámico en la comunidad nacional.

Verdaderamente, el problema resulta complejo. Y, en razón de ello, se arguye que la única contribución a la resolución de la cuestión india puede proceder de los esfuerzos combinados de organismos científicos numerosos, con experiencia y saber especializados en cada esfera particular de actividad. En este sentido, el Instituto Nacional Indígena de Méjico, consciente de las exigencias, ha desarrollado un plan de perspectivas y realizaciones. Por ejemplo, en las regiones de Tzeltal-tzotzil y de Tarahumara ha emprendido un experimento de adaptación social de grupos autóctonos por medio de la creación de centros rurales de coordinación. El éxito de esta primera tentativa animó al Instituto a extender tal forma de acción a las zonas de Mixteca y de Cuenca del Río Papaloapán. Por otro lado, el Patrimonio Indígena, organismo fundado por el Gobierno en el Valle de Mezquital, se ocupa de los habitantes de Otomi, según el mismo principio.

Se siente la precisión de guías culturales cerca de los indios, con la tarea de explicarles el papel que tiene, en la propagación de las enfermedades, la ausencia de higiene, la cohabitación con los animales, el agua contaminada, etc. Y, en pos de la elevación de la dignidad del indio, se ha propugnado la abolición de los trabajos colectivos comunales, ejecutados gratuitamente por los miembros de las comunidades rurales.

El problema, de tan gran envergadura, presentado por los indios de Méjico, debe ser abordado con una honda simpatía humana, profundizado con atención y perseverancia, resuelto con energía. Las reformas a instaurar se traducen en una tarea de primer orden: hacer que esos tres millones de seres—a juicio del doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, convertidos en "extranjeros en su propia patria"—se sientan mejicanos y sean realmente integrantes de la familia nacional de Méjico. Sin hurtar la realidad evidenciada por el

doctor Alfonso Cano: "La diferencia entre la población india y la no india no es fundamentalmente racial, sino cultural." Y este aserto ha de conectarse con otra certeza: "Para fines prácticos—advierte Sanford A. Mosk, en su estudio *La Revolución industrial en Méjico*—el Méjico indígena puede identificarse con el Méjico rural, porque, cualquiera que sea su composición racial, la población campesina es fundamentalmente indígena en su forma de vida."

* * *

Ciertamente, en tierras mejicanas se trabaja por una elevación de la capacidad del país en todos los órdenes. Percíbase que, a tenor del *Anuario Estadístico 1953* de la O. N. U., en el período 1937-52 el desarrollo de las manufacturas mejicanas aumentó en un ciento por ciento, números índices—1948: 100—, 1937: 67; 1952: 134. Como unas muestras, indiquemos que la producción de acero pasaba de 16.000 toneladas, en 1937, a 345.000, en 1949 (729.000 en España en este último año) ; y que la producción de cemento era de 1.228.000 toneladas en 1949; tras haber sido de 345.000, en 1937 (en nuestra Patria, en 1949, 1.864.000 toneladas).

Parejamente, en el campo de la energía, interesa recordar que en el período 1937-1949 Méjico marchaba de 6.733.000 toneladas de petróleo a 8.712.000; respecto a la electricidad, resulta que Méjico producía en 1937 2.480 millones de kilovatios-hora; y en 1949, 4.328.

En otro perfil del panorama mejicano, vemos el acrecentamiento del correo distribuído en el interior del país: un aumento del 382 por ciento entre los años 1932 y 1949. Asimismo, el consumo de papel de periódico por cabeza se ha duplicado entre el lapso 1935-1939 y 1949 (de 1,2 a 2,4 kilogramos) ; y el número de aparatos telefónicos conoció un auge notable: en 1948, 10,4 aparatos por millar de habitantes (en España, 18,4). Datos de las Naciones Unidas, de junio de 1951.

Citemos, en esta dirección, el significado del Instituto Mejicano de Investigaciones Tecnológicas, consagrado a búsquedas encaminadas a mejorar la economía. (V. Marion Wilhelm, *Mexico Turns to Technical Research to Promote Industry*, "The Christian Science Monitor", e. a., 20 de febrero de 1954, pág. 7.)

Pensemos, del mismo modo, en la cooperación con las instituciones especializadas de la O. N. U.: el Centro de Pátzcuaro; la "ciudadela del saber", de Méjico, etc. Se ha hablado de Méjico, *cuna de la enseñanza rural.*

En los últimos tiempos—por ejemplo, bajo el Gobierno de Alemán—se ha asistido a una serie de realizaciones de notorio valor: el abastecimiento de agua a la capital, con el vasto proyecto Lerma; los suministros eléctricos a la ciudad de Méjico; las vías de comunicación (carretera de Cuernavaca, ferrocarril del Yucatán), etcétera. También la Ciudad Universitaria de Méjico, con un coste de veinticinco millones de dólares, calificada de "elefante blanco" por la prensa estadounidense. (En todo caso, algunos problemas de la educación universitaria en la capital mejicana se esbozaban por Charles Poore, en *Problems of a Mexican Educator,* "The Christian Science Monitor", e. a., 9 de enero de 1954, pág. 9).

Aunque no han faltado facetas de otro matiz, como las denuncias de amplios robos y corrupción aparecidos en el transcurso de la Administración de Alemán; totalizando una suma de quinientos millones de dólares, por intermedio de miembros de su Gabinete. Por más que nos ha sido posible leer: "La verdad es que, en las mentes de muchos expertos y observadores imparciales, efectivamente Méjico hizo grandes progresos durante los seis años del régimen de Alemán y que, aun cuando tuvo lugar algún enriquecimiento personal, probablemente no fué ilegal bajo los Códigos mejicanos ni fué algo nuevo en la historia del país." (Cons. *México's Progress Under Alemán Now Ignored in Graft Acusations,* "The Christian Science Monitor", 3 de diciembre de 1953, pág. 4.)

Sin olvidar que en las elecciones presidenciales de 1952 el candidato comunista obtenía 72.482 votos (frente a 2.713.419 recogidos por el presidente electo, Ruiz Cortines, del partido de las Instituciones revolucionarias; 579.745, conseguidos por el general Guzmán; y los 285.555, obtenidos por el doctor González Luna, del partido Acción Nacional. (Vid. *Le Monde,* 16 de septiembre de 1952.)

* * *

Quizá todos esos desequilibrios de la sociedad mejicana integren un síntoma específico de una pugna por consolidar su personalidad. Puede ser... Se ha sostenido—Northrop resulta una prueba—la existencia de una cultura distintiva de Méjico, formada por cinco sistemas culturales coexistentes: el antiguo azteca, el *colonial* español, el positivista francés del siglo XVIII, el económico angloamericano y el mejicano actual. La fusión de estos elementos se ha concretado en una cultura apasionada, principalmente "estética", profundamente "religiosa"—y, al mismo tiempo, marxista—, científica y eco-

nómica. Ahora bien: esta quinta nueva cultura no se halla completamente integrada todavía; se encuentra aún en un proceso de *devenir*.

No podemos permitirnos proseguir esta cuestión. Baste con lo indicado. Sin embargo, tomemos contacto con lo que se escribía en 1936, en el prólogo inserto en el libro de Soustelle *Mexique, terre indienne:* "Pocos países..., han sido más calumniados que Méjico. La responsabilidad procede, en gran parte, de los turistas apresurados... Cuántos de entre ellos han pasado sin sospechar que Méjico es, ante todo, una tierra india...; que revoluciones y desórdenes internos no han sido, con frecuencia, más que manifestaciones de ese deseo de reconciliar a la raza vencida y a la raza conquistadora en una acción común." En fin, una reciente obra publicada en Francia, en Ed. du Rocher, enfoca a Méjico como *terre bénie, terre maudite...*

Leandro Rubio García.
Casa Jiménez, 7, 4.º
ZARAGOZA.



ARTE Y PENSAMIENTO

LA ADOLESCENCIA DE DON QUIJOTE

POR

LUIS ROSALES

Difícil es poner de acuerdo a muchos, y por ello no es cosa sólita y frecuente entre los cervantistas reconocer que la libertad es el núcleo vivo y central del pensamiento de Cervantes (1). Sin embargo, la relación entre la vida y la obra del más genial de nuestros poetas debía ser indudable. La libertad, por la cual puso su vida en riesgo en tantas ocasiones, tiene que haber dejado alguna huella en su creación artística. Para encontrar el rastro de esta huella fuerza es seguir camino nuevo o, al menos, poco frecuentado. El que nosotros escogemos no es camino real: consiste en estudiar la libertad no en los textos escasos y generalmente inexpresivos donde el autor se ha referido a ella, sino en la acción, en la manera de conducirse y realizarse que tienen las figuras cervantinas. El pensamiento de Cervantes—igual que todo pensamiento poético—necesita expresarse por medio de palabras y por medio de símbolos, y a ellos conjuntamente a las palabras en cuanto palabras y a los símbolos en cuanto símbolos—es preciso atender para entenderle. Sólo desde esta perspectiva puede abarcarse su pensamiento con cierta integridad. Desde ella vamos a situarnos sabiendo que la conducta, el esquema vital de un personaje literario, es su *palabra viva*. Los "textos" son como *palabras dichas*, palabras en el aire de la acción: no pueden igualarla en poder expresivo, desnudez, eficacia y sinceridad; sólo le sirven, como van a servirnos a nosotros, de contrapunto y subrayado.

Entre las figuras comenzaremos, naturalmente, por Don Quijote. A tal señor, tal honor. El origen de la locura de Don Quijote tal vez estribe en su manera de comprender la libertad. No sabemos nosotros si Don Quijote está loco o no está loco (2). La actitud de

(1) Basta ver la atención que dedica al tema Américo Castro en *El pensamiento de Cervantes*, y cito esta obra por ser la más representativa de las escritas sobre el tema.

(2) En el enfoque de esta cuestión, igual que en tantas ocasiones, ha acertado *Azorín*, que hace dialogar a Cervantes de esta manera:

"—Quieres que te diga, Miguel, lo que estoy pensando—dijo el compañero de Cervantes—. Se trata, sin duda, de un loco como tu personaje.

—Hombre, no tanto: mi personaje no es propiamente un loco."

Véase *Azorín: Con Cervantes*, pág. 170. Espasa Calpe. Madrid.

Cervantes (que, dicho sea de paso, es hoy profética y científica) consiste en afirmar que todos somos locos: los unos y los otros. La frontera entre lo patológico y lo normal es casi imprecisable, transitoria y resbaladiza. Ya lo dice Cervantes: "¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme" (3). *Es indudable que en el maravilloso mundo cervantino la locura es un recurso técnico y no una enfermedad.* Por consiguiente, justo es andar con alguna cautela en este punto si no queremos comenzar a llover todos.

A pesar de su mucha discreción, es indudable que nuestro héroe no se conduce normalmente. Sobre este punto dice Américo Castro que la técnica fantaseadora de Don Quijote consiste en hacer vacilar a las cosas en su realidad, en ponerlas al trasluz de equívocos significados: ¿yelmo?, ¿bacía?, ¿baci-yelmo? (4). Creo preciso añadir que Don Quijote no vacila, no duda. Sabe que la bacía es verdaderamente el yelmo de Mambrino y que la albarda es jaez, igual que Sancho sabe que dos y dos son cuatro y que la muerte vendrá un día a desnudarle de su cuerpo. Su distinta posición ante la realidad radica en que ambos tienen dos maneras de comprender el mundo, que se fundan en dos maneras de "saber" radicalmente diferentes (5). Pero ¿de dónde le viene a Don Quijote la certidumbre de su saber? O dicho de otro modo: ¿en qué razones se funda el quijotismo? Tratar de resolver esta cuestión ape-

---

(3) *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha,* segunda parte, capítulo I.

(4) La expresión baci-yelmo, repetida en varias ocasiones por Don Quijote, creo que puede expresar vacilación; pero lo que indudablemente expresa es cortesía. Don Quijote la dice con intención conciliadora. Este carácter de "concesión" tiene más ironía y más valor estético.

(5) Afirma Castro que la técnica fantaseadora de Don Quijote consiste en hacer vacilar las cosas en su realidad, en ponerlas al trasluz de equívocos significados: ¿yelmo?, ¿bacia?, ¿baci-yelmo? Esto es verdad, pero no es toda la verdad. Oigamos una aguda opinión que nos va a dar un matiz nuevo y justo de la actitud de Don Quijote frente a la realidad: "Ante don Quijote y Sancho, por de pronto, no hay molinos ni gigantes, sino grandes objetos, rígidos, gesticulantes. Sancho sabe que son molinos en virtud de un conocimiento anterior. Don Quijote sabe que son gigantes en virtud de un razonamiento más complicado. Sancho acepta las interpretaciones recibidas de las cosas; Don Quijote, en cambio, las discute desde un punto de vista caballeresco andante. Las esencias a que responden las cosas, y que indudablemente tienen, pues no son meros datos, dependen del orden objetivo extraindividual a que responden, pero ellas están ahí; en el *Quijote* no se fingen realidades, se cambian y transmutan sus aspectos." Véase Salvador Lisarrague: *Revista Escorial,* núm. 31. Madrid. En efecto, dentro del mundo quijotesco las realidades no se fingen, se transmutan. La distinción tiene importancia. Puesto que las cosas están ahí patentemente y nos ofrecen resistencia, no son meros fantasmas, ni puros datos racionales. Este carácter fijo de lo real es igual para Don Quijote y para el bachiller Sansón Carrasco. Los molinos serán o no serán gigantes, pero son reales.

lando al expediente de la locura, como se viene haciendo, es practicar ilusionismo crítico y cortar por lo sano. En rigor, tanto vale decir que Don Quijote es un loco como decir que Don Quijote es un pez. Estas palabras no explican nada. No contestan a ninguna pregunta. Loco o no loco, lo importante es saber en qué consiste la genuinidad de su cordura o de su locura, porque es bien claro que locos somos muchos y Don Quijote no hay más que uno (6).

Cuando el río suena, agua o piedras lleva. Que en la llanura de la Mancha, y en un tiempo sin tiempo, alguien se ha vuelto loco al convertirse en Don Quijote, se encarga de decírnoslo Cervantes: "Y así del mucho leer y del poco dormir se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio" (7). Mas nosotros creemos que ni en ésta ni en ninguna ocasión se puede interpretar literalmente la expresión cervantina. Es demasiado irónica y compleja para entenderla de modo literal, y aun yo diría para acabarla de entender (8). Quien no practique vocación de humildad no debiera adentrarse en el estudio de Cervantes. La vanidad letrada y científica, y aun pura y simplemente la timidez ante el *error inevitable*, impiden comprender un pensamiento tan inmediatamente sorprendido en su manantial, tan juguetón y "entreverado" como el suyo. La intención cervantina sólo se puede conocer deletreándola sin rigidez y con cautela, porque puede afirmarse que ningún escritor se ha divertido tanto, ni se ha sentido tan libre, al escribir, como Cervantes (9).

Si Cervantes afirma taxativamente que Don Quijote estaba loco es, ante todo, porque le conviene y, además, porque lo necesita. "La locura de Don Quijote es simplemente un vehículo para exponer cierta idea del vivir humano según Cervantes lo entendía" (10). Es indudable que hacer lindar a Don Quijote en la fron-

---

(6) En fin de cuentas, si Don Quijote fuera un loco terminaría sus días y sus andanzas en un manicomio, igual que los termina en la obra de Avellaneda, donde el carácter de nuestro héroe es simplicísimo y lineal y aun diríamos grotesco. L. Pfandl subraya la importancia del carácter singularísimo y personal de su locura: "Lo que en Don Quijote es característico no es precisamente la locura, sino más bien la clase de esta locura." Véase *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, pág. 323. Ed. Gustavo Gili. Barcelona.

(7) *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, primera parte, cap. I.

(8) "No sabemos realmente hasta dónde puede llegar el mar insondable de la ironía cervantina; cada actitud espiritual es criticada y reducida por su contraria." Véase A. Castro: *Ob. cit.*, pág. 138.

(9) Véase la tercera parte de este libro, donde se trata el tema extensamente.

(10) Véase Américo Castro: *La estructura del "Quijote"*, pág. 168. Homenaje a Cervantes de la revista *Realidad*. Buenos Aires.

tera de lo anormal es una estricta necesidad de la naturaleza de su obra (11). Reflexionemos un momento. Desde Luciano a nuestros días, la sátira siempre ha partido de una ficción que sirviera al autor para escurrir el bulto cuando arreciara la tormenta. A la chita callando, los muertos y los locos pueden decirlo todo. Pero además, si los personajes que le rodean no le tomaran por loco, nuestro héroe hubiera dado con sus huesos en la cárcel en la primera ocasión, y en este caso ni Don Quijote hubiera sido Don Quijote, ni Cervantes hubiera dado cima y realización a la imaginada historia de sus hazañas (12).

En la invención del Quijote hay un hecho de gran relieve que nunca suele ser tenido en cuenta: Don Quijote necesita un apoyo exterior, un apoyo social para mantener durante largo tiempo el peligroso y difícil ejercicio de su andante caballería. Depende de esta protección el hecho milagroso de que el *Quijote* pueda sobrevivir, como novela, en cada uno de sus capítulos (13). Cierta es, y necesaria, la resistencia que opone al caballero el mundo circundante; cierta es también, y necesaria, la ayuda que le brinda. Don Fernando, Cardenio, los Duques y el bachiller Sansón Carrasco, le apoyan de diferentes modos, y *en virtud de este amparo y complicidad*—no lo olvidemos—consigue Don Quijote llegar a ser quien es y librarse en sus andanzas de malentendedores y cuadrilleros (14). El dato es importante y explica, entre otras cosas, la universalidad del quijotismo. Fuerza es decir que justamente por lo que Don Quijote tiene de irresponsable tuvo siempre a su alrededor quienes

---

(11) Muy agudamente enfoca de este modo la cuestión Giovanni Papini: "Fué entonces, acaso en la cárcel, cuando concibió e imaginó a su héroe: un loco. La locura de Don Quijote es una coartada de la ingrata sinceridad, es presunción de inocencia, es ausencia de responsabilidad. Un loco, cuando se desfoga en las páginas de un libro, puede decir y puede hacer lo que no está permitido a los cuerdos." Véase *Descubrimientos espirituales*, pág. 113. Buenos Aires.

(12) *Historia imaginada*, así llama a su obra Cervantes con muy profunda intención estética: "Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginada historia."

Digamos de pasada que la sorprendente y lírica adjetivación cervantina "mínima y dulce" fué repetida por Rubén Darío en *Los motivos del lobo*: *"el mínimo y dulce Francisco de Asís"*.

(13) La protección social que hace posibles las andanzas de nuestro héroe también ocurre en el *Quijote* de Avellaneda. Cervantes alude a ello en la conversación entre Don Quijote y Don Alvaro Tarfe: "El tal Don Quijote fué grandísimo amigo mío..., y en verdad de verdad que le hice muchas amistades, y que le quité de que no lo palmease las espaldas el verdugo por ser demasiado atrevido" (VI, 429).

(14) Como ejemplo de esta complicidad recuérdese la conducta del Bachiller Sansón Carrasco, que facilita y hace posible la tercera salida de Don Quijote.

le defendieran contra la ley, pero también debemos advertir que por lo que Don Quijote tiene de Don Quijote y no de Alonso Quijano sus mismos burladores se identifican, en más de una ocasión, con su conducta (15). Esta actitud, fronteriza entre lo correcto y lo desmesurado, entre la suma discreción y la suma anormalidad, constituye uno de los aspectos esenciales del quijotismo. Don Quijote, en rigor, no es lo uno ni deja de ser lo otro (16). Con claro discernimiento subraya Cervantes, de continuo, la contradictoria dualidad de su ser para indicarnos que comprender el quijotismo, sin más ni más como locura, no es entender a Don Quijote, el cual, según Don Lorenzo, es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos (17).

Cierto es que nuestro héroe tiene una extraña comprensión de lo real. Aldonza no es Aldonza, sino Dulcinea. Los molinos de viento no son molinos, sino gigantes. Pero debe tenerse en cuenta que Don Quijote sabe, muy bien sabido, que Aldonza y Dulcinea son cosas bien distintas. No las confunde en modo alguno. Es indudable que el rescoldo de sus amores por Aldonza sirve al hidalgo para la recreación de Dulcinea. Pero este hecho no demuestra, ni mucho menos, que las confunda. Tal es el nudo de la cuestión. Don Quijote antes de ser Don Quijote era Alonso Quijano, como cualquiera de nosotros fuimos niños antes que hombres. Ahora bien: ni Don Quijote ni nadie confunde un niño con un hombre por el hecho de identificarlos en una misma persona. Quien los confunde es el lector. Quienes los confundimos somos nosotros, los cuerdos locos, que todavía tenemos dudas sobre la realidad de

---

(15) Recordemos los casos de Don Fernando, de Antonio Moreno, de los Duques, de Don Alvaro Tarfe...

(16) En efecto, la conducta del caballero obedece en más de una ocasión insospechada a la cordura o si se quiere a la prudencia. Cuando Sancho le ruega después de la aventura de los galeotes que se aparten del camino real para salvar el pellejo, porque no hay bromas con la Santa Hermandad, ésta es la extraña y cuerda contestación de Don Quijote: "Naturalmente eres cobarde, Sancho; pero porque no digas que soy contumaz y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo y apartarme de la furia que tanto temes; mas ha de ser con una condición: que jamás, ni en vida ni en muerte, has de decir a nadie que yo me retiré y aparté de este peligro de miedo, sino por complacer a tus ruegos; que si otra cosa dijeres mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora, te desmiento y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares o dijeres." No faltarán maliciosos que piensen que quien teme tener un encuentro con la autoridad no es Don Quijote, sino el mismísimo Cervantes—recuérdese la hipocresía heroica cervantina—, y a causa de ello anda con pies de plomo. Pero también muestra Don Quijote su prudencia en otras ocasiones en que no entraba en conflicto la autoridad: recuérdese su prudentísimo y mesurado proceder en la aventura del rebuzno.

(17) *El Ingenioso Hidalgo...*, parte segunda, cap. XVIII.

Dulcinea y, para darle cuerpo a un sueño, recordamos en ella la realidad de Aldonza.

Para andar paso a paso en el deslinde de esta cuestión de la locura estudiémosla primero psicológicamente. Por lo pronto, como Cervantes nos indica, lo que le ocurre a Don Quijote es que bajo la influencia de los libros de caballerías llega a creer que la historia y la invención literaria tienen la misma validez (18). Ve el mundo bajo la privanza de la imaginación y no de la razón. Las imágenes sensoriales y las imágenes de la fantasía tienen para nuestro héroe una misma consistencia real, y a causa de ello interpreta la realidad *imaginándola.* Pero no echemos en saco roto que ésta es la realidad que Don Quijote vive. "Por algo análogo a lo que ocurre en los sentidos—expresado en la llamada ley de Müller—de la especificidad de la sensación, según la cual cualquiera que ésta sea, al actuar sobre el órgano receptor o transmisor, origina siempre una misma sensación específica, los sentidos de Don Quijote parecen conformados de tal manera que despiertan siempre al ser excitados una representación propia del mundo de los libros de caballerías" (19). Así, pues, Don Quijote responde a sus estímulos de manera distinta a la usual. Diríase que sus propias sensaciones están interferidas por una cierta emoción alucinada (20).

Su sistema de transmisión sensorial no es fidedigno. Y la extraña singularidad de su actitud consiste en que naturaliza la realidad en su imaginación y, por tanto, *vive realmente en otro mundo.* Todas sus sensaciones iluminan en nuestro héroe una cierta conciencia imaginativa, aunque no imaginaria, de lo real. Todas sus sensaciones, por distintas que sean, despiertan siempre en él la misma representación caballeresca.

Este es el mecanismo psicológico que determina el mundo quijotesco. No hay duda alguna de ello. Para comprender que Don Quijote no es puramente un loco basta tener en cuenta que los locos carecen de libertad y responsabilidad, y Don Quijote sí las tiene. Ahora necesitamos dar un nuevo paso en la averiguación de su carácter. Cervantes nos ha dicho que Don Quijote estaba loco, pero nos ha demostrado después hasta la saciedad que era

---

(18) Esta es la idea central de la estética cervantina, más tarde definida y analizada por Miguel de Unamuno y convertida en una de las claves más importantes de su filosofía: la realidad de las figuras de ficción, o si se quiere: el sueño como creador de vida.

(19) Véase J. Goyanes: *Tipología del "Quijote"*, pág. 94. Madrid, 1932.

(20) Véase Rof Carballo: *Cerebro interno y mundo emocional.* Ed. Labor. Barcelona, 1952.

un ser fronterizo entre la discreción y lo locura (21). Nos ha dicho también que cualquier hijo de vecino se identifica, en más de una ocasión, con Don Quijote. Y, finalmente, nos afirma que la edad de nuestro hidalgo frisaba en los cincuenta años (22). Pero Cervantes suele tomarse bastantes libertades con sus lectores. Además, como todos sabéis, y por razones muy diversas, aún no ha podido hacer su discurso académico, y este discurso es la primera ocasión que tiene un escritor *lego y festivo* como Cervantes para hablar a su público con seriedad. Quizá aún pueda hacerlo. Quizá cuando nos hable seriamente, con la veracidad que tal caso requiere, nos diga que Don Quijote no es un loco ni es un hombre maduro, sino un adolescente (23).

LA ADOLESCENCIA DE DON QUIJOTE

Nadie se llame a engaño ni suponga que nosotros vamos a hacer, sin más ni más, el discurso de ingreso de Cervantes en la Real Academia de la Lengua. Sólo nos interesa apuntalar un poco a la deriva y a trasmano en qué consiste la adolescencia de nuestro héroe. Y como al que se queda quieto se le duerme la pierna, demostraremos el movimiento andando. Quizá no sea del todo inútil advertir previamente que tampoco vamos a tratar punto por punto de la psicología de la edad juvenil: existen ya más de un millón de libros escritos sobre el tema, que deberá releer esta noche cualquier lector que quiera dar a mis palabras un sesgo pedagógico y profundo. Yo no he tenido tiempo para ello. Tampoco creo que sea inútil aclarar que no tratamos en modo alguno de definir a Don Quijote, y mucho menos el quijotismo: queremos fijar únicamente algunas de las características que son comunes a Don Quijote y a la adolescencia. Conviene a nuestro fin que destaquemos las siguientes:

(21) "Don Quijote está loco, pero no es un loco. Hay una intuición común de esa diferencia. Lo segundo es una anormalidad total en que se subvierte todo el orden del conocimiento y de la valoración, y muy particularmente el de los valores morales. En cambio, estar loco, en el sentido usual de la lengua, más llena de sabiduría que de ciencia, es una anormalidad ocasional y parcial que no afecta por entero la vida psíquica ni la conducta, y que sólo consiste en un desusado modo de reaccionar ante determinadas circunstancias." Véase Jorge Mañach: *Examen del quijotismo*, pág. 124. Ed. Suramericana. Buenos Aires.

(22) *El Ingenioso Hidalgo...*, parte I, cap. I.

(23) Por la razón de que Don Quijote confunde la apariencia de las cosas viene siendo considerado como loco. A la interpretación de don Américo Castro anteriormente expuesta, no hay nada que añadir. Unicamente aclararemos que el loco carece propiamente de libertad y responsabilidad y que Don Quijote es un hombre a quien ha extraviado su modo de entender la libertad. Esta sustantividad de la libertad es privativa de la adolescencia.

1.ª El descubrimiento de la soledad como expresión de un mundo nuevo; 2.ª La conversión de realidades en valores; 3.ª La ejemplaridad o el teatro para sí mismo; 4.ª La adoración amorosa, y 5.ª La tendencia hacia lo absoluto.

1.ª *El descubrimiento de la soledad como expresión de un mundo nuevo.*—La característica decisiva en el proceso psíquico que nos conduce a la adolescencia es el descubrimiento del yo personal. Aclararemos, ante todo, que este descubrimiento no coincide en modo alguno con su definitiva cristalización. En rigor, conseguir este logro—la cristalización del yo—es la finalidad a veces tarde o nunca conseguida que da sentido a la adolescencia. A causa de ello, el mundo psíquico adolescente tiene interioridad, pero no intimidad. La intimidad es un logro tardío, y presupone, necesariamente, la fijación de nuestra vida personal. Cuando nuestra vida se organiza completamente alrededor de un núcleo propio y ya cristalizado, pensamos que es más *nuestra*, más personal, y a esta manera de apropiarnos de ella llamamos "vida íntima". Así, pues, la intimidad supone una cierta trascendencia objetiva y aun "familiar" de nuestro yo. La interioridad, en cambio, nos "deja" solos, esto es, nos lleva de la mano hacia la soledad.

Nunca debiéramos olvidar que toda convivencia es frágil, desvalida y enormemente delicada. Recordemos el ejemplo más alto de convivencia humana: la vida familiar. Frente a la hostilidad del mundo, recogerse en el ámbito hogareño es igual que acogerse a sagrado. Las paredes de la casa, la soledad rememorativa, los muebles, las lecturas y los dolores frecuentados, nos apropian a nuestra vida y, al mismo tiempo, nos vinculan a un "todo" que hace que nos amemos y nos unamos dentro de él, añadiendo a nuestra propia y personal inclinación el fondo de valor de la familia entera (24). En rigor, la vida hogareña es casi la única posibilidad de vida plena—comunitaria y personal—que tiene el hombre de nuestro tiempo.

Sin embargo, esta expresión periodística y derruída: intimidad del hogar, tiene una doble versión que nunca suele ser tenida en cuenta. Desde el punto de vista de los padres, los hijos perte-

(24) "Así es la familia como un todo del edificio del amor, que de antemano sólo podía existir como un todo y cuyos pilares en el alma humana son cualitativamente y de antemano distintos. *Ahora bien: cada miembro de la familia es amado por cada miembro de ella igualmente sobre el fondo de valor de la familia entera.* Sólo así se concibe la solidaridad tan elevada en culpas y méritos, que es más intensa que todas justamente en la familia primitiva." Scheler: *Esencia y forma de la simpatía*, ed. cit., pág. 269.

necen a la intimidad y son como una pura trascendencia nuestra. Mas desde el punto de vista de los hijos—sobre todo del hijo adolescente—, los padres no pertenecen a la intimidad, sino más bien al mundo resistente exterior. La distinción es inequívoca, muy a pesar de sus matices diferentes: los hijos no pertenecen al hogar *del mismo modo* que los padres. Para los hijos, la familia es un vínculo; para los padres, la familia es un todo. La herida que nosotros les causemos, ellos la sienten por simpatía; la herida que los hijos nos causan, nosotros la sentimos en carne propia. La filialidad hogareña tiene interioridad, pero no intimidad, porque la intimidad sólo se logra después de haberse concluído el proceso de cristalización de nuestra vida personal. Quede apuntado únicamente este aspecto del conflicto entre padres e hijos, que es la característica esencial de esta edad de la vida (25). Cuando el hijo permanece soltero en casa de sus padres, ya en sus años maduros, comienza a encontrar en el hogar paterno su propia intimidad, pero tal hecho sólo se cumple en la medida en que limita la abertura de su libertad para formar un hogar propio. Lo que nos interesa volver a subrayar de este proceso entre el descubrimiento y la cristalización de nuestro yo es tan sólo la reflexión hacia sí mismo, la vivencia radical desde el mundo interior como actitud de donde se derivan todos los hechos decisivos de la conciencia adolescente (26).

La retracción de la mirada en la interioridad despuebla de realidades el mundo juvenil (27). Subraya Spranger "que el primer síntoma de esta transformación a que llamamos adolescencia se lo ofrecieron dos pequeñas frases entretejidas en medio de una re-

---

(25) Algunos escritores, como Bernfeld, han creído que éste es el hecho (la contradicción con el mundo familiar) que lleva a los adolescentes a escribir su "diario". Ch. Buhler contradice esta opinión, pero subraya el hecho: "es, sin duda, importante que el diario sirva a veces al adolescente para satisfacer instintos en el conflicto con la familia: habría que averiguar en concreto la frecuencia y las proporciones de este suceder". Charlotte Buhler, *ob. cit.*, pág. 364.

(26) "Aquello a que se alude (en los años de adolescencia) como una singular novedad es la vuelta de la mirada hacia adentro (la reflexión), el descubrimiento del sujeto como un mundo por sí, aislado para siempre de todo lo demás del mundo, cosas y personas." Véase E. Spranger: "Psicología de la edad juvenil", *Revista de Occidente*, pág. 53. Madrid.

(27) Para fijar con toda exactitud este momento, recordaré unas palabras de Ch. Buhler: "Ya comprobamos la preponderancia de la objetividad en la vida del niño. Mas en el trabajo de Brind hemos vuelto a comprobar en los niños de once a catorce años fenómenos que revelan que el niño ha pasado nuevamente por el punto de la objetividad y que comienza una nueva fase subjetiva. En el trabajo de Brind podemos considerar como muy objetiva la actitud de los niños de nueve a once años, que se ocupan con seriedad en el material objetivo que se les presenta, mientras que los de once a trece años comienzan a transformarlo por medio de ficciones e interpretaciones." *(Ob. cit.*, pág. 331.)

seña, todavía muy superficial, de una fiesta infantil" (28). "La fiesta terminó—después de un baile que había durado toda la noche—con un paseo en bote, por parejas, a la madrugada. Todo estaba en silencio a nuestro alrededor; ninguno de nosotros hablaba una palabra." Ya eran entonces adolescentes—comenta Spranger—, *puesto que un niño no oye el silencio* (29).

La situación descrita es fuertemente expresiva. La contigüidad de las personas que pasean en la barca no es todavía una *proximidad.* Las parejas no hablan. Diríase que son mudas psíquicamente, que no pueden hablar, que ni siquiera pueden intentar comprenderse todavía. Y por ello se escucha el silencio. Es un silencio carnal de agua batida por los remos; es un silencio que ha nacido para *distanciar* a sus protagonistas de la niñez. Porque, al menos, el adolescente que nos está hablando en su diario no medita en lo que piensa o pueda pensar ella. No escucha "su" silencio, sino "el" silencio. Como un abismo que los separa, como un abismo en el que están contiguos y no próximos, se levanta la soledad, desuniendo la intimidad de la pareja. Este es el nuevo hecho del cual va a depender la adolescencia: la soledad. Con ella nace un mundo que nos aísla totalmente de la niñez, porque la soledad no existe para el niño. Todos sabéis que la infancia carece de futuro; que su vida concluye en su "ahora", y que su "ahora" siempre se encuentra "lleno" de seres vivos, porque el mundo infantil es el mundo que tiene más densidad de población sobre la tierra. En cambio, el mundo adolescente está vacío. El adolescente puede valorar el silencio, por haber descubierto previamente la soledad.

La soledad despuebla el mundo, y toda la gozosa argentería de la vida del niño se va asombrando lentamente y desapareciendo, porque "en la adolescencia predomina un nuevo sentimiento del yo: la conciencia de que se ha abierto una honda sima entre nosotros y todo lo demás; la conciencia de que no sólo todas las cosas, sino también todas las personas, están infinitamente alejadas y son infinitamente extrañas, la conciencia de que se está solo consigo mismo en un abismo. Con esto se ha cometido aquel pecado original por el cual se separan el sujeto y el objeto. La subjetividad se convierte en un mundo independiente... En el interior del hombre también existe un universo" (30). Este nuevo sentimiento del yo coloca al adolescente en una situación que nunca

(28) Véase E. Spranger, *ob. cit.*, pág. 53.
(29) Véase la cita anterior.
(30) Véase Spranger, *obr. cit.*, pág. 57.

más ha de volver a repetirse en nuestra vida: *la situación del hombre que se ha quedado de repente, a solas de su historia.* Recuerdo unas palabras de Max Scheler que produjeron en mi ánimo una profunda y perdurable vibración: "Jamás ha habido un pueblo que se haya vivido a sí mismo (es decir, que se haya juzgado a sí mismo) como viviendo enteramente solo sobre la tierra (enteramente solo en el tiempo, en el espacio y ante las estrellas). Aunque nadie se hubiese planteado en este pueblo la cuestión de su soledad, si alguno de sus miembros hubiese dicho: estamos enteramente solos en el mundo, todo el pueblo se hubiera estremecido" (31).

Pues bien: este pueblo lejano y misterioso lo constituye la adolescencia. El adolescente vive siempre en la orilla de sí mismo; el adolescente siempre se encuentra solo. No pertenece a tiempo alguno. No pertenece a mundo alguno. Carece de pasado y, por tanto, no dispone de un conjunto de posibilidades personales. Quiere existir *desde* la náda. Como se ha despojado de su historia, su mundo está desierto, pero además su vida, en cierto modo, no es real: se teje con el hilo de los sueños. Y como no tiene propiamente experiencias, sino vivencias, es muy frecuente el hecho de que la adolescencia sea cruel, mas no egoísta, porque el adolescente ama tanto a la Humanidad que resbala casi insensiblemente sobre el prójimo. Utiliza las cosas, las ideas y las personas como medios. Al encontrarse en soledad, y por haberse aislado de su pasado y su niñez, se encuentra *a solas de sí mismo.* Estar a solas consigo mismo implica nuestro propio descubrimiento; estar a solas de sí mismo significa haber roto la continuidad de nuestra alma. Cualquier adolescente parte siempre del hecho de que lo más importante de su personalidad se realiza con plena reserva y en secreto (32). Necesita emplear todas sus fuerzas en el descubrimiento de su mundo interior, y para conseguir esta concentración vital se destierra en sí mismo, "dividiéndose", por así decirlo, de todo lo creado (33). Piensa que el aislamiento puede fertilizarle, y, a consecuencia de ello, vive en un tiempo sin ayer, vive un tiempo que sólo es habitable hacia el futuro. Donde habite el olvido vive la adolescencia. El idealismo adolescente es el pecado original contra la historia.

---

(31) Véase Max Scheler: *Esencia y formas de la simpatía*, pág. 269. Ed. Losada. Buenos Aires.

(32) Véase E. Spranger, *ob. cit.*, pág. 55.

(33) "La idea de dejar la casa de sus padres y a los suyos ni siquiera le impresionaba." Goethe: *La misión teatral de Guillermo Meister*, ed. cit., pág. 1355.

Y justamente porque en ella nacemos desde la soledad, se nace a vida nueva (34). A partir del inmortal libro de Dante llamamos *vita nuova* a este período de nuestra vida. Algunos de los hechos anteriormente señalados concurren a este fin—el establecimiento de la vida nueva—, pero el más importante y decisivo es la distinta valoración del tiempo que comienza a tener el adolescente. "Para el niño la vida es, en general, una sucesión de momentos independientes. Corriendo de goce en goce y pasando de un interés a otro interés, el niño no tiene todavía conciencia de que actúa como dentro de un todo. El tiempo le parece ilimitado. Ninguna época de la vida se presenta a las vivencias subjetivas tan larga como la época de los primeros doce o trece años. Conocida es también la escasa memoria del niño para las emociones; éstas no tienen todavía una significación vital tan céntrica como más tarde la tendrán. Con la pubertad psíquica comienza muy lentamente, creciendo de año en año, la nueva posición. Colaboras con tu actividad en un todo. Lo que entretejes en este tejido de la vida es *irrevocable; queda convertido para siempre en un pedazo tuyo"* (35).

Frente al tiempo infinito y placentero de la niñez se empieza a valorar la finitud del tiempo y comenzamos a vivir, humanamente, dentro de nuestro límite. Con la salida de la niñez empieza la agonía. Este nuevo y dramático sentido del tiempo comprendido como horizonte personal es el hecho que abre de par en par la existencia del hombre. A partir de este descubrimiento todas y cada una de nuestras acciones adquieren la plenitud de su sentido. No existen hechos aislados. La vida psíquica comienza a ser considerada como un proceso de integración (36). ¿No recordáis que es en los años de la adolescencia cuando nos decidimos por vez primera a emborronar nuestro diario? (37). ¿Nos hemos pre-

---

(34) "Este es el segundo nacimiento de que habla Rousseau. Aquí nace de verdad el hombre a la vida y nada humano le es extraño. Con la pubertad comienza a estructurarse una personalidad nueva en la que van a predominar adquisiciones progresivas de la mayor importancia para el individuo y para la especie... Las transformaciones fisiológicas y mentales que van a operarse a veces de golpe, a veces por desarrollo regular, exaltarán al máximo las diferenciaciones individuales que distinguen a un individuo de todos los demás." Véase Pierre Mendousse, *El alma del adolescente,* pág. 29. Buenos Aires.

(35) Véase Spranger, *ob. cit.,* pág. 61.

(36) "Guillermo parecía haber notado, acá y allá, que el espíritu del hombre forma un todo completo que no puede confundirse con ningún otro, aunque pueda tener con él más o menos puntos de contacto" (Goethe, *ob. cit,* t. II, página 1365). Cuando Guillermo Meister, al llegar a la adolescencia, descubre que el espíritu de cada hombre forma un todo completo, descubre, al mismo tiempo, la frontera que le separa del resto de los hombres. Ambos descubrimientos están íntimamente relacionados.

(37) Véase el interesante estudio de Ch. Buhler sobre el "diario en la adolescencia" *(ob. cit.,* págs. 363 y sigs.).

guntado alguna vez la significación de esta actitud? Para entender nuestro vivir, para apropiarnos de nuestros propios hechos, vamos reuniendo y escribiendo en el "diario" los pedazos de nuestra vida, vamos rehaciendo y descubriendo su secreta unidad, porque el diario representa, antes que nada, la tendencia a fijar—iluminándola retrospectivamente—la figura del alma. Lo que intentamos *comprender al escribirlo es justamente lo que somos*. El *niño* no se ha encontrado consigo mismo todavía. No tiene vida propia. El niño *vive desde el mundo;* el niño vive desclavado de sí. No conoce sus límites. No tiene un tiempo personal. En cambio, la actitud del adolescente que decide escribir su diario es la de situarse, por vez primera, frente a su propia vida y asumir la responsabilidad de protagonizarla. Con esta nueva interpretación del sentido del tiempo se ha historizado nuestro vivir, y se abren de par en par ante la adolescencia las puertas del milagro. A partir de este descubrimiento, de modo ineludible y doloroso, el hombre se convierte en el protagonista de su propio existir.

Resumiendo. La vida nueva consiste originariamente en un desgarramiento, en un dolor que comenzamos a sentir al romperse en nosotros la armonía propia del mundo de la niñez. Desde el punto de vista de nuestra vivencia del tiempo, termina entonces el predominio del presente. La infancia había habitado siempre en el "ahora". La adolescencia vive hacia el "mañana". La juventud comienza cuando empezamos a comprender que el hombre sólo puede vivir dentro del "todavía". Podría decirse, sin extremar las cosas, que es justamente hacia los años de adolescencia cuando el tiempo vital comienza *a historizarse*. Se rompe la unidad entre objeto y sujeto propia de la niñez, y se hace subjetivo nuestro mundo. Aún no existe una *vida personal* que sustituya el paraíso perdido de la infancia. A causa de ello, no hay una etapa más dolorosa en el proceso de nuestra vida. Como todo dolor moral, el dolor de la adolescencia procede de una crisis de crecimiento. Nos ocasiona un sentimiento extraño, un sentimiento que no se puede atenuar ni compartir (38). La adolescencia nos distiende. Lo que distiende duele. También es cierto que mientras somos adolescentes nos sentimos crecer cuando sufrimos.

Donde no hay logro no hay gozo. Generalmente, se suele con-

(38) "Guillermo parecía haber notado acá y allá que el espíritu del hombre forma un todo completo que no puede nunca fundirse con ningún otro, aunque pueda tener con él más o menos puntos de contacto. Hubo de llegar muy pronto a esa conclusión, pues un ser que está evolucionando no puede tener sino muy poco de común con aquellos otros ya desarrollados, aunque fuesen de su misma índole." Goethe, *ob. cit.*, 1365.

fundir el ímpetu vital con la alegría, y, a causa de esta confusión, el entusiasmo juvenil produce en ocasiones al que lo contempla una impresión gozosa. No es así; todos tenemos amigos que durante toda su vida siguieron siendo adolescentes: son los que nunca han conseguido desarraigarse del dolor. En realidad, la adolescencia no tiene más horizonte vital que su impulsión, y a causa de ello cambia, contradictoria y continuamente, sus ambiciones y esperanzas. "Su entusiasmo le hace considerar todas las cosas atribuyéndoles una importancia que no tienen, y esta actitud le impide mantener la fidelidad de sus deseos y la constancia de sus fines" (39). Perseverancia y fidelidad sirven de fundamento a la conducta, pero la adolescencia no puede perseverar en nada, no puede descansar en nada: es una fuerza, una impulsión y, por tanto, un absoluto desasimiento. En ella todo es punto de partida: la adolescencia no tiene "fines" propiamente dichos. Bien poca reflexión se necesita para comprender que el mero planteamiento de sus "fines" señala la frontera donde termina la adolescencia. Por consiguiente, justo es decir que su función sólo consiste en desasirnos del pasado. Su ley vital es el despliegue de nuestras facultades. A causa de ello, la adolescencia es una flecha que, en tanto que se mueve, está dando en el blanco.

Ahora debemos recordar que desde que Don Quijote ha sido armado caballero, o ha decidido ser caballero andante, ingresa en una vida nueva. Merced a ella hace el descubrimiento de su ser personal. Como el adolescente, intenta hacer el mundo a su imagen y semejanza. Como el adolescente, se encuentra a solas de la historia. Como el adolescente, llega todos los días ante las puertas de sí mismo. Como el adolescente, se complace en su esfuerzo, aun conociendo que sus empresas no tienen más sentido que el valor de emprenderlas. Como el adolescente, ha disociado la realidad social y el mundo personal. La consecuencia de esta disociación es el dolor. Y ya sabéis, por experiencia propia de españoles, que el dolor es la sustancia misma del quijotismo.

2.ª *La conversión de realidades en valores.*—La lógica de Don Quijote no es pura lógica, sino ética. No atiende a realidades, sino a valores. Ahora bien: esta última expresión, como todas las ex-

(39) Véase Pierre Charron: *De la sabiduría*, pág. 225. Ed. Losada. Buenos Aires. Recordemos también las palabras de Goethe: "Guillermo abandonábase a su fantasía y siempre estaba preparando algo sin llegar a producir nada; alzaba castillos en el aire y no caía en la cuenta de que aún no había sentado las bases para el primero" *(Misión teatral de Guillermo Meister*, t. II, pág. 1343. Editorial Aguilar.)

presiones vagas y más o menos filosóficas, parece clara y no lo es. Percibimos los valores al través de las cosas, y porque los percibimos a su través, los ponemos en ellas; pero la realidad de los valores, en cierto modo, es independiente del sujeto que los impone y, en cierto modo, es ajena también de la misma realidad de las cosas donde se *encuentran trasparecidos* o implicados (40). El mundo del valor estriba en una cierta trascendencia de lo real por medio de la cual se nos revela nuestro ser. Téngase en cuenta este carácter, pues el valor no es objetivo ni subjetivo, sino real, y sólo en tanto que real se nos revela en nuestra convivencia con las cosas.

Y ahora dejémonos de libros de caballerías y vayamos al grano. No inventa el hombre los valores: consiste en ellos. Y como la adolescencia es el período de nuestra vida en donde el alma se encuentra más abierta hacia el descubrimiento del valor (en cualquiera de sus manifestaciones ideales, estéticas o religiosas), la vida del adolescente nos suele dar una impresión idealizante y perfectiva. Bien conocido es el hecho de que casi todos los hombres hayan compuesto versos en su primera juventud. La vocación religiosa, y asimismo la pureza e integridad con que sentimos el ideal de la justicia, suelen también llamar a nuestra puerta en esta hora (41). Sin embargo, estas inclinaciones no prueban en el adolescente la vocación religiosa, poética o jurídica. Son caracteres generales de la adolescencia y obedecen al hecho de que en ella se nos revelan justamente como valores. Pero no lo olvidemos: la *revelación de su existencia no suele coincidir con el descubrimiento de nuestra vocación.*

En tanto dura la adolescencia, podría decirse que el mundo pierde para nosotros su identidad. Las cosas se despojan de su fijeza; se hacen flúidas, ideales, y, por así decirlo, se "desmovilizan" de su intrínseca realidad. Para el adolescente, el mundo no se *encuentra suficientemente* hecho, o se *encuentra* "acabado" todavía. La realidad no nos parece bastante estable para contar con

---

(40) "Si por mundo entendemos la ordenación unitaria de los objetos, tenemos dos mundos, dos ordenaciones distintas, pero compenetradas: el mundo del ser y el mundo del valer. La constitución del uno carece de vigencia en la del otro; por ventura, lo que *es* nos parece no valer nada, y, en cambio, lo que *no es* se nos impone como un valor máximo. Ejemplo: la perfecta justicia nunca lograda y siempre ambicionada." Ortega y Gasset, *ob. completa,* t. V, pág. 318.

(41) "En particular, la idea de justicia, ya aparezca como una categoría de la razón práctica o como el sedimento más importante que se advierte en el progreso (?) del proceso histórico, actúa sobre la adolescencia como un imperativo absoluto." Pierre Mendousse, *ob. cit.,* pág. 245.

ella: es preciso crearla. Y a causa de ello, cualquier adolescente que se enamora tiene su Dulcinea.

Pero el amor juvenil no se equivoca, no puede equivocarse, pues no se atiene ni a realidades ni a razones, y ve a la amada tal como debe ser, no como es. La perfección es una necesidad del amor juvenil. Para Don Quijote, como para el adolescente, la perfección constituye la verdadera realidad, y por ello no atiende ni a la apariencia de las cosas ni a la vigencia de las leyes. El crea su propia ley. Allá en la linde de la aldehuela quedan su tiempo y su costumbre: el galgo corredor, el mundo pueblerino y enterrado, la realidad cenicienta: sus pompas y sus glorias. Como el adolescente se ha despojado de su niñez, el caballero se ha despojado de su vida anterior (42). En aquel mundo todo tenía su límite concreto y su perfil real: las leyes del Cabildo, el tiempo de la arada y el de la sementera, el sayo de velarte y el vellorí de entre semana, las lentejas del viernes, las horas situadas, los sitios reservados, estamentales y significativos en el oficio de la misa. Ahora todo es distinto. Ahora todo ha cambiado, porque debía cambiar. Si Alonso Quijano se ha convertido en Don Quijote de la Mancha, el mundo del hidalgo debe sufrir igual transformación. Cada persona vive en el mundo que ha creado; cada persona tiene su mundo propio. Si nuestro héroe siguiera conservando sus creencias, costumbres y sentimientos anteriores, seguiría siendo hidalgo y cazador, no caballero andante. Para que Don Quijote pueda nacer, para que Don Quijote pueda ser Don Quijote y su novela sea una "historia imaginada", necesita configurar de nuevo su mundo propio.

Así acontece. La personalidad de Don Quijote se nos revela por la creación de un mundo impracticable y último donde las cosas pierden su fijeza real para profundizar en su valor. Se hacen flúidas, estables, ideales. Dejan de ser "hipócritas aparentes" y de fingir ante nosotros su presencia. Cambian para llegar a hacerse inteligibles, como si el mundo se ordenase de nuevo bajo un soplo moral. Y todos los seres que la mano de Dios creara se desclavan de sus pecados y se desnudan de sus defectos, igual que si pudieran estar ante nosotros, aquí en la tierra, tras de haber asistido

---

(42) "De este modo se nos presentan los estratos vitales como la cristalización individual y también específica de las experiencias pasadas, que se estructuran en forma tenaz." J. Goyanes: *Tipología del "Quijote"*, pág. 29. Madrid, 1932. Lo curioso de Don Quijote es que es un recién nacido, tanto a la vida como a la historia; carece, por tanto, no sólo de pasado, sino, también, de "subconsciente". Como más adelante veremos, esta característica le brinda la absoluta libertad con que se encuentra situado en la vida.

a su Juicio Final (43). Todos se hacen alígeros, salvos y como virtuales.

Porque lo interesante en la transmutación del mundo quijotesco no es que las cosas cambien de apariencia, sino que tengan, naturalmente, que cambiar para insertarse dentro de un orden nuevo. Las cosas son lo que valen. Si para Don Quijote no existen ventas, rameras, bacías y ladrones, es porque cree a pie juntillas que tales realidades no existen (no deben existir) y, por tanto, no *puede* verlas como son. Don Quijote interpreta el mundo y toma literalmente sus propias interpretaciones por realidades (44). Muy a pesar de esta contradicción, con la circunstancia que le rodea, Don Quijote no tiene angustia ni inquietud. No es un reformador social (45), y no lo es porque generalmente ve su deseo como resuelto. En cierto sentido puede decirse que ve el mundo como si lo viera desde detrás de la muerte y estando ya juzgado. Creo que es imposible comprender el mundo quijotesco sin atender a este carácter moral, y como de levitación y postrimería, que toma en él la realidad. Y puesto que el valor se ha convertido en la suprema instancia que da razón de lo real y hace a las cosas verdaderas, el caballero transforma y trueca unas cosas en otras, mas las transforma juzgándolas, resucitándolas y acrecentando siempre su valor. Don Quijote ve el campo en primavera durante todo el año; es natural: el enaltecimiento de cuanto le rodea es la característica del heroísmo quijotesco. La sujeción a la realidad pertenece a otro mundo: el mundo de la aldea donde conviven, como saben y pueden, el Barbero y el Bachiller Sansón Carrasco. Lo verdadero para Don Quijote, como para Unamuno, es solamente aquello que nos hace vivir y fundamenta nuestra esperanza. "La vida y no la razón es el criterio de la verdad" (46), piensa de modo unamunesco Don Quijote, que sólo puede mirar la realidad *resucitándola* aún más que redimiéndola.

La sustantivación del ser moral sigue un proceso análogo en el adolescente y en nuestro héroe. Su actitud frente a la realidad no

---

(43) No nos podemos extender en este punto, que es una de las ideas centrales del segundo volumen de este trabajo: "La moral en la obra de Cervantes."

(44) "Para él no existen, ni deben existir, ni rameras, ni ladrones; y cuando la realidad del mundo le va a demostrar que sí existen, que imperan la injusticia, el desorden y la maldad, cierra los ojos y no quiere verlos, arremetiendo contra los causantes para enderezarlos al bien." J. Goyanes: *Tipología del "Quijote"*, ed. cit., pág. 33.

(45) Don Quijote no es un reformador social, sino un enjuiciador moral. No le interesa modificar el mundo socialmente, sino moralmente. Sobre este tema—importantísimo—volveremos con extensión al tratar de las formas de vida en la obra de Cervantes.

(46) Miguel de Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho.*

es arbitraria en modo alguno. Cumple siempre una ley. Está atenida a su propia razón de ser. Se funda en la lógica de la esperanza. Pero no nos podemos detener en este punto. La verdad, dentro del mundo quijotesco, se identifica con el valor. No puede, por tanto, ser conocida, sino asumida por el hombre. No se da razón de ella; se testimonia simplemente. En su virtud y para Don Quijote, la bacía es verdaderamente el yelmo de Mambrino, y la albarda es jaez, y la venta es castillo, y las mozas de partido que le ayudaron en la armazón de su caballería son damas principales a las que otorga el don. Tal vez estriba en esta voluntad de estilo, en este modo ético de enfrentamiento con lo real, el barroco español (47). Tal vez consiste en este modo de vivir la locura de los hombres de bien y la cordura de Don Quijote. Como la adolescencia y la monarquía, él confiere nobleza.

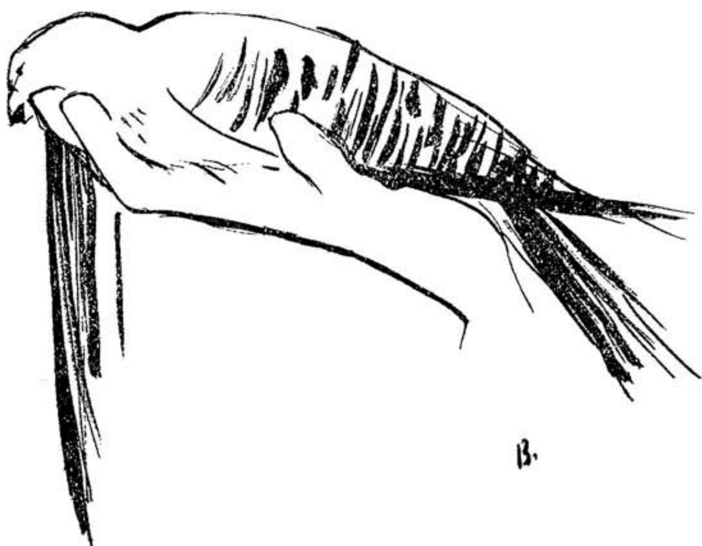
(Concluirá en el próximo número.)

Luis Rosales.
Altamirano, 34.
MADRID.

---

(47) En el barroco, lo normativo y lo real se oponen y contrastan en la invención artística, hasta el punto de que podría decirse que lo normativo es uno de los planos en que se descompone la realidad.





EL JUGADOR

POR

JOSE MARIA SOUVIRON

What is a poet? What does he do?
He is a babbler?

BYRON.

PROBLEMAS FACILES

Hallar en el espejo frío
de un charco, el alma del desierto
viendo en el aire, blanco y muerto,
al pájaro azul del estío.
Parar con los ojos el río
y con la mano de la amada
poner la luna colorada
en los principios del sextante:
de llena, a ser cuarto menguante
y, de cuarto menguante, a nada.

Saludar al árbol del viento
con cabeza de golondrina
mientras una niña declina
el sustantivo del contento.
No deslizar un sentimiento
por las alas de un campanario
y si un arroyo solitario
le hace el amor a una amazona
pensar que el cielo es una zona
indescifrable del acuario.

Yo quisiera fumar tranquilo
sobre una planta submarina
y tener la aguja divina
enhebrada en mi propio hilo.
Y si pudiera estar en vilo
sobre el alambre del recuerdo
sosteniendo un pequeño cerdo
en la punta de un estilete,
cuando el reló marca las siete
daría luz mi costado izquierdo.

Hay que analizar el acanto
para ver hasta dónde vibra
y si es Virgo, Piscis o Libra
la fórmula de mi desencanto.
Hay que tratar al campo santo
y ser amigo del invierno
y observar si es bastante tierno
el seno de una colegiala
para encontrar la martingala
de lo transitorio y lo eterno.

Ir deshilachando la brisa
y saber dónde está el destino
para sacar del remolino
un perfume de yerba luisa.
No determinar la sonrisa
ni hacer trampas con la fortuna.
Entonces volverá la luna
a las colchas recién planchadas
y conoceremos las hadas
al bañarnos en la laguna.

Y así, guardando en mi alcancía
ojos de pájaros perdidos
podré devolver a los nidos
cuando yo quiera, mi alegría
y la misma luz de aquel día
cuando retuve aquel poniente
arrebujándolo en mi frente
bajo las alas del sombrero:
así se añade un nuevo cero
al infinito sonriente.

PRESENTACION

1

Sangre revuelta llevo de africano
templada en andaluces almendrales.
Vino de fantasías meridionales
con gotas de licor francés, liviano.

Glóbulos rojos de aire castellano
libran en mis caminos arteriales
largos combates, con frecuencia iguales
contra los otros, siempre mano a mano.

Si en una seguidilla me consumo
no es porque me resulte indiferente
una canción que sepa a mar y humo.

Y me sentí en París tan competente
como entre las chumberas, cuyo zumo
suele guardar mi corazón caliente.

2

Así como quien no quiere la cosa
me ensarcé en los misterios del instante:
no me lo llevé todo por delante
porque me entretenía hablar en prosa.

Ni lo vi todo de color de rosa
ni negro como boca de elefante.
Me paré cuando quise oír el cante
de la naturaleza, y le hice glosa.

Una mañana de pipirigallo
quise dar de beber a mi caballo
en la fuente secreta de la vida.

Y de tanto abrevar fuente secreta
su trote lento se tornó corveta
y su galope jadeante huída.

3

El plectro sabiamente meneado
me causa una cosquilla insoportable
y cada vez que me saqué un notable
hubiese preferido un aprobado.

Hay algo por ahí, por mi costado
izquierdo, que me dice que no hable
más que cuando la vaina busque al sable
o el sol se ponga por el otro lado.

Pero el mismo motor me dice a veces
que cante hasta romperme la garganta
y que apure mi copa hasta las heces.

Lo cierto es que, después de tanta y tanta
contradicción, me río de los peces
de colores, y el día se levanta.

LOS GATOS

Porrorro y Esmirriado
gatos en la distancia
el uno por el monte
el otro por la playa.

Porrorro duerme blando
en el seno del alma.
Esmirriado se muere
sin salir de su casa.

Porrorro en libertad
alegra la guitarra.
Por Esmirriado prófugo
lloran las cuatro hermanas.

¡Pénjamos a la niña
para enjugar sus lágrimas!
(La niña es tan bonita
que el mar la mira, y canta)

Un gato en el paseo
el otro en la cañada.
Porrorro y Esmirriado
bajo la luna blanca.

DIALOGO DE GUNDEMARO Y PARAFINA

—Tú que averiguas el revés del aura
y el rumor de la luna en los balcones,
que descifraste de Petrarca y Laura
los telegramas y los corazones.
Tú que conoces de la bicicleta
la redondez veloz y la teoría,
dime: ¿el agua del mar al mediodía
distingue el tulipán de la maceta?

—No ha más prestigio que el de la enramada
ni más respuesta que la del injerto
de una rosa con una balaustrada
bajo la luz caliente del desierto.
La cagada de un pájaro en la era
está más cerca de los serafines
que esa nube que moja sus confines
en el preludio de la primavera.

—Quiero saber si vuelan las picazas
por orden de la espiga y de la brizna
y si se pueden distinguir las razas
con recibir desnuda la llovizna.
Si flotan por el aire las naranjas
y tienen voz de flauta los membrillos
cuando pone los montes amarillos
el viento que sestea por las granjas.

—Yo quisiera decirte que el invierno
es la razón de todos los jardines.
Que los árboles son para uso externo
como los gorros de los mandarines.
Que los laúdes son como vilanos
que se dejan morir por las lisonjas
y que hay menos estrellas que toronjas
guardadas en el cuenco de tus manos.

—Poco te importa que las cabelleras
de sus amigas sean de mermelada
ni que yo haya ceñido mis caderas
con angustias de mar recién pescadas.
Inútil preguntar; ya las veletas
han cerrado sus alas en la noche
y Diana pagó su hora de coche
con un lirio, un amor y tres pesetas.

—Me importa que el dorado peregrino
dé el do re mi fa sol del ministerio
y que la luna pierda su camino
cuando se enreda sobre el cementerio,
que una rosa te crezca en la garganta
y que el piano se olvide de los muertos...
¡Pero que en el jardín falte una planta
es cosa tuya, loca de los huertos!

—Si te amara, sería por tu abulia
y por esa sonrisa sin dinero,
y, si Holofernes fueras en Betulia,
Judit sería yo para tu acero.
No me digas que pienso como un ave
ni que no me aprendí la geografía.

Sé a lo que sabe el agua si está fría,
y ella que brota y corre, no lo sabe.

—Pero nunca sabrás lo que un abeto
canta cuando la brisa lo conmueve
ni sabrás lo que piensa un esqueleto
cuando encuentra que dos y dos son nueve
ni lo que el bosque dice a la alborada
ni lo que un ala escribe en el espacio
ni la razón que tiene ese topacio
para, después de amar, no decir nada.

—¿Oyes las voces de los comarcanos
tendidas en el agua de la alberca?
Es que se acercan jóvenes y ancianos
con hachas encendidas, y se acerca
el viento de los pinos, y la aurora
que aún no nació, y el rostro del poniente.
El turbión de las luces y la gente
caerá sobre el reló al sonar la hora.

—Inquieta luz de un campo de ceniza
es la que va mordiendo en estos prados.
El son del viento cantos solemniza
y los pone a secar en los tejados.
Huyamos por los montes y los valles,
busquemos la caverna, y si no existe,
guarezcamos, mujer, amor tan triste
en la sombra perdida de las calles.

—¿Huir?... ¿Cuándo la nube se engalana
para jugar, rompiéndose, al diluvio?
¿Huir, cuando la luz de la mañana
brilla en el clan del abejorro rubio?
¿Alejarnos del río cuando la caña
suena como una flauta desvaída?
¿Huir, cuando una copa de champaña
voy a probar, primera de mi vida?

—Huyamos. Ya se acercan los lebreles
agitando las colas encendidas

casi olvidados de los cascabeles
y de las oraciones aprendidas.
Las teas ponen puntos suspensivos
sobre la palidez de los rosales.
¡Ven, y gocemos lejos de los males
que producen los muertos y los vivos!

—No quiero. No me alejo de esta zona
donde he gustado madreselva frita,
donde encontré la rosa y la corona
y la carta que aún no estaba escrita.
Huye tú solo, que el camino tiene
ruedas para avanzar, y yo me quedo,
pues el caballo que me daba miedo
no hay nadie sino yo que lo refrene.

—Vendrás conmigo a donde el sol se anega
en pizarras y lápices sin punta;
a un país cuyo límite no llega
sino hasta donde el mar al río se junta.
Una lluvia de pájaros de oro
cae los martes y viernes, y otros días
forman gobierno de melancolías
los más conspicuos ángeles del foro.

(Dijo, y cogiendo el brazo a Parafina
la levantó en un vuelo almidonado
alzándola entre piélagos de harina
con alas de cristal esmerilado.
El vuelo se tendió sobre mil ceros
que, en altos copos de algodón en rama,
les sirvieron de dulce y blanda cama
mecida por estrellas y luceros.)

José María Souvirón.
Colegio Mayor "Jiménez de Cisneros".
(Ciudad Universitaria).
MADRID.

EL MUNDO DE LA EXPRESION

NOTAS DE LECTURA A GOTTFRIED BENN

POR

RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT

A Luis Rosales y José Luis Aranguren.

En la *Biographia literaria* escribió Samuel Taylor Coleridge que "la poesía, tanto la de las más sublimes odas como la de las más impetuosas, tiene una lógica propia, tan rigurosa como la de la ciencia; y más difícil, porque es más sutil, más compleja y depende de causas siempre más fugitivas. En los grandes poetas hay un motivo claro no sólo para cada palabra, sino para la colocación de cada palabra". (Ed. de la Everyman's Library, pág. 3.) (1). Esto se escribía en 1816. Un siglo después nacía en Bruselas, engendrada por el médico alemán Gottfried Benn, en un período de fervorosa creación poética, la figura de Rönne, el hombre que no podía soportar la realidad, el flagelante de las cosas, según lo caracterizaba su creador. Prefiramos, a la fe en la validez general de los principios, el gozoso artificio intelectual de Jorge Luis Borges, según el cual todos los hombres son un hombre. Este hombre, que habló así por boca de Coleridge viene a decir, más o menos lo mismo, un siglo más tarde por boca de Gottfried Benn. El ficticio Rönne ha sido sólo el camino que llevó a Benn a repetir las afirmaciones de Coleridge, y de quién sabe cuántos conocidos y desconocidos, en este poema:

UNA PALABRA

Palabra, frase—de cifras ascienden
reconocida vida, sentido abrupto,
el sol se detiene, las esferas callan
y todo gira en torno a ella.
Una palabra—un brillo, un vuelo, un fuego,

(1) No se sorprenda el lector por la súbita e inesperada mención de Coleridge como introducción. Se trata de un artificio metódico que, sin embargo, encierra más de una sospecha: por lo menos, la de que en los países más alejados, los hombres—cualquier hombre—inteligentes mueven su cerebro en una misma atmósfera de problemas. Tome el lector a Coleridge como hombre inteligente *arquetipo;* hubiera podido escoger a otro, pero la suerte puso en mis manos la *Biographia literaria.*

una llama arrojada, una estela estelar—,
y otra vez la oscuridad, monstruosa,
en el vacío espacio junto al mundo y al yo.

Naturalmente, lo que Coleridge dijo parece irreconocible en este poema de Benn. La aparente deformación es, sin embargo, explicable: la gravedad científico-literaria ve en Coleridge un precursor del romanticismo inglés; en Benn, un expresionista. Cada uno tiene, desde luego, su propia manera de decir las cosas. Pero la peripecia del espíritu humano no es tan simple; tiene el aspecto del argumento de una novela policial. Aquí tenemos una hipótesis y una sospecha. No nos dejemos engañar por las apariencias, y comencemos la "reconstrucción del suceso".

Parece que la época más activa de Gottfried Benn comprende los años que van de 1916 a 1932. Con pie de imprenta de 1920, existe un folleto editado por Kasimir Edschmid en la colección "Tribuna del arte y de la época" (Ed. Erich Reiss, Berlín): *El Yo moderno,* que debió de tener mucho éxito, a juzgar por el número de ediciones alcanzadas en poco tiempo (he podido ver la tercera). La lista de los colaboradores de esta serie nos hace imaginar que Benn formaba parte del grupo de expresionistas de Berlín. Lo delata, por lo menos, su prosa; tiene el *pathos* del advenimiento de un mundo nuevo: "Ha surgido el espíritu y lucha por su reino. La luz no creó el lente, los organismos se han hecho en la luz y para al luz, y el espíritu es libre y la creación está madura. Señores, ustedes no han vivido los tiempos en que los cuerpos se movían según leyes eternas, y las formas de energía eran actuantes, en los que el mundo era una carrera de acontecimientos mecánicos o energéticos. Ustedes no pueden, tal vez, medir el alcance de saber y el inconmensurable sentimiento, si yo les digo que ustedes tienen un destino y él descansa absolutamente en su mano." Después vino el nazismo, y Benn se recluyó en su profesión médica, y siguió llevando su vida de solitario independiente. Pero las limitadas incursiones en la vida pública cesaron por completo. No del todo, en cambio, sus relaciones con la burocracia del Estado. Fué llamado bolchevique (Kulturbolschewist) y judaizante, y ante algunos violentos ataques tuvo que escribir un breve epistolario de justificaciones—muy dignamente despreocupadas—ante sus superiores. Benn era, entonces, médico militar; parecía haberse disuelto en lo que el mismo llamó "emigración interior": el Ejército. Era ya como la "Ich-Ablösung" de Rönne. Para casi todos los escritores e intelectuales alemanes, su nombre y su figura habían entrado en la galería de los meritorios, por disolventes ya superados.

Estamos en los años de la segunda posguerra. Benn era lo mismo que pasado. Eso parece desprenderse del artículo de Hans Egon Holthusen "La superación del punto cero", en su primer libro de ensayos *(Der unbehauste Mensch,* München, 1948). Lo que, según Holthusen, se anunciaba era un mundo de esperanza, una cruzada occidental contra la nada, una filosofía bíblica de la historia, en prosa y verso, presididos por Eliot y Auden con un poco del impulso estilístico de Benn y Ernst Jünger. Pero los jóvenes cruzados eran unos ilusos. Los buenos poetas, que tienen un finísimo sentido para percibir ciertos fenómenos "sobrenaturales", se vieron siempre acosados por el pensamiento de que hoy la "realidad"—y esto se piensa, claro, en sentido "metafórico"—no existe, de que el hombre *de hoy* es como la imagen de un átomo, rodeado de polos contrapuestos, de periferias quebradizas y de violentas escisiones; de que "la unidad de la personalidad es, como escribe Benn, un asunto muy cuestionable", de que, en fin, caos y nada constituyen hoy el ámbito de las situaciones humanas. Y cuando, a pesar de las refutaciones literarias, se comprobó este hecho—se siguió comprobando este hecho, pues de la conciencia de su irrefutable facticidad nos dan testimonio los filósofos y los poetas desde el romanticismo alemán hasta el día de hoy, plazo prolongado de la conclusión de esta nada—entonces, pues, surgió de nuevo Gottfried Benn, y sus poemas no parecieron inquisiciones sintácticas ni irrealidades expresionistas ni audacias léxicas, sino la configuración del caos, el trasunto de esta "oscuridad monstruosa en el vacío espacio junto al mundo y al yo". En 1950 apareció su *Doppelleben* (Ed. Limes, Wiesbaden). En su página 183 registra en un poema su partida de nacimiento, la de todo hombre de esta época:

1886

(el año de mi nacimiento, ¿qué decían entonces los periódicos, qué aspecto tenía?)

Pentecostés en fecha tardía,
en el Elba florecía la lila,
a comienzos de diciembre una nevada tan inmensa
que todo el tránsito del Norte y del Centro de Alemania
sucumbió durante semanas.

Paul Heyse publica una tragedia en un acto:
es la noche de la boda, la novia descubre
que su marido amó una vez a su madre,
para ella están todos desde hace tiempo muertos, de todos modos,

recibe de su tía, representante de la madre,
una botellita de morfina:
"no perturbes el suave remedio",
ella se hunde, se esfuerza por atrapar su mano,
Teodoro (tenebroso, gritando):
"¡Lidia! ¡Mujer mía! ¡Llévame contigo!"
Título: "Entre el labio y el borde de la copa":

Inglaterra conquista Mandalay,
abre al comercio mundial el vasto bosque de Irawadi,
Madagascar viene a manos de Francia;
al príncipe Alejandro lo expulsa Rusia
de Bulgaria.

La unión alemana de ciclistas
cuenta 15.000 miembros.
Güssfeld escala por vez primera
el Monteblanco
por el Grand Mulet.

Los Barsois de la jaula de Perchino
en la gobernación de Tula,
los que tienen el pecho condecoradísimo,
los cazadores de lobos,
aparecen en la exposición canina de Berlín.
Asmoday obtiene la Medalla de Oro.

Turgeniev en Baden-Baden
visita diariamente a las hermanas Viardot,
veladas inolvidables,
su canción favorita, raramente oída:
"cuando mis caprichos zumban"
(Schubert)
también leen con frecuencia el Ekkehard, *de Scheffels.*
Emergen:
el pitecantropus,
los rudimentos de Java,
los grados primarios,
Muere:
el pajarillo de Hawai,
llamado el chupador de miel,
para los reales abrigos de pieles
un plumón amarillo en cada ala.

Lucha contra las palabras extranjeras,
luna, céfiro, crisálida,
1.088 palabras del Fausto
deben ser germanizadas.
Agitación de los empleadillos comerciales,
para que cierren los comercios los domingos por la tarde.

Los votos socialdemócratas
en las elecciones de Berlín: 68.535.
El barrio de Tiergarten es librepensador.
Singer pronuncia su primer
discurso de candidatura.
Treceava edición del
Diccionario de conversación, *Brockhaus.*

Los diarios se quejan por la representación
de El poder de las tinieblas, *de Tolstoi;*
en cambio, Una gota de veneno, *de Blumenthal,*
se asegura una larga, eufónica resonancia:
"Sobre la cabeza del conde Albrecht Vahlberg,
quien en la alta sociedad capitalina
goza de una apreciada situación
se cierne una nube oscura"...
Zola, Ibsen, Hauptmann son desagradables,
Salambó *falla,*
Liszt cosmopolita
y ahora viene la rúbrica.
"El lector tiene la palabra",
él quiere saber algo
sobre los calambres
y el alejamiento de los cuerpos extraños.

1886—
año del nacimiento de ciertos expresionistas,
además del director Furtwängler,
del colega Kokoschka,
del mariscal de campo von W (—)

Aumento al doble del capital
de Schneider-Creusot, del acero Krupp, de Putiloff.

Yo no sé si Leo Spitzer se atrevería a incluir este poema dentro de los ejemplos de la "enumeración caótica". Propiamente, quizá las líneas del pitecantropus. En todo caso, con ese ironizado estilo periodístico, el poema 1886 podría ser, más bien, un ejemplo de la "enumeración del caos". Hay, ciertamente, en la obra de Gottfried Benn incontables ejemplos de "enumeración caótica" en sentido riguroso. Prefiero no multiplicar las citas. Puede el lector acudir en busca de testimonios a los *Stattische Gedichte, Destillationen* (el primero en Arche Verlag, Zürich, 1948. El segundo en Limes Verlag, Wiesbaden, 1953) y a *Trunkene Flucht* (también en Limes). Estas enumeraciones caóticas se caracterizan, a diferencia de las de un Franz Werfel, por ejemplo, en que están penetradas de una extraordinaria musicalidad. Y Benn sabe hacer uso de las posibilidades de la lengua alemana en la creación de nuevos vocablos. Doy aquí algunos ejemplos: "En una época en que los cohetes se aprovisionan en las estrellas y Cook asfalta con carbón el bosque para sus viajes corsos (Korsofahrten), la distancia polar se reduce y encoge en tarifas de trechos parciales (Teilstreckentarif), y las "tours", por el Himalaya (Himalajatouren), pertenecen a juegos de apuestas a colchones (Matronenwettspielen)..., etc.", o "El se mezcló entre el musgo, en la caña, alimentada de agua (wasserernährt), mi frente ancha como la mano (handbreit)..., etc., etc. Detengámonos en

estas dos citas (¿habremos de agregar una tercera con más *sentido?* ¿Una entrada desnuda con un reloj? Profundidad. Extensión. Evasión. ¿La vivienda del portero? Dförtnerwohnung. ¿Horquillas en el suelo? ¿A la derecha del jardín? ¿Y ahora...?): además de la concisión, la musicalidad y un deliberado "caotismo" son a primera vista sus notas características. Plasticidad también, apoyada y apoyando la musicalidad. Nada, sin embargo, nos diría esta primera observación de la prosa y el verso de Benn si no averiguáramos su significado. La "enumeración caótica" no es simple recurso estilístico, responde a una concepción o a un esfuerzo de concebir la realidad. Así, por ejemplo, en Franz Werfel la "enumeración caótica" tiene una significación teológica y, agreguemos, teísta; en Whitmann, una significación panteísta (Borges nos da más precisiones: "Whitmann celebra el mundo de un modo previo, general, casi indiferente"); en Benn, esta enumeración caótica es, sencillamente, *nihilista,* pues lo que la motiva, lo que motiva este "caotismo", por mejor decir, es la concepción de una realidad disuelta... que nos envuelve como una nada. El estilo periodístico del poema 1886 no se queda en simple ironización ni en mero registro de nacimiento. Es la imagen de un mundo dislocado, de la "opinión" que de ese mundo tiene ese mundo mismo. Y la ironía no es el simple gozo que causa la herida hecha en lo sentimental o en lo ridículo del día, sino que, en cuanto ironía, es primordialmente un método de aprehensión de la realidad; ésta es para Benn *el* método de comprender y aprehender la disuelta realidad. Esta realidad, puesta en cuestión por Rönne, es la realidad, cuya función consiste en ser correlato del yo; para Benn el yo es..., "el yo y la circunstancia". Es, entonces, Europa. Y ésta es, ya, un impulso para la creación espiritual.

Para Benn Europa está formada por el elemento germánico; esto es, lo demoníaco-metafísico, filosófico y poético y por el elemento románico; esto es, la forma. Pero esta realidad europea "ha entrado en la época de la generalogía" (la primera parte de *Doppelleben* está escrita en los días del nazismo, 1934; pero la parte puramente anecdótica tiene más significación de la que, usualmente, suele concedérsele a las confesiones de intelectuales). "Desde hace año y medio nos abraza política y legislativamente, y mientras en un principio pareció ser cuestión de ascendencia y el resultado de mediciones antropométricas, se ha convertido en un mundo anímico profundamente provocador y configurador de la interioridad." Lo que Benn apuntaba en 1934 no era la simple anécdota ni mucho menos una callada protesta, sino que con esto registraba el signo de

la disolución de la realidad. Y ¿qué otra cosa son lo genealógico, lo político y lo legislativo, sino lo público en general, escindido de lo privado, de la interioridad y aún con pretensiones de dominio sobre ella? ¿Qué otra cosa significa este mundo anímico, sino la sanción del divorcio entre lo subjetivo y lo objetivo; es decir, entre los dos elementos esencialmente correlativos del conocimiento de la realidad? *Entre el sujeto y el objeto, entre el yo y el mundo* hay un haz de oscuridades: "el desnudo vacío de los contenidos". En este momento se plantea para Benn el problema de la realidad.

Rönne, el personaje central de una de sus *nívolas*, médico, una "doblevida" del propio Gottfried Benn, se ve acosado por el trance de esta realidad disuelta, de la irrealidad. Rönne no puede soportar realidad alguna, pero porque no puede aprehenderla; porque esta disolución se ha convertido en "un mundo anímico" que configura la interioridad y que no cuenta ya con la realidad. Y sólo conoce el abrirse y cerrarse rítmicos del yo, la constante ruptura del ser interior. Rönn, el flagelante de las cosas que, puesto ante la vivencia de la profunda extrañeza, ilimitada, mítica, entre el mundo y el yo, tenía una fe incondicional en los mitos y en las imágenes. Es todo lo que le queda al solitario que no tiene contacto con el mundo. Rönne experimenta la "destrucción central". En su *nívola,* Rönne escribe Gottfried Benn *sobre él*: "Un *nubarrón de inhibiciones* y debilidades lo derrumbó, cuando Rönne quería hacer un viaje. "Pues ¿de dónde las garantías de que algo siquiera podría contar del viaje, traer, vivificar, de que algo entrara en él con sentido de vivencia?" Pero semejante "tropiezo con el vacío" le plantea el problema del reverso de la medalla. Es que la realidad, las "garantías" de la vivencia no están necesariamente excluídas del reino de las posibilidades. Si no hay una "garantía" en la realidad, si ésta no es una garantía de la vivencia (de un proceso del yo), ¿dónde puedo encontrarlas, si es que intento tener una vivencia? Y Rönne, atormentado, tiene que preguntarse por la otra cara de la realidad: ¿cómo se constituye y qué significa propiamente el yo? Si el yo está fatalmente ligado a motivos constitutivos internos, entonces no debe abandonar el círculo de sus deberes, no debe alejarse de su forma, no debe amenazar su cuño, no debe ocultar su rostro, debe mantenerse encadenado a esos *sus* motivos; y entonces un viaje—o digamos mejor, una salida hacia la realidad—es disolución, peligro, infidencia dentro de la cuestión tormentosa de la libertad (realidad) y de la necesidad (el yo y sus motivos). Rönne busca entonces huir de sí mismo y, una vez más, asegurarse de la norma. Va al casino a

comer; pero la misma sorpresa ante las cosas, ante las individualidades, le golpea de nuevo, y la misma lucha por el mantemiento de una psicología continua, lo mantiene flotando entre la subjetividad del juicio y la validez de la norma, entre el ahora o el nunca, entre el ascenso o la aniquilación. Y Rönne se siente ante la nada, sin esperanza, pero con dolor sin pena. Hagamos aquí un paréntesis intemporal sobre Benn y la figura de Rönne.

Benn es médico, y su veneración por las ciencias naturales tiene un papel fundamental en su obra. El mismo dice que sin el estudio de la medicina no le hubiera sido posible concebir su existencia. Benn pertenece a la época *inductiva*. Creció en un ambiente histórico, en el que el *argot* de las ciencias naturales llenaba el aire intelectual. De él aprendió, de él tomó algo para su intelectualismo (he de agregar que en la *Phänomenologie des Geistes*, de Hegel, hay unas cuantas páginas que hacen sospechar (2) que Benn las ha fatigado; quizá en la edición corrupta de Lasson o tal vez tuvo entonces a mano la engañosa de Glockner): "la frialdad del pensar, la sobriedad, la extrema agudeza del concepto, la preparación de comprobantes; en una palabra, el lado creador de lo objetivo", la "dureza del pensamiento, la responsabilidad en el juicio, la seguridad en la diferencia entre lo occidental y lo normativo, pero ante todo el profundo escepticismo, creador de estilo". La figura de Rönne tiene, pues, un doble aspecto: por un lado, es el símbolo del hombre disuelto de la época. Por otro es, vista la biografía intelectual de Benn, la comprobación literaria de su actitud científica. El investigador de las ciencias naturales se ve situado en el mundo, como el hombre corriente, en un mundo de cosas y procesos en cuyo movimiento se sabe él mismo envuelto. La manera de como se toma nota de estos procesos y cosas acontece mediante la percepción interna y la percepción externa de los sentidos. El método de conocimiento procede mediante el análisis conceptual de las cosas y de los procesos en sus propiedades, elementos o funciones. Se entiende haber comprendido científicamente un objeto cuando ha sido aclarado o concebido desde la suma de sus propiedades, elementos o funciones. La exigencia del conocimiento científico requiere la com-

(2) Compárese con la determinación de intelectualismo, que damos más adelante, esta frase de Hegel (y como ésta hay muchas): "El espíritu es *para sí* sólo para nosotros, por cuanto su contenido espiritual está creado por el mismo; pero en cuanto para sí mismo, es para sí, es este autocrearse el *concepto puro*, para el a la vez el elemento objetivo en el que tiene su existencia..." "La verdad sólo... tiene el elemento de su existencia en el *concepto*." Benn suele citar a Hegel como "autoridad" que apoya el intelectualismo.

probación de cada paso analizador del entendimiento con nuevas percepciones; y tal aclaración podrá considerarse ideal, científica, tan sólo cuando el proceso u objeto que están por explicar se presenten realmente a la visión en la existencia de sus funciones parciales; esto es, tomado en cuenta, percibido. (Ludwig Biswanger, *Ausgewählte Vorträge und Aufgätze*, Berna, 1947. Capítulo primero.) Esta actitud primera es la que Husserl llamó actitud natural o ingenua. La otra, la actitud científica, es la que Benn adopta y utiliza para sí en su configuración de Rönne. "En Rönne la disolución de la vitalidad natural ha tomado formas que tienen el aspecto de la decadencia." "Pero ¿qué decae?", se pregunta Benn. Aquí cerramos el paréntesis.

¿Qué decae? ¿Es realmente una decadencia? ¿No es, tal vez, sólo una capa superior sobrecargada históricamente, aceptada durante siglos sin crítica... y lo *otro*, lo vital, es lo primario? "Lo embriagante, lo fatigante, lo inamovible—pregunta Benn—, ¿no es tal vez la realidad? ¿Dónde concluye la impresión y dónde comienza lo irreconocible, el ser?" El problema de la constitución y significado del yo, de la "sustancia antropológica", está íntimamente ligado: *es* idéntico al problema de la realidad. Rönne, dice: "Muchas veces una hora, ahí estás tú, el resto es el acontecer; muchas veces los dos mundos te llevan a un sueño." Este es el problema—en Benn, siempre el problema—de la realidad y sus criterios. Pero ¿de qué dos mundos habla Rönn? "El yo y la naturaleza. Y ¿qué resulta de ellos? En último caso, un sueño." Esto es, claro, un principio de irrealidad. Antes de hacer este esfuerzo lo había sabido ya Rönne: que la realidad está disuelta, y que no puede aprenhenderla porque es irreal. Con sus esfuerzos especulativos (Benn), Rönne ha logrado, sin embargo, algo: elevar este hecho a principio. Con lo cual nos anticipa ya la segunda figura de Benn, la engendra, la prefigura, la anuncia. ¿O es que Benn es un caleidoscopio, o es que el hombre es un calidoscopio o, mejor, un reflejo calidoscópico de *ese hombre* que se pluraliza en la Humanidad? En todo caso, Rönne es el símbolo de la disolución, de la negación de la realidad, del triunfo de la actitud científica o, por mejor decir, "gnoseológica" sobre la actitud natural ingenua; históricamente visto, este símbolo Rönne es la cifra y el resumen de la *situación*, la actual, la del mundo moderno. "El conocimiento—escribe Benn—es un bonito medio para la decadencia." Pero los dos mundos están ahí: la disuelta realidad, y el yo ante la nada. Sólo hay para Rönne el principio de la irrealidad, que entra en acción "cuando tú estás

destrozado". "¿Cuál ha sido el camino de la Humanidad hasta ahora? Ella ha querido establecer el orden en algo, eso hubiera debido seguir siendo juego. En verdad sigue siendo juego, pues nada fué real. ¿Fué real este camino? No; fué todo lo posible, eso fué él." Tras la disolución de la realidad, y el divorcio del mundo, de la naturaleza y del yo, sólo ha quedado un principio: el principio de la irrealidad, del juego y del sueño. Pero ¿existe tal principio? ¿Hay un principio monístico común para lo animal—lo natural, la realidad bruta—y para el pensamiento desnudo, que se sublima cada vez más? ¿Hay un contacto entre ellos, una unión, una *suerte* (ventura)? A estas preguntas de Benn responde Rönne afirmativamente: "Hay una corriente, un jirón de formas, un juego febril, difícil de llevar": principio de irrealidad, sueño, juego. Rönne contempla el arte.

Pameelen nace también en Bruselas, en 1916. Pero a él la situación se le presenta con mayor crueldad: está ante un mayor vacío. En él la disolución llega a su cumbre, los problemas se hacen más agudos y urgentes. "En este cerebro se destruye algo que, desde hace cuatro siglos, se tenía como el yo y que las generaciones llevaron como verazmente legítimo para este trecho de tiempo del cosmos humano en formas heredables y heredades. Esta herencia concluye." Pameelen tiene la esperanza de poder aprehender, en este mundo, "interioridad", y Pameelen lo prueba todo, lo quiere penetrar todo; Pameelen quiere cosas positivas, quiere "recogimiento", "concentración". He aquí a Pameelen en un diálogo con una voz, en una clínica de mujerucas, a quienes dice: "Yo nada tengo que hacer aquí. Vengo de otra parte. Pero yo quiero incluiros en mi existencia. Debéis entrar en mi constitución total. ¡Oh crueldades ante la incapacidad de la vivencia! ¡Oh ampliación del yo!" Tras un breve diálogo con la voz sobre bellezas sentimentales, continúa Pameelen: "¡Usted ha hablado muy bien! Primeramente, se necesita un punto de vista, un signo de vivencia." Y la voz, burlona, responde: "¡Tonterías! La alegría natural de los sentidos, la capacidad general de aprehensión del espíritu. ¡Vaya! ¡Por mí redúzcalos usted a un valor sentimental! (Gemütswert)." Pameelen responde, entre otras cosas: "¡Cositas, pequeñas cositas, juntaos en mi ojo!" La voz le ruega a Pameelen que continúe describiendo sus vivencias. El, refiriéndose a las horquillas que vió en el suelo, a la entrada de la clínica, dice: "En estas horquillas me miraron todas las cosas grandes de la existencia humana: las pasiones y la lucha, el hambre y el amor, la aspiración a la verdad que descansa en nos-

otros, débiles hombres y que nos impulsa más alto, más alto, hasta la luz de los vientos, hasta la gran iluminación." La voz lo elogia. Pameelen, dejándose hundir de nuevo: "¡Oh este marchitarse del mundo en mi cerebro! ¡Y estas fatigas periféricas y, ante todo, este agostarse cortical!" Para Benn, el *cortex* es el cerebro, y lo que se agosta corticalmente es el mundo, el mundo burgués, el mundo capitalista, el mundo oportunista, el profiláctico y el antiséptico... En el diálogo de Pameelen, con la voz va desapareciendo la "unidad de la personalidad", el mundo se confunde, la realidad se empequeñece o se engrandece, los procesos psíquicos se mezclan con las visiones de cosas ciegas, el caos, de nuevo, se adueña del yo, lo penetra; el mundo del conocimiento va llegando a su total disolución. Es el mundo en que "los dioses están muertos, los dioses de la cruz y del vino están más que muertos. Mal principio eso de volverse religioso: debilita la expresión". ¡Ah Gottfried Benn, otro hombre se adelantó a describir este mundo sin Dios! Aquí asoma el Nietzsche que conocieron e interpretaron mal admiradores y detractores del primer cuarto de siglo. Y ¿qué queda después del desastre total que simboliza Pameelen? La Utopía, el nuevo mundo, el nuevo hombre, que no ha de ser ya un ser afectivo, "ni religiosidad, ni humanidad, ni paráfrasis cósmica". Con dificultades y entre sombras, Pameelen anuncia la Utopía: el hombre como desnuda madurez formal. Es el hombre que poblará el mundo de la expresión. Si Rönne se esforzaba por mantener una psicología continua, con cabida de la realidad, Pameelen se esfuerza decididamente por la absoluta reducción del hombre a su brutal desnudez. Ya no hay mundos que vivir, ni realidades que sentir, no hay conocimientos dignos de fe; sólo hay hambre, impulso hacia la unidad del pensamiento, impulso hacia la definición, más tormentoso que el hambre y más estremecedor que el amor. Ya no queda nada, sólo oscilaciones bajo el azul, "superficies de aluminio, superficies: estilo"; en pocas palabras, "el mundo vuelto hacia fuera". La salvación antropológica del hombre—antropológica, porque para Benn el hombre es la medida de todas las cosas—está en "lo formal, en la purificación de lo terrenal por el concepto". Este es el pulso de la nueva época, lo "nuevo, esencial y necesario", el comienzo del mundo de la expresión. Benn parece no negar, ni reprobar, ni refutar; él quiere situarse simplemente ante los hechos, reconocerlos. Y como no acepta su permanencia, a partir de ellos intenta su Utopía de sueño y de juego: el arte, lo único que le queda después de su nada.

Pero sigamos el hilo del principio fundamental, el de la irrea-

lidad, el del sueño. La figura de Pameelen, que es el umbral de esta Utopía, está desdibujada, oscura, confusa. Es la ceguera que le causa a Benn su nuevo reino. Pero ¿cómo está compuesto, qué "constitución" tiene esta ciudad? Si el sueño es pleno y se expresa, pánica o mesuradamente, entonces surge el poema; es decir, si se observan la validez y las normas de esta Utopía, pleno sueño y expresión, la Utopía tiene una "constitución" poética. En el poema "se recoge el hombre y respira la callada naturaleza humana".

Pero un poema, *el poema*, no aparece en toda generación. En un siglo son poquísimos los poemas; muchas veces, una generación nos deja sólo unas estrofas. En su famosa conferencia sobre los "Problemas de la lírica" (Limes Verlag, Wiesbaden, 1951) decía Benn que un poema *se hace*. Un poema se sufre y se padece, no surge cuando, quizá, una tarde triste alguien se sienta ante una mesa y deja fluir su talante en el papel. Un poema se hace, no es la impúdica confesión personal de un adolescente. No nos dejemos llevar aquí por la tentación de los ejemplos que nos ofrecen hoy tantos jóvenes púberes que publican poemas llenos de "vivencias" íntimas o internacionales. Anotemos la voz de un maestro en el oficio. Pero al llegar aquí nos acecha otra tentación: la de reconocer que vamos perdiendo el hilo, que si echamos una mirada hacia lo dicho, hemos olvidado una noticia. El divorcio entre el mundo y el yo es lo que ha dado origen al ensayo de Benn de buscar un doble en Rönne y otro doble en Pameelen, que lo ayuden a vislumbrar un camino liberador, salvador de la inmensa oscuridad del ciego. Hemos olvidado la preferencia de Benn por las "duplicidades" mundo y yo, naturaleza y vivencia, doble vida. Benn maneja estas monedas echándolas a "cara y cruz". Y no es un simple apunte el que hacemos. De esta duplicidad, de este divorcio, nace el deseo de llegar a fundar una Utopía. Benn hereda, en esto, el estilo intelectual del romanticismo alemán (piénsese en Novalis, Schiller, Fichte, etcétera). Pero la duplicidad es, además, un carácter de nuestra cultura, nacida bajo el signo de figuras con dos cabezas y que se refleja en nosotros. "Vivíamos—dice en *Drei alte Männer*, Limes V. Wiesbaden, 2.ª edición, págs. 19-57—otra cosa distinta de lo que éramos, escribíamos otra cosa distinta de lo que pensábamos, pensábamos otra cosa distinta de lo que esperábamos, y lo que queda es otra cosa distinta de lo que proyectábamos." Esta posibilidad le queda a Benn: escoger entre dos, y entre la realidad y el sueño, entre el mundo oscuro y el yo, escogió el sueño y el yo. Pero el yo está, de algún modo, disuelto, y como disuelto tiene una vertiente

hacia la lírica; en la lírica se da un yo disuelto en el objeto que está frente al poeta. (Hago libre uso de las ideas de Emil Staiger, *Grundbegriffe der Poetik*, capítulo primero. Artemis Verlag, Zürich, 1952. 2.ª Ed.) Y Benn, con todas sus dobles figuras y sus disueltos yoes, comenzó a nadar, a resbalar y a vivir líricamente. Esa es la Utopía de Gottfried Benn: el yo lírico, un yo disuelto, una forma del yo que por momentos respira, un grado medio entre la naturaleza y el espíritu. Y aquí comenzamos a reconocer el camino que nos lleva de Coleridge a Benn. Recordemos el poema:

UNA PALABRA

Palabra, frase—de cifras ascienden
reconocida vida, sentido abrupto,
el sol se detiene, las esferas callan
y todo gira en torno a ella.

Una palabra—un brillo, un vuelo, un fuego,
una llama arrojada, una estela estelar—,
y otra vez la oscuridad, monstruosa,
en el vacío espacio junto al mundo y al yo.

Los indicios que hasta aquí hemos seguido nos permitirán—supongo—descifrar en prosa, sin violentarlo, este poema, como sigue: Una palabra, una frase—y de la oscuridad asciende en símbolos de sueño una nueva vida, un nuevo dolor sentido; el sol se detiene, callan las esferas del mundo, y todo se concentra e ilumina en torno a una palabra. Una palabra, y cruzan el espíritu un brillo, un vuelo, un fuego, una llama arrojada, la estela de una estrella; y cuando pasa el brillo vuelve la oscuridad monstruosa, y cuando el sueño termina, otra vez la monstruosa oscuridad en el espacio, vacío, entre el mundo y el yo. En una palabra, en el sueño, yace la esencia del arte. He aquí lo que para Benn esto significa.

Hay tres problemas que han atravesado el siglo: la realidad, la forma y el espíritu. En realidad, emergen todos de un mismo cuerpo, desde él habla la voz de nuestra época. Este es el intelectualismo, cuya meta es el arte. Ante él lo lógico y lo biológico se sienten incapaces. El portador de arte debe mantener ante los ojos el concepto, debe mantener frío el material, para que se conserve, debe conformar la idea, debe contener (en su doble sentido) la embriaguez a la que los otros pueden abandonarse, debe configurar, cristalizar y enfriar, dar a lo frágil y pasajero estabilidad; debe, pues,

dar al yo disuelto (lírica) estabilidad; esto es, forma. "El arte—escribe Nietzsche en *Der Wille zur Macht,* Kröner Verlag, Stuttgart 1954—es la última actividad metafísica dentro del nihilismo europeo." Es que es el nuevo absoluto; Dios ha desaparecido, el hombre ha desaparecido, la realidad ha desaparecido bajo el aparente peso de la subjetivización absoluta de la filosofía, de la absoluta totalización de la sociedad, de la impertinencia absoluta de la ciencia. Y el arte debe buscar al hombre en una esfera de sueño y juego, la única que le queda en Europa. "El arte—escribe Benn—no es ya el problema moral del héroe, no es más lo ideal que se anuncia como conclusión, sino la medida del artista mismo para expresarse, su capacidad constructiva, su genialidad en el manejo de los medios del hechizo, de la tensión, de la disolución del yo, la aplicación consciente de los principios de la construcción y de la expresión, el hacer consciente todo aquello que se presenta como acto; acto creador, tal es la ascensión de este principio." El arte es la última metafísica europea. Y su forma utópica nos la da Benn en su "mundo de la expresión". Su formación conceptual es el intelectualismo: "Intelectualismo es la fría contemplación de la tierra: tibiamente ha sido ya contemplada con idilios, ingenuidades y sin resultado..." "Intelectualismo es, pues, no encontrar otra salida de este mundo como no sea ponerlo en conceptos, purificarlo y purificarse a sí mismo en conceptos, y esto no es un sistema político o moral, sino esfuerzo antropológico fundamental." Es el esfuerzo por la salvación *terrenal* del hombre. Es el nuevo absoluto que pide nuevas fórmulas de expresión, "sentido abrupto" para utilizar la condensada frase de Benn. Tal es la obra de este "expresionista" en todos sus aspectos; cualquiera podría pensar que la aspiración formal es un rezago del principio del "arte por el arte". Pero la aspiración formal en Benn es más: es un método absoluto de absoluta vigilia. No quiero alargar con más citas estas mis sospechas sobre Gottfried Benn. Básteme apuntar una nota característica de su obra: Hemos visto cómo la duplicidad constitutiva deja un camino de salvación de la nada. Por su parte impone, al que lo escoja, una actitud intelectual. Benn, medio ciego por la oscuridad del mundo, por el abismo puesto entre la realidad y el yo y por la luminosidad de su nuevo mundo, lleno de brillantes y enceguecedoras superficies, procede, en su busca, por saltos. En sus poemas es la "enumeración caótica", desde el punto de vista estilístico. En su prosa, son las bruscas sustantivaciones, las epilépticas construcciones sintácticas, las irónicas adjetivaciones, indecisas entre la

violencia peyorativa y el desprecio violento. La prosa de Benn es abrupta, flagelante. Golpea, como Rönne, las cosas y la realidad, y mantiene en vigilia al lector. Mas esta prosa abrupta, cuando crece y se vuelve libro, inquieta. Aquí la duplicidad se transforma del todo en espiral. Ya no es un ir y venir, ya no nos parece un juego desesperado a "cara y cruz". El divorcio entre la realidad y la idea impuso a Hegel el método dialéctico. En Benn este mismo divorcio ha impuesto este mismo método, pero en él se ha transfigurado artísticamente. Es la prosa absoluta.

El tema de la prosa absoluta lo encuentra Benn en Pascal, quien crea belleza mediante el uso de las distancias, el ritmo y la entonación, "mediante el retorno de vocales y consonantes". En cuanto problema, es el de la creación de una prosa fuera del tiempo y del espacio, construída en lo imaginario, en lo momentáneo, puesta horizontalmente. Esta prosa absoluta la intentó Benn en su *Novela del fenotipo.* La novela está construída en forma de naranja. Una naranja está formada por trozos, todos iguales puestos el uno junto al otro, y tendientes hacia el centro, hacia la raíz. "Esta suave raíz es el fenotipo"—¡aquí Coleridge!—: la poesía, la creación tienen una lógica interna, más difícil y más rigurosa que todas las lógicas, porque es más sutil y depende de causas más complejas y más fugitivas. Dejemos que Benn siga unos pasos más allá de Coleridge con su fenotipo. El fenotipo es lo existencial: todo un complejo de dependencias. Representa al individuo de una época, es *el* individuo que expresa los rasgos característicos de una época, es el individuo idéntico a la época que representa. Su contrafigura es el genotipo, colección de todas las posibilidades en germen, es la latencia de todos los fenotipos que, según una entelequia, se han desarrollado o pueden desarrollarse en una época.

Concluyamos estas ya pesadas notas de lectura: el genotipo de la época moderna, o dicho más literariamente con Borges: el hombre que es todos los hombres, contiene y ha desarrollado a Coleridge y a Benn, a un pre*rromántico y a un* post-*romántico.* Ambos se mueven en la problemática del divorcio entre lo real y lo ideal, el mundo y el yo, aquí y Utopía. El prerromántico, inglés no había sufrido aún a Nietzsche; por eso se quedó en su sitio de precursor. Benn, en cambio, cursó la pasión y las intuiciones de Nietzsche y, asustado, buscó refugio en la Utopía del arte. Su fuga del mundo en la palabra la llamaron "expresionismo". En el fondo no es nada alarmante. El que tras de sus hombros se divise la sonrisa del nihilismo no impide que "el expresionista exprese, como los poetas de

otras épocas y de otros procedimientos estilísticos, su relación con la naturaleza, su amor, su tristeza, sus pensamientos sobre Dios" (Benn).

Lo supieron los arduos alumnos de Pitágoras:
los astros y los hombres vuelven cíclicamente,

escribe Jorge Luis Borges en su poema *La noche cíclica.* Al parecer, su metáfora lleva razón.

Rafael Gutiérrez Girardot.
FRIBURGO DE BRISGOVIA.

NOTA.—No me resigno a creer, con E. R. Curtius, que los motivos literarios repetidos constantemente y convertidos, por ello, en *topoi,* nos conduzcan a explicar lo general humano con el inconsciente colectivo de C. G. Jung. Prefiero admitir la idea del "milagro" de la creación literaria (idea que ya está clara en Kierkegaard, *O esto o lo otro,* ed. alemana, de Diederichs). Por ello, para exponerlo, busco en Borges apoyo. Que la deuda con él va más allá de lo que aparece expresado, no se le escapará a ningún buen lector de literatura hispanoamericana. Sea, pues, en homenaje al "escritor para escritores".

Una bibliografía completa sobre Benn y sobre lo que se ha escrito sobre él no puedo darla. Las referencias bibliográficas hechas en el texto han de bastar para quien no confunda rigor intelectual—al menos, pretensión de rigor intelectual—con bibliografía poliglota.

LIBRO DE FAMILIA

Costumbres de provincia, 1930

POR

PEDRO DE LORENZO

Sola, esforzándose en fijar su atención y como al acecho, Catalina recuenta una y cien veces los títulos de la biblioteca.

Extraña biblioteca, de volúmenes forrados y tejuelos a mano, con rotulatas que Luis había ido numerando, obsesionado por la catalogación decimal, y que, para contraste, mostraba las cintas y cordoncillos caseros, pegados amorosa pero ostensiblemente por don Camilo, y complicadas siglas de la clasificación bibliográfica de Bruselas; una *sui géneris* interpretación de esas tablas, adaptadas por Luis y en la que sólo expertos indagadores reconocerían los repertorios del Instituto Internacional, pero que colmaba los gustos de don Camilo, con su grandeza numérica; así, cuando se tropezaba un tomo de Bacteriología general, 616.022, por ejemplo, su alto cifrado le permitía la ilusión de una biblioteca de cientos de miles de volúmenes, ya que don Camilo nunca logró entender, quizá porque no le sedujera, la matemática expresión de las combinaciones bibliográficas por el sistema decimal, y que si a él le consentían esta ilusión de multiplicar al infinito su biblioteca de familia, para un iniciado exactamente dice: 6, Ciencias aplicadas; 6,1 Medicina; 6.1,6, Patología interna; 616.0, Patología general (médica); 616.02, Bacteriología y Patología generales; 616.022, Bacteriología general...

Los amigos de don Camilo acabaron por admitir la realidad de una fabulosa biblioteca, abandonada en su hacienda guarania, y de la que buena prueba eran esos rótulos, como restos salvados de una catástrofe casi mítica de tan evocada y misteriosa, y ya se comprende que no todos los libros los había de embarcar al venirse con la familia a España.

Al margen de tan fantásticas soñaciones, Catalina crecía orgullosa de ese rincón de libros. Eran libros universales: *Los miserables, Ana Karenina, Los novios, Pickwick, Crimen y castigo...*

No faltaban las Biblias. Y en la más vieja, reencuadernada en recio cuero, don Camilo mandó agregar unas hojas para Memorándum, en las que de su puño y letra se aplicó a reseñar los fastos

como un auténtico *Libro de familia* o Cronología de la casa, con adjetivos pasionales: sus bodas con Adhelma; los nacimientos de Eve, Albertito, Catalina y Luis; la muerte de la abuela, doña Angélica... Desde ayer menos remota, Catalina se figura el pulso emocionado del padre al escribir una fecha y un nombre muy querido: Alonso. Y los ojos se le velan, adivinadora del gran día...

No; tampoco faltaban *La Divina Comedia*, de patéticos grabados a lo Gustavo Doré, y el *Fausto*, y un conmemorativo ejemplar del *Quijote* con ilustraciones de Moreno Carbonero. Había mucho XIX y algún castellano fin de siglo: una edición popular de los *Episodios*, de portada y lomeras rojo y gualda, que en la librería resaltaban como colgaduras de fiesta nacional. Junto a Galdós se alineaba completo Blasco Ibáñez, repúblico insigne, de quien don Camilo evocaba su paso triunfal por tierras de Iberoamérica.

Venían la *Historia de los heterodoxos*, por Menéndez y Pelayo, que en don Camilo revivía mocedades de Madrid, cuando al sabio le chillaban "Marcelino..., pan y vino" y, siendo un genio, no reparaba en bajar a los servicios que, sólo para caballeros, acababan de instalar en la calle Ancha de San Bernardo. Y los más amados autores: desde Ricardo León, de cuya música se deleitara en éxtasis laico, hasta Vargas Vila, anarquista del lenguaje, desterrado soberbioso, despectivo, legendario, incorruptible y retador, con aquella grafía de rayos y de leones y, como a un joven cronista se le ocurrió escribir, aquella ortografía sembrada de mayúsculas.

Ya entre los viejos tomos de familia se infiltraban las ediciones económicas, de nombres muy recientes, que en Madrid Luis adquiría y que mandaba a Catalina o descargaba de sus maletas de estudiante de vacación en vacación: *Las cerezas del cementerio*, las *Sonatas* y el pequeño Turgéniev; o los propios libros de Luis, manifiestos revolucionarios, autores de última hora: Sender, Sorel...

Catalina toma en sus manos el *Amor triunfante*, de Turgéniev, y es un remolino de sensaciones. Sensaciones que le acuden desde esas tapas de piel corinto y que, de acariciarlas, le tornarían a una hora de gozo, complacida y turbada, porque fué el libro con que festejó su primera beca, y entonces papá la llevaba al Salón de Recreo y la invitó a una copita de oporto en cristal de largo tallo, reverberante el rubí entre la sonería de las copas, al ser ella la que brindara a papá el triunfo y el halago, encendida de oporto y de una felicidad de la que otra vez su mano tiembla, y porque ese libro respira aquel templado clima de otoño y le sueña proyectos a su pasado, como si fueran posibles un profetismo histórico y su

compás de marcha bajo el lírico título *Canción del Amor triunfante.*

A *él* ¿le placerá esta sala? Pero ¡ya la conoce! Con su pie menudo y bailarín, Catalina estira la alfombra, ¿a ver?, esa arruguita. Sorprendentes alfombras en una Alcándara de palacios de pizarra... Y no reparó cuán mayor sería la sorpresa de verlas soportar estas butacas de rejilla, este sofá y sillería tapizados en el brillante y fresco verde viridian, alrededor del piano con los áureos de flama de su caoba.

"Colocaría aquí el retrato—pensó—. Si lo ampliaran."

Es el retrato de los dos, y ya Catalina desea exhibirlo. Alonso, de capa estilo Goya, la esclavina corta, sin entorchados, el embozo carmesí; peinado a raya, como don Pedro; chalina de ancho lazo de raso negro mate y escarchados en plata. Ella, de melena, con sus caracolitos al fijador, gomosos, casi gitanos. Muy juntas las caras, muy niñas, hasta más niña la de él, mirando de frente, fijos en la máquina... Lo pondría.

Sí, mejor que todo ese montón de partituras: el revuelto repertorio que ahora Catalina barre del piano y se esfuerza por igualar en una silla, junto a la pared; ahí van los viejos himnos y las canciones ligeras, la música *selecta,* los ritmos picarones: *Gallo polqueao* y *El patotero sentimental; Caminito; Eche otra caña, pulpero; Mi caballo murió, Yira... Yira...; Malevaje; Araca, corazón; Danza maligna; Aquel tapado de armiño; Como amarrado a un rencor; Silencio... El charlestón* y *Al Uruguay*; *Las tres de la madrugada;* pasacalles toreros, tonadillas; el nacional paraguayo, de Riego y *La Marsellesa.* Los minuetos. Beethoven y Chopin, Schubert. Falla, Albéniz y Granados... Se ha caído un papel: Alonso, que el otro día tiró de bloc y estuvieron jugando a las palabras en boga; leyéndolas ahora, Catalina ríe: *cañón, chanchullo,* el *garçon* y la *gomina...*

Alonso, y es un viaje fin de curso en tren, y la extraña aparición del muchacho, camino de la capital, solo, entre los excursionistas. Fué instantáneo, ángel o rayo que los cegaba y los arrojaba uno al otro, con el fatalismo del amor primero. Alonso no vestía chanchullo, sino chalina y capa, y recitaba poesías patéticas, a tono con su largo pelo sedeño, peinado a raya, sin gomina, porque se le derramaba a un lado y otro lado, casi en melena.

No es tan fácil para Catalina precisar los detalles del encuentro, como entonces estremecida de la irrealidad de Alonso, y en seguida, a la primera ausencia, temerosa de las asechanzas del olvido.

Porque no se habían declarado el amor; no estaban formalmente prometidos ni trasuntaron a palabra o compromiso una esperanza concreta. Pasarían meses hasta que la familia de Alonso decidiera trasladarse a la capital y meses sin volverse a ver.

Era una mañana de nevada temprana, todavía otoño; llevaban una hora en el refugio del Salón. Lo de menos, las palabras; el amor trascendía del apasionamiento con que Alonso las abrasaba a esas palabras.

Y horas después, aquella tarde... La acompañaba un profesor; ¡pero sí, *Don Literatura!*; se llegaron al casino; Catalina se despedía. Volverse y ¡ahivá!, Alonso... ¿No es como para llorar de alegría? ¿Qué tiene Alonso, qué le pasa?

No desmintió su enojo Alonso: la había visto, ¿quién es ése?; los vió meterse en el Salón y se fué allá, resuelto, que también ellos le vieran... Entre fórmulas de saludo, los silencios arrancaban chispas de violencia, los reproches. Bien: ¿era un derecho sobre ella? Un amago de sombra anubló su ceño, intolerante a la intromisión, por suave que se pretendiera. ¡Catalina! Es algo muy simple y es encantador: celos, ¡celos, Catalina!

Caminaron sin hablarse, ya se acercaban a casa, estaban en el portal, ¿pero no sube?, entre la nieve y el sol, ¡ya el crepúsculo, qué bello!, sí, ¡ahora cierra el balcón, ahora enciende!... Alonso permanecía en pie; Catalina, al piano, embriagándose en el deleite de una música jamás tan sentida, sorprendida, porque sus complacencias la descubrían y arrebataban. Y de golpe:

—¡Sigue!

¿La presintió, ajenada? Prolongaba el acorde, pensativa de la tristeza; un estudio de Chopin. ¿Llegó a volverse? Pero se levantaba y Alonso la rodeó, refugiándola entre sus brazos, leve la boca para la palidez de aquella frente. Esperaría en la esquina, mañana; la acompañaría a clase.

No se habían prometido y ya Alonso mostraba impurezas, ¡también él!, eros de aldea... Asediaba, perseguía concesiones. No era menos vulgar que cualquier otro. En la salita ardía un brasero sin tarima, sin mesa...

Sofocada, Catalina se acerca a la pared, una pared de espejos, frente a la librería; desordena los ricitos de su cabellera, los echa atrás. ¡Ni un cuadro! Repara: esa lámpara es modesta; bien, es original: su empalizada en ruedo, las varillas de vidrio tintileantes como cascabeles en el agua, no, como agujas de hielo, no... Mira en

la silla el reciente montón de partituras: *Como amarrado a un rencor,* un tango de Gardel. Primero venía el recitado; Luis abroncaba la voz, cambiante:

Está listo, sentensiaron las comadres.
Y el varón, ya difunto,
en el último momento
de su pobre vida rea,
dejó al mundo el testamento
de estas amargas palabras,
piantadas de su rencor.

¡Luis! ¿Por qué *le* tomaría a broma? Pero ¡Alonso le quiere! ¡Bah! Y llegándose a los visillos, los ajusta al cristal. ¿Abre? ¿No abre?

Abre el balcón y no se asoma. Juegos de chimenea, el paisaje muy arriba, apenas confín de sierra y cielo. A la derecha, la casa de Milagritos, también segundo piso, y el tejado. No podía contenerse esta mañana, en que el padre consintió, en que ya era *la novia,* y fué a clase: por sólo Milagritos, a decírselo. Milagritos se quedó *paralela.* Estupefacta equivalía a *paralela;* como *glu-glu...* ¡Qué cochinas!

Lo que importa, Alonso. Ahora, todos a comentarlo. ¡Quién censura, doña Pura!:

—¡Tan niños, pero qué poca vergüenza!

Milagritos, ya se enoja:

—¡Mamá! ¡Mamá!...

¡Y ésos! Enfrente, que hay una pensión. Siempre fisgando. Se dió cuenta, y en paz: les sacó la lengua. Mirarían por Eve, la conocerían de aquellas vacaciones. Pero no, que no la confundieran: ella no es Eve.

Esta hora no tiene paisaje, apenas sol, una luz que desorienta y descoloca la retina enamorada. Su momento balconero lo marca el anochecer; los cristales se esmerilan y ha de separar el visillo, despegarlo, para verlo venir, para localizar entre las sombras la suya amada, en relecho, al amparo de la esquina... Entonces, sin pararse a vestir de calle, tal y como para estudiar, de colegiala y un abrigo por los hombros, escapaba escaleras abajo, miraba, *¡cuidado, ¿papá?, no sea que los ronde; ¿no?,* y de una carrerita, *¡ea!,* y se cogía a *él.*

A un lado, a otro... Ya está en el balcón. Nadie. Y se retira, se sienta, rodeada de recuerdos y de figuras calientes. En el Libro

de la casa esto sería el capítulo de las relaciones de Catalina, hija de familia.

Muerte de la abuela. Ya Catalina se sabe irremediablemente sola. Los amigos de papá, ¡qué quiere usted!, la molestan. Se razona el temor a estos amigos, el terror a sus visitas. Que la sometieran a vanidades ridículas, falseándose admirativos de su talento, o niña —otro vocablo en boga— de *biscuit*. Que, Alonso abajo, la entretuvieran y ya no saliese a tiempo y aun hubiese de simular. Que no acabara un trabajo, cuando el año es corto, los ejercicios muchos y el examen complicado. Que ella no se atreviera a protestar, temerosa del mal gusto de una queja, o ser tachada de egoísta o imitación de la buena Juanita... Su angustia recrecía los sábados a la tarde y los domingos, casi dos días por entero, felices de soledad:

—¡Si hoy no viniese nadie!

Alonso ya en mucho contribuiría a liberarla. Pero una prevención le asalta: ellos, ¿qué pensarán? No le preocupa el juicio sobre sus relaciones, un concepto que hasta ayer la obsesionó, sino Alonso. Orgullosa, desearía exhibirlo, toda *él*.

¿No son un tanto raros estos amigos de papá? Teósofos, vegetarianos, especialistas en esperanto, reclutas del Regimiento, aprendices de conspirador... No suelen venir los otros, y no porque sean amigos de calidad, sino de quehaceres: médicos, boticarios. Alguna vez, con papá, ha ido de rebotica. Siempre se notó violenta en los Laboratorios JU, y siempre le parecieron gratos sus momentos de rebotica Don Pepete, donde advertía un punto de adhesión a su noviazgo contrariado, o simpatía por Alonso.

Alcándara, capital, es propicia a los teósofos. En tierras de Alcándara no escandalizan las ácratas ideas de estos vegetarianos que no aceptan el servicio militar y niegan la autoridad de Estado, pero que se alistarían voluntarios para un Barranco del Lobo o un Gurugú. Alcándara, que "ni frío ni caliente", carga a excentricidad el radicalismo de seres como éstos: Raúl, vegetariano; don Ramiro, teósofo; el vizconde, gramático de esperanto; Doro, letrado sin ejercicio; Gabriel, poeta lírico...

Pronto la tarde y, ésos, no faltarán. No ignora Catalina que casi todos ellos miran por Alonso y han influído en papá y hasta determinado su decisión de reconocer el noviazgo. Ya Alonso le habló de aquellas discusiones en la tertulia Don Pepete; intransigente, el padre:

—No lo tolero. Yo no admito una teoría de hechos consumados.

—Usted: un hombre comprensivo, ¡don Camilo! Usted, tan liberal...

Y otro:

—¡*Ni que ese muchacho fuera algo del ex kromprinz*!

—Bueno, bueno: son cuestiones internas; una cuestión de orden...

—¿Orden? Hombre, don Camilo... ¡Orden!

Era mucha personalidad, y era contradictoria. Catalina, recuerda... Papá, que no mueve *un* dedo por evitar la ruina de la casa, ex cátedra proclamaría impresionantes golpes de financiero, doctrinas del mejor arbitrista, horas y horas profesando idealidad. Cuántas noche dieron las doce, de sobremesa, o en esta sala, papá lanzado, voceando utopías... Catalina aprovechaba un respiro y pretendía ensimismarse, pretextaba estudios. Viéndola sobre los libros, don Camilo transigía, resignado; pero al momento, su exclamación suplicaba, su, con qué pena:

—¡Si habláramos!

En la cocina, mamá, muerta de sueño, o la pobre abuela, se desperezaban; o "¡Buenas noches!", y se iban a acostar, murmurantes:

—¡Habláramos! ¿Dejarías?

Y hasta el pequeño Luis, una noche:

—Pero ¿hace otra cosa?

¡Qué sofocón, Dios, qué noche!

Bueno, quiere explicarse Catalina: siempre es curiosa la vida de los padres... También *sus* padres, Alonso entenderá. Muy bien podrían cruzarse las familias, sí: papá y doña Isabel, a toda hora en la calle; mamá y don Pedro, sin apenas salir de casa. ¡Es verdad! Los padres, recios como robles; hendidas de dolor, madres en desesperanza, cada una adorando al hijo de la otra, ayudándoles en clandestinidad, amorosas del secreto. Cuando Catalina cayó enferma, doña Isabel la visitaba; a escondidas; la obsequiaba; indecisa la muchacha, violenta. Adoleció más gravemente, y doña Adhelma permitió que Alonso la viera, a hurtadillas.

Un día, llegó papá, de improviso; ¡qué terrible momento! En la confusión, escapó Alonso por la escalera de servicio, a través del jardín. Gracias a la serenidad de Adhelma. Prodigio de impasibilidad, había pasado armas en las sediciones, cuando Camilo, perseguido, se refugiaba en la selva. Si la exasperan, amenaza con tirarse al estanque o da un portazo y se larga a la cocina. También don Pedro, desesperado, agita un enorme revólver y asegura que

se va a saltar la tapa de los sesos. Pero ante los peligros, la insensibilidad de estos seres sobrecoge, inhumana; son piedra, nervio de la raza: Adhelma india, sin desdecir de sus héroes, callados en el tormento, como estatuas del dolor.

Era un libro de Alonso, y era una misma la tendencia en Adhelma, en Isabel: afines, con instinto para el secreto, arrojaban una sombra de mal sobre las acciones más inocentes y triviales. Se revolvía Alonso contra el amparo de doña Isabel y gustaba de la connivencia con doña Adhelma. A Catalina la desconcertaban. Una y otra—leyó, ¡y es que era un libro como expresamente pensando en ella!—conspiraban y recamaban de secretos el hecho mismo de confiar, en larga serie de esfuerzos, torpes y vanos, nacidos de la frustración, de las tentativas y el instinto. Se interponían *entre el castigo y Alonso,* cuando *Alonso* aceptaba el castigo acordado *por don Pedro* y aceptaba la prohibición impuesta *por don Camilo,* como actos impersonales, merecidos o no, justos o injustos, pero naturales e ineludibles, hasta que, al interponerse, ellas les prestaban sentido y un equívoco aroma de culpabilidad. No era el castigo lo que *Alonso* detestaba. Era la mujer, blanca dulzura que le tenía sometido, siempre niño; y hasta el mismo tesoro oculto que le procuraban, fruto de no sabía él qué pequeñeces y decepciones: esa dulzura que no podía agradecer porque le resultaba más odiosa que la injusticia del hombre, el uno y el otro hombre...

"Igual, igual—se dijo Catalina, que, al leer, interpolaba situaciones vividas, nombres de familia, personajes y pobladores de su propio mundo, adolescente y sentimental, como si esa página le hubiera sido escrita para sólo ella; y, en seguida—: ¡Toma!"

Acababa de ver la carta de esta mañana, que era la carta del monje, en una silla.

—¡Toma! ¡Ya se la dejó!

Nadie intervino en la vocación del muchacho. Catalina era muy pequeña, pero retraída: observaba. En mucho, se le parecía: eso, ¡qué revelación!, él que también era un retraído. Memoria arriba, al reencuentro, es un balcón y aquel libro en la mano, un libro cerrado, ¿o era una cajita?, y se quedaba en un repente, o se ponía a mirar más allá del azul, sus ojos bien metidos en el cielo.

Iluminada, confiando, Catalina vivía *aquel* destino, contenta y orgullosa de un hermano estudiante, ¿cómo figurárselo torturado? Para ella no existía una palabra sufriente: *los otros.* ¿Qué seducción le arrojó a la Cartuja?

No es la primera vez que Catalina se lanza por ese laberinto de caminos, tras esa vocación. Años, años, años, y de pronto, como al filo de un abismo, escalofría vernos ahí, sorprender ese acto que habíamos vivido, junto al cual pasamos y no acertábamos a entender.

Para Eve, son las estancias cortijeras: un cartujo, y Eve se lo explicaría profeso en Jerez, monacal la huerta, el Guadalete marinero. Nunca la seca yedra y la piedra roquera de los cenobios del Norte, con sus leyendas de caridad y cercanía de lagartos de pálido vientre raseando los musgos que amarillean, castigados por el sol. "Nuestra Señora de la Defensión": es eso; la cortijada señoril y vacas para deleite de César—pensaría Eve—, el esteta, el compañero... Una cartuja de caballistas jerezanos, que recría potros: aquellos potros con cuernos, solera de cuatrocientos años y jinetes a la brida, trajineros por cerrados y por tierras calmas.

Fué, para la abuela, como una imagen de los exquisitos bodegueros de La Chartreuse. Nadie la ganaba en el entendimiento de mixturas, caldos, cócteles. ¡Qué gran dama de sociedad para un sarao de nietas recién puestas de largo! Mágica entre sus botellines de jarabe y sus juegos de licor y sus cremas: curaçao, granadina, kummel, kirsch, menta, marrasquino; una buena ginebra. No hay cóctel sin ginebra selecta.

Preparaba el vermut para Camilo: un trocito de hielo, un vaso de cristal; nada: ni shaker, ni cocteleras; buen gusto y una puntita de fervor. Bastaba mirar aquellos ojos, ¡qué lúcida embriaguez! Limón, naranja, polvo de azúcar, leche, sifón. ¡Y qué delicia! Cubas, paradises, hola-hola, gin-fizz, ulías. ¿No sabe qué es un ulía? Cuatro nueces de hielo, medio de gin, un cuarto de cacao, un cuarto de crema de leche, muy fresca.¿Eh, un hola-hola?...

Don Camilo condenaba la mudez de la Cartuja, todo elocuencia, ¡viejo!, y se figuraba al monjín de bruces besando la tumba octógona de Miraflores. ¡Cómo decirle: "¡No!, es una cruz de palo, está la tierra y está bien removida"...!

No: es un acto que parecía pasado, y no, fugitivo por el campo de caza de la vida; no se acierta. Siempre pensando, Catalina. Y de golpe:

—Aquel viaje con la abuela... ¡Eso fué!

No era beata la abuela; se sabía de sangre aragonesa; le dieron noticia de remotos ascendientes, quizá familiares, afincados en el

Alto Aragón, pasada Zaragoza. Era pequeño, Alberto; se lo llevó con ella.

En aquellas aldeas, ni rastro. Bien, eso es lo de menos. ¡Qué hermoso el Gállego, resistiéndose a morir! Y ¿no parece un monasterio? *Aula Dei*, una cartuja. Las mujeres no podían pasar; sólo la reina. ¡Reina! Pero su reino, ¿dónde?

—Ea, Albertito: ésta es la reina de España. Arrodíllate. Ven. Besa la piedra, ese pilar. ¿Sabes cómo se llama? ¿Sí? ¡Querido!

Y de vuelta, apenas en Alcándara, el hundimiento: aquella casa que se les hundió, en la plazuela del Aire. Empezó a ir a misa, a escondidas. Las preocupaciones se le recocían de ver a Eve, su apariencia pecadora, y negarse la evidencia social que la juzgaba y condenaba. Era un vivir en ansiedad; difícil, sentir piadosamente. El casamiento con César, declinado, generaba aquella *liaison*, mortal ofensa que le decidiría. Niño y solo, muy audaz, inició las gestiones. Visitó al obispo. No se daban todos los requisitos, pero en él podía verse como la mano de Dios. Y fué escuchado, preferido.

¡Qué asombro!: don Camilo no reaccionó tan firme como se temieran, no se oponía. También, que el Directorio había agostado mucho de sus ilusiones. No es una situación pasajera—reflexionó—, ni el solo valor sintomático del acto. Es esto: España, tierra de capitanes. *Baza de espadas*, uno de los títulos más manejados de su librería; "la historia se repite", una sentencia al uso. Otra vez, como en el XIX. ¿Y *allá*, no fueron tierras para el desarraigo? Almáciga de dictadores: Rosas, Francia... Don Camilo, pensando:

"Bueno, ya volverás..."

Pensando:

"Es un niño, un ser con derechos. No es un inmueble, ni un bien que a uno le pertenezca, o una propiedad..."

A los pocos meses recibió carta del prior. Nadie logró leer aquella carta, pero se la sabía carta del prior. Don Camilo se paseó muy alterado. De sobremesa, refirió que los priores de Cartuja, en sus celdas, grababan inscripciones monitorias y terribles:

Judicium durissimum his...

Traduciendo, se emocionó:

"Durísimo juicio aguarda a los que mandan."

Tal vez pretendía motivar la decisión del muchacho: habló de la situación, la época... En almas como la de Alberto, purísima, o como la de Luis, se apuntaban impactos la piedad, el descontento. Quizá en Alberto influyó ser el segundo de los hijos. Lo había dicho don Jesús, todo un biólogo don Jesús, boticario; y los se-

gundones se sienten privados, como en el caso de Alberto, desposeído. Doblemente desposeído: la primogenitura, Eve; la gracia, Catalina.

Tomada la palabra, subrayó el traumatismo producido por el nacimiento de Catalina. Se echó a llorar Catalina, y entonces la abuela gritó:

—¡Monstruo!

Catalina sonríe de recordar la cara que puso el padre para decir, y para oír, aquellas cosas, y porque mismo esa cara volvería a vérsela años después: cuando Alonso, que irrumpió y se alzaba en competencia de dominio sobre Catalina.

Era una forma de acusar: ¡tus atentados familiares, Catalina!... La serenidad de Catalina, ya mayor, escuchando, proclamaba su culpabilidad, pensaría el padre. Por ahincar su idea, lo pensó; por no decaer, obsesivo, y no encontrarse injusto y no capitular.

En ocasión como aquélla o razonamientos de tal suerte absurdos, la risa de Luis estallaba sana, contagiosa, y don Camilo, incapaz de enfurecese con Luis, pero cuidadoso de tampoco revelarlo, saltaba de conversación o, si cambiar no era fácil, abandonaba la mesa.

Y otra vez:

-Yo creo- -sugirió Eve—que lo que determinó su marcha fué la mía. Le dió miedo quedarse de hermano mayor.

Catalina, en silencio, rectificaba:

—No. Por asco. Solo, aguantando, encajándolo todo: el rumor y el espectáculo de una vida como la de Eve, una condena que diariamente ofendía sus ojos y sus oídos. ¿Solo? Nos hicieron una infancia rencorosa, replegarnos en nosotros mismos. Callábamos, ¡ya!, sabíamos callar, pero la sensibilidad quedaba herida; para adentro, la cólera crecía y era inútil borrar el recuerdo, las impresiones de lo entendido, y hundirse hasta las cárcavas de la conciencia. Se hendían, pero se agrandaban. Y se enraizaban.

El dolor de estas infancias, sí, podía levantarse, reclamar. La soledad de un balcón no se bastaba para refugio de aquel niño, no era refugio una familia. Se necesitaría muy áspera fortaleza, ese carácter que nace del asco. Manchada Eve, también él manchado, manchada la casa por entero. No se creyó capaz de salvarse, sino por el sacrificio en los altares de la vocación.

Catalina, ¿cómo no se le habría ocurrido? Eve, ella, ¡tan distintas! En todo distintas: para con Alberto, delante del mundo,

entre sí mismas... Cursó Eve los estudios del grado en la capital. Por aquella época no se veían muchachas en las clases del Bachillerato. Su apariencia apenas la diferenciaba de lo varonil: morena, estrecha de frente, la voz enronquecida, las trenzas como látigos, sus modales rudos y endurecidas costumbres la defendían; y la arriesgaban: unas costumbres muy audaces. A fuerza de simular conducta enérgica, a la rebusca de un carácter, acabó no en auténtica firmeza, sino en total despojo de femineidad. Su juventud entre muchachos la desencantaba de los misterios del amor, los velos de ilusiones inefables, el engaño y la magia.

Entonces en Eve se desató la preocupación por el arte: una potencia poderosa, tan poderosa como el amor. ¿No la catalogaban de chico? Pues a serlo; pero las armas, iguales. Preparada. Podía principiar el duelo: no, no eran provocaciones de mujer. Era voluntad de reto, y de victoria.

Convenció a don Camilo: ingresaría en la Academia de Bellas Artes. Partió. Se sucedieron tres etapas, como tres temporales, en su lucha por la vida. Madrid es Madrid y la etapa inicial se llamaría inconsciencia: aturdida Eve, devorada por la bohemia, con pasión de neófito, bochornoso el clima, artistas, ¡artistas!, alrededor. Memora Catalina y se le acentúa el asco. Siguió una época de angustia, ¿angustia?, de café con media, y apuros. Y como en sorda guerra, con el último cuarto de hora, su primer éxito: una primera exposición.

En contraste, para unas vidas paralelas, Catalina se sabe poco expansiva. Si le dieran a escoger nombre más propio y representativo, elegiría: *Soledad.*

Angustia no es la palabra con que mejor se cifra aquel aturdimiento, o Eve en la segunda carrera "a la conquista de Madrid". Para sufrir de angustia se requiere una psicología a la defensiva. Eve padeció estrecheces, dificultades económicas. Catalina, sin problemas al parecer, sí, Catalina sintió angustia. Quizá de esa angustia le naciera su abnegación, su universal simpatía y sentimiento de comunidad: el amor a Luis, pequeño Luis en desamparo.

Apenas trató a Eve, la verdad... Eve la despreciaba. Tímida, Catalina se atrevió a pensar:

"Por mi poquedad. Es eso: no le parezco una mujer. Ve mi cuidado; igual me cree sin experiencia, colegiala... Cuando intervino mis relaciones con Alonso, ¿qué es lo que pretendía? ¿Por

qué tan sutiles consejos, aquellas *Máximas de amor* y aquellas alusiones que se dejaba, como de olvido, en mi cuarto?"

Catalina tan vivamente sentía su pequeñez, tan injusta, que le llevó años adivinar este motivo desencadenante: envidia. Cainita, Eve te envidiaba el talento, la gracia, la juventud, la ingenuidad, el temblor de tus amores, Catalina...

Con Luis, ¿no fué eso mismo? Revalidado su bachillerato en Ciencias, Luis se matriculó: Facultad de San Carlos; visita a Eve; dos horas, y el primer desencuentro. Entonces Luis buscó alojamiento, se largó a una pensión de tercera, cercana al Hospital. Eve escribió a casa; trataba de justificar el desacuerdo; acusó a Luis: nihilista. ¡No le tildaba de renegar del arte!

Quizá en el fuego de sus diecisiete años, con las exaltaciones del recién llegado, Luis, muchacho de provincias, hablaría un estilo directo; quizá para decir algo despectivo:

—El arte, corrupción de la sociedad...

Luis, un mocito sano, limpio, burlador y romántico, pero ¿se figuraría lo que mismo él está siendo: un narciso? Catalina, si —para molestarle, no, que le adoraba—, si le propusieran rectificar ese nombre, ya Luis no sería Luis: se llamaría *Presumido.*

Lo que al propio Luis confundía es que, esforzándose por suavizar los filos de su palabra, se erizaba de rudos sentimientos, aún más fuertes. Entre los íntimos, afirmaba su voluntad de doncel: joven pureza al servicio de la idea. Luis proclamando su varonía con la dialéctica de los pocos años: la violencia.

No tan fácil entenderle; acaso por la fluidez de unos principios revolucionarios que, desde luego, no coincidían con los programas políticos de los bandos conglomerados frente a frente. Luis se desentendía de la institución monárquica, en crisis, y repudiaba las crueldades del bolchevismo. Pero ¿república? Tampoco una república le concedería gritar más.

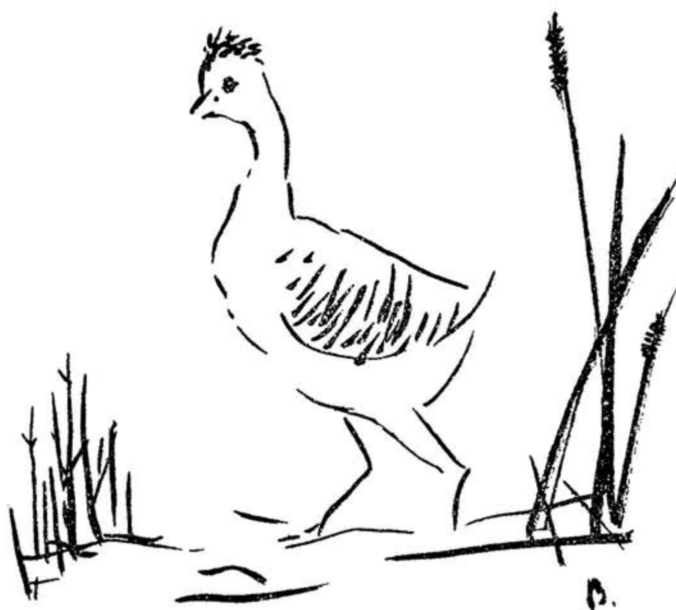
Nostálgico de familia, en el alma se le clavaron aquellas Navidades, lejos de Alcándara, sin muchachada amiga ni sobremesa de hogar: convenciones, Luis, dudosamente revolucionarias...

Envió para Catalina un dije primoroso, un esmalte con miniatura de la abuela. Y una versión del *Kempis* de fray Luis de Granada, que ya Catalina haría llegar al monje: ¡hábil, Catalina!, como recuerdo tuyo, que nadie en casa lo intervenga.

Cuando se advirtió olvidado, que no le dedicaban ni una litografía de propaganda de la Niña o Mariana, más bien matrona

y a lo griego, con su aire de opulenta madame Bovary, su gorro de portugués emigrante en busca de tajo, don Camilo no soltó prenda, pero aquellos días se le vió enfurecerse bajo el oscuro rencor de un niño a quien cruelmente, ¿por qué?, se le desilusiona.

Pedro de Lorenzo.
Paseo de Extremadura, 7, 3.º
MADRID.



BRUJULA DE ACTUALIDAD

EL MES DIPLOMATICO: REVOLUCIONES Y VIOLENCIAS (II)

Mientras en el Marruecos francés la situación aumenta su gravedad hasta hacerse trágica, al otro lado del mundo se define un peligro de conflagración internacional. Se trata de la acción de la India contra la colonia portuguesa de Goa.

En Goa no existe, como en el Marruecos francés, el más pequeño conflicto entre Portugal y la población indígena. Con su genio colonizador, Portugal ha sabido dar a ésta su cultura, su religión y todos los derechos del ciudadano portugués. Con este espíritu de igualdad ante Dios, que caracteriza las colonizaciones que se realizaron bajo el signo de la Cruz y no bajo el de Mammon, Portugal se había negado a imponer su legalidad a las poblaciones autóctonas. E incluso, cuando fué concedida la independencia del subcontinente hindú por Gran Bretaña, el pueblo goanés decidió el mantenimiento de los lazos con Portugal.

No era tal la opinión del Gobierno de la India. El Pandit Nehru quería evangelizar el mundo con la doctrina de Gandhi. Sin interrupción, durante sus peregrinaciones por todo el mundo invitaba a la paz, a la *democracia*, a las concesiones, sobre todo *cuando* se trataba de Moscú o de Peiping. No obstante, en su política practicaba una aproximación poco conforme con lo que él exige de la actitud de los demás. Su idealismo consiste en establecer para otros una interminable serie de reglas de conducta, que él mismo se apresura a violar. Así, pues, de cara a la proclamación de independencia de la India, Nehru decidió que los Estados principescos pudieran escoger entre la India y el Paquistán. Los soberanos mahometanos de Junadagh y de Haiderabad decidieron su no anexión a la India. En consecuencia, sus países fueron invadidos por los ejércitos de Nueva Delhi, bajo pretexto de que la mayoría de los individuos adictos a ambos soberanos eran de religión hindue. En Cachemira, por lo contrario, el pueblo es casi por entero mahometano. Su soberano es hindú, y declara su voluntad de adhesión a la India. El ejército hindú ocupó seguidamente Cachemira, para evitar que su población exigiera su reincorporación al Paquistán, declarando solemnemente que sólo al soberano le incumbe decidir el destino de su Estado, sin consultar con la voluntad del pueblo. Es de señalar que, pese a las numerosas Comisiones envia-

das por las Naciones Unidas, la India se ha opuesto hasta la fecha a toda tentativa de proceder a un plebiscito en Cachemira.

Una actitud similar se adoptó en sus relaciones con Goa. La India rehusó la idea de un plebiscito y exige una pura y simple anexión. Ello es, desde luego, lógico para su punto de vista, puesto que la India sabe que perdería terreno en caso de consulta popular. Sólo que en tal coyuntura sería más honesto admitir en Occidente que Nueva Delhi ha perdido su fe en la democracia y que ha entrado, a banderas desplegadas, en el campo de los imperialistas.

La valiente actitud de Portugal frente al gigante hindú no ha dejado, desde luego, de impresionar al mundo. La negativa de la pequeña nación ibérica a abandonar un pueblo que confía en ella, pese a la desproporción de fuerzas, ha restablecido en muchos sectores la fe en el valor y en la honorabilidad.

Este conflicto de Goa admite una única solución. Es preciso que la India sea inducida a reconocer el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos, incluso si este reconocimiento es contrario a la política hitleriana del *Lebensraum* que practica Nehru. No existe otra solución viable. Porque ceder bajo amenazas equivaldría a conceder una fuerte ventaja al agresor.

* * *

Por fortuna, no todo han de ser malas noticias en estos finales de verano. Si abarcamos un panorama mundial, incluso podríamos afirmar lo contrario. Tras la derrota de Chiang Kai Chek en 1949, la defensa de las rutas marítimas del Océano Pacífico han dependido esencialmente del mantenimiento de las grandes islas en manos del mundo libre. Por esta razón, los Estados Unidos buscaron alianzas con el Japón y entraron en la guerra de Corea, fortificaron Okinawa, sostuvieron a Chiang Kai Chek en Formosa y enlazaron fuertemente con las Filipinas, Australia y Nueva Zelanda. Pero entre el sur de las islas Filipinas y el norte de Australia se encuentra la joven República de Indonesia. Este país controla un espacio de unos 1.500 kilómetros, y, en consecuencia, se convierte en un eslabón de la cadena defensiva o, por el contrario, en una rotura de este frente, que así sería prácticamente imposible de taponar. Además, la situación especial de la isla de Sumatra proporciona a Indonesia el medio de influir considerablemente sobre el desarrollo político del sudeste asiático, y muy en especial de

Malasia. Sin embargo, desde un punto de vista estratégico, tanto en guerra fría como en caliente, Indonesia es una de las posiciones más decisivas del globo, y ello sin hablar de las extraordinarias riquezas que guardan aquellas islas en materias primas.

Por esta razón, el interés mundial se centra muy lógicamente en la evolución política de Jakarta. Porque ésta ha comenzado mal. Instaurada por una Comisión de las Naciones Unidas, presidida por el norteamericano Frank Graham—el mal llamado liberal que, después de haber provocado el desorden en Indonesia, se ha convertido en el gran responsable de Cachemira—, Indonesia cayó desde el principio en manos de grupos extremistas. Indudablemente, estos grupos estaban lejos de representar a una mayoría que se encontraba sólidamente asentada en los campos del partido musulmán Masjumi. Pero, gracias a la complicidad del Presidente-dictador Soekarno, los extremistas, dirigidos por los comunistas, se apoderaron uno por uno de los resortes del Poder. Los hombres de Moscú y de Peiping se apoyaron en los Sindicatos obreros, en las asociaciones de aldeanos, en una gran parte de la prensa y de los transportes y organizaron un poderoso ejército privado. Además, con la complicidad del partido nacionalista, el partido del Presidente, se hicieron con el control indirecto del Gobierno, y desde entonces ensayaron la destrucción de las fuerzas armadas. Con este fin ya habían obtenido la ayuda del ministro de la Guerra, el doctor Iwa Kusumasuntri, educado en Moscú. Hecho esto, prepararon elecciones generales para el 29 de septiembre pasado, durante las cuales, gracias al completo control que les aseguraba la máquina electoral, conquistarían, ellos y sus cómplices, una confortable mayoría en el Parlamento.

Todo parecía perdido entonces, hasta que el ejército se decidió a intervenir en un postrer esfuerzo. Inspirado por el joven coronel Zulkifli Lubis, el Ejército indujo a retirarse al Gobierno del doctor Aly Sastroamidjojo. Después de varias jornadas críticas, el Gabinete tuvo que dimitir, y el vicepresidente, Mohammed Hatta, reemplazando al Presidente ausente, encargó la formación de un nuevo Gobierno al joven jefe del partido musulmán Masjumi, Burnahuddin Harahap. Este Gobierno, basado en elementos religiosos musulmanes y cristianos, ha decidido llevar a cabo una nueva política en colaboración con el Ejército. Indonesia será amiga del mundo libre, manteniendo por completo su absoluta independencia, y eliminará la corrupción del régimen precedente y procederá a unas elecciones honestas.

Este dramático cambio de Gobierno sólo puede contentar al mundo libre; pero sería erróneo considerar la victoria como fácilmente asequible. Los comunistas continúan juzgando a Indonesia como empresa digna de consideración. Además, es cierto que en la actualidad los agentes de Peiping escrutan las posibilidades de reemprender la iniciativa.

Para las naciones libres se trata, pues, de desarrollar con la máxima rapidez posible una política constructiva ante Indonesia. Esta política habrá de prever, ante todo, las susceptibilidades del pueblo de aquellas islas. Esta nación orgullosa ha sufrido duramente, psicológicamente, bajo la dominación colonial. Por ello es recelosa y fácilmente proclive a ver en el menor gesto un signo de imperialismo. Si los indonesios son hoy en día Antimoscú y Antipeiping, es debido, en justicia, a que ellos reconocen en el comunismo al imperialismo del siglo XX. Así, pues, será esencial, ante todo, hacer comprender a los indonesios que el Occidente no tiene intención alguna de imponer su voluntad en Jakarta. Porque el mundo libre aspira solamente a lograr una asociación voluntaria para la defensa de nuestra independencia común.

Además, Indonesia tendrá necesidad de ayuda económica. Esta ayuda, desde luego, puede darse con buena garantía, ya que el porvenir económico de las islas es brillante. Pero habrá que guardarse muy bien de dar a esta ayuda el aspecto de una empresa capitalista. Hay que evitar la posibilidad de que surja la sospecha de un colonialismo económico. Es preciso también llegar a una asociación constituída libremente, que en ningún caso pueda atentar contra la soberanía indonesia.

Sólo con una base parecida será posible que el nuevo régimen indonésico pueda integrarse en el futuro en un sistema de seguridad colectiva que, incontestablemente, reforzará poderosamente la posición de las naciones libres en Asia.

* * *

La resistencia de Goa, el derrocamiento del doctor Sastroamidjojo en Jakarta y el retorno de Sir John Kotelawala a Bandung en la primavera pasada... comienzan a probar en su conjunto un hecho interesante. Durante años, el Pandit Nehru, con su neutralismo de dirección única, parece representar a las naciones libres del Asia. Sin embargo, tras el comienzo del año actual su posición no ha cesado de declinar. Su frente de neutralismo se ha disgregado.

Y es importante señalar esta crisis de la principal fuerza auxiliar del comunismo en Asia. De hoy en adelante, no podrá hablarse de la India como de una auténtica gran potencia.

Esta evolución puede tener repercusiones mundiales. Puede cambiar el equilibrio de fuerzas, porque es autóctona en Asia. Los asiáticos verdaderos conducirán la campaña contra el neutralismo y el comunismo. Tal es el hecho capital. Porque sólo los asiáticos, en resumidas cuentas, pueden destruir la ideología de Moscú y de Peiping sobre su propia tierra.

OTTO DE AUSTRIA-HUNGRÍA

EL *VELAZQUEZ*, DE ORTEGA Y GASSET

Una confrontación detenida entre los *Papeles sobre Velázquez y Goya* (de mayo de 1950, como libro; pero, en realidad, nacidos a partir de 1943), y este nuevo—editorialmente—*Velázquez* (1) que acaba de aparecer, sería de gran provecho. Aquí, se trata tan sólo de una breve nota, en la que no cabe mayor demora. En gran medida, los textos que componen esta introducción, y aun las pomposamente llamadas introducciones particulares a cada uno de los hacinamientos en que el álbum se divide y separa—"bodegones", "cuadros religiosos", "retratos", "Velázquez, en Italia", "mitologías", "Las hilanderas", "Las lanzas", "Príncipes, enanos, bufones y locos" y "Las meninas o la familia"—, están entresacados de la obra citada,

(1) *Velázquez*. Introducción de José Ortega y Gasset. *Revista de Occidente*. Bárbara de Braganza, 12, Madrid, 1954. Impreso en Suiza por Conzett & Huber, Zurich.

Se reproducen, en láminas de gran tamaño, 44 cuadros con todo su color auténtico, aproximadamente fiel, y 43 más en grabados monocromáticos. Además, nueve detalles de los cuadros anteriores, también en color, y ocho detalles más en blanco y negro.

Como dato curioso, anotamos la radicación espacial de las obras reproducidas: 44, en España (de ellas, una en El Escorial, dos en Sevilla, y una en colección particular en Madrid); 17, en la Gran Bretaña; 9, en los Estados Unidos; 6, en Austria; 4, en Alemania; 2, en Italia; 2, en Francia; 1, en Cuba; una, en Rusia, y una en Hungría.

Hace unos días precisamente, daba la prensa la noticia de que había sido adquirido el cuadro *Vieja friendo huevos,* por otro nombre: *Dos aldeanos* (lámina núm. 6), que Velázquez pintó, lo más tarde, antes de los veintitrés años, por la friolera de 57.000 libras esterlinas, bastante más de seis millones de pesetas. Luego vendrá Oscar Wilde a decirnos: "*All art is quite useless.*"

a veces, literalmente. Sin embargo, pronto se topa con alguna importante rectificación, como vamos a ver.

Ante todo, Velázquez es, para don José Ortega y Gasset, la pintura como pura visualidad. "En Velázquez—nos dice—la pintura abandona toda nostalgia de la escultura, y paso a paso irá desentendiéndose del carácter corpóreo de los objetos. Merced a ello las cosas dejan de ser propiamente cuerpos y se transforman en meras entidades visuales, en fantasmas de puro color. Así, en Velázquez, la pintura se recoge en sí misma y se hace exclusivamente pintura. Esta es la invención genial de nuestro pintor y, gracias a ella, puede hablarse sin vana pretensión de una "pintura española" como algo diferente de la italiana (2). El impresionismo de 1870 lleva este descubrimiento velazquino a su extremo, haciendo estallar el objeto en meras partículas de color." Es decir, lo que Eugenio d'Ors llamaba, hace más de un cuarto de siglo, "pintura-pintura".

Un paso más en el análisis y se viene a dar esta conclusión: "Velázquez iba a representar la primera gran revolución en la pintura occidental..., que consistía, precisamente, en hacer que la pintura, toda, fuese retrato; es decir, individualización del objeto e instantaneidad de la escena." Y en otro: "En *El aguador* vemos cómo la intención de Velázquez es la reproducción del objeto en su máxima individualización. La pintura deja de ser la presentación de formas imaginarias y transmundanas, de rasgos genéricos. Aquí no sólo se transcribe con rigorosa exactitud la figura del aguador, sino que se hace el retrato del cántaro, que no es *un* cántaro, sino este único y determinado cántaro." La consecuencia de todo esto había sido extraída ya al comienzo de la introducción: "No creo que hasta el siglo XIX haya habido ningún otro pintor que, con parejo rigorismo, se haya mantenido fiel a lo que él consideraba la verdadera misión de la pintura: salvar la realidad corruptible que nos rodea, eternizar lo efímero."

En realidad, y pese al indudable interés de la obra, no se la puede tomar, ni mucho menos, por el gran libro sobre Velázquez que don José nos prometió desde el prólogo de los *Papeles,* brindándonos acto seguido una importante muestra, para que no nos cupiese la menor duda en cuanto al valor total de la promesa. No

(2) El cambio de postura no pudo ser más violento. Todavía en 1950, Ortega no admitía la "pintura española" como algo que tuviera sentido propio. Lamento no tener a mano el texto orteguiano, por lo demás patente en los párrafos que subseguían a aquél, y que copio a continuación: "La pintura española es la modulación producida en España y por españoles de una realidad mucho más amplia y autárquica, que es la pintura italiana." "La pintura italiana empieza en Giotto y muere gloriosamente en Velázquez." (*Papeles,* págs. 227-228.)

es más que una breve introducción que sirva un poco de *cicerone* al repasar las numerosas y excelentes láminas (excelentes es término relativo a la dificultad casi insuperable de la tarea). La palabra *cicerone* no se ha puesto ahí por azar, sino más bien haciendo especial hincapié en el rigor de su sentido, pues ya D'Ors hubo de señalar que siendo en Velázquez donde hay más que admirar, es donde hay menos que comentar; el comentario casi no puede ser más que histórico o, bien, no ya psicológico, sino metafísico. Por lo demás, la impresión, y la presentación en general, es primorosa y bastante cuidada, aunque afeada por algunas erratas (3).

CARLOS OTERO

ALGUNOS DE LOS PENSAMIENTOS DE UNA *NUEVA ÉLITE* EN LOS ESTADOS UNIDOS

CIVILIZACIÓN Y POLÍTICA EXTERIOR, POR LOUIS J. HALLE

Cuando concluí de leer el libro de Commager, *Las Ideas en los Estados Unidos,* pensé que fué una pena no encontrar en ese libro un capítulo sobre la nueva generación norteamericana de escritores, sobre la política exterior de los Estados Unidos y sobre política internacional en general. Al lado de los poetas, novelistas, sociólogos, pintores, etc., etc., hoy vive entre nosotros una nueva *élite* tal vez la última y más nueva, con su personalidad propia dentro de la vida cultural de los Estados Unidos. Louis J. Halle, autor de *Civilización y Política Exterior,* pertenece a una nueva generación de pensadores y diplomáticos.

Hay dos tipos humanos principales en esta generación. Uno es el hombre de acción diplomática que escribe sobre el tema internacional partiendo de sus experiencias personales, como George Kennan, Marshall, Summer Welles, etc. El otro, es el intelectual, el especialista de la nueva ciencia de las relaciones internacionales, Como Fox, Jessup, Morgenthau, Elliot, Whitaker, etc., etc. Esta no es una división absoluta. Una de las características de esta nueva *élite* es una permanente emigración de la Universidad al Departamento de Estado, y viceversa. Hasta agosto de 1954, Halle pertene-

(3) Baste un solo ejemplo. De pronto, en la página 52, un caballo se pone sin más a hacer "corbetas" (sic.). El caso es tanto más insólito, porque se repite: en los *Papeles,* pág. 207, otro caballo muestra la misma rara habilidad.

cía al primer grupo. En 1951, enseñó en el National War College, y luego ingresó en el super exclusivo Policy Planning Staff, del Departamento de Estado. Allí le pagaban como él nos explica: "para pensar seriamente sobre la Política Exterior de los Estados Unidos". Después, emigró a la Universidad de Virginia como director del Departamento de Relaciones Exteriores, Woodrow Wilson.

Algunos comentarios que he escuchado del libro de Halle son contradictorios. Un especialista en relaciones internacionales me decía: "Halle ha intentado presentarnos una nueva forma de analizar la política exterior de los Estados Unidos, pero yo no descubro nada nuevo en su libro." Sin embargo, me parece más cerca de la verdad la respuesta que escuché de un estudiante de la Escuela Internacional de la Universidad de Columbia. Utilizando un lenguaje un poco técnico, me decía: "El libro de Halle me ayuda a comprender la verdadera estatura de esta nueva generación americana de escritores sobre política exterior." A mí me produjo una impresión parecida. Lo más importante e interesante del libro de Halle es su pintura de algunos de los pensamientos y preocupaciones diarias de esta nueva generación americana. El libro está escrito con sinceridad. Halle tiene la valentía de confesarnos algunas de sus preocupaciones: "Me sentía oprimido por la ignorancia de mi propio conocimiento." Lo que primero llama la atención en Halle es su descubrimiento —a veces, angustioso—de la necesidad de un nuevo Weltanschauungen para interpretar bien a Estados Unidos en medio del nuevo mundo internacional de nuestro tiempo. Halle nos confiesa: "Siento profundamente la necesidad de un sistema teórico..." "La nueva generación norteamericana—dice él—ha descubierto que el enfoque teórico tradicional que han adquirido le son casi de ninguna ayuda." Esta necesidad no es una obsesión en Halle, pero sí su mayor preocupación. Hay otra serie de problemas fundamentales en la política exterior de Norteamérica, pero para Halle, éste parece ser casi el principal. Siguiendo la lógica de sus pensamientos, la pérdida de China en manos de los comunistas, por parte del Gobierno demócrata, la invisible derrota, pero no menos real de los Estados Unidos en Indochina, y la pérdida de prestigio norteamericano de los republicanos, en Ginebra, se explicaría, principalmente, por la falta de un "sistema teórico práctico" Halle se inclinaría por la afirmativa. El nos dice:

> La falla principal no se ha debido a la falta de perspicacia de nuestros negociadores; o a la falta de inteligencia de nuestros diplomáticos en los sitios estratégicos, o a la falta de competencia de los políticos en casa. La falla se encuentra en nuestros conceptos básicos.

Halle no nos dice que esos "conceptos básicos"—si existieran—serían la solución para entenderse con Krishna Menon en las Naciones Unidas o con Anthony Eden en el Far East.

Aunque, en la forma que Halle considera el problema, existe el peligro o la tentación de imaginarse que esos "conceptos básicos" o "sistema teórico" pueden ser la solución, casi mágica, de esos gigantescos problemas. Realmente, su "falta principal" consiste en que Halle pasa por alto el otro elemento principal de la realidad política, que va siempre unido a la teoría; es decir, la práctica política, su aplicación, su ejecución y su organización. Si la política es una ciencia práctica práctica, como dicen los escolásticos—nunca una seria crisis política, nacional o internacional, es solamente un problema principalmente en los principios o en la teoría; esa crisis siempre va acompañada con una crisis en su ejecución y en la organización de esos principios prácticos-prácticos. Esto es más fácil comprenderlo en un período histórico de éxitos políticos que en uno de derrotas. Es más fácilmente perceptible observando la teoría y la práctica política, en Roma, que al analizar la casi perfecta teoría política griega, pero imperfecta en su realización; o leyendo la teoría y la práctica de las sucesivas generaciones de diplomáticos ingleses, en India, en el fascinante libro, de Philip Woodruff, *The Founders of Modern India.*

En su búsqueda por un sistema teórico, Halle se pregunta si éste puede encontrarse en la Universidad. "Uno podría ir a buscar ese sistema teórico en el mundo académico... Pero las experiencias prácticas en relaciones internacionales que nuestro país ha adquirido con la última generación han sucedido tan velozmente que han sobrepasado las teorías existentes." Halle no es completamente pesimista del papel que pueden desempeñar en el futuro los centros de estudios internacionales en América: "La Universidad recupera el tiempo perdido." En parte, Halle tiene razón. Las Universidades no han inventado ninguna teoría internacional del mismo modo que se formula una nueva teoría matemática y se tira al canasto la anterior. Lo que sí han venido haciendo es formular corrientes de pensamiento internacional y, al mismo tiempo, viviendo una "nueva aventura" cultural.

"Se necesita mucha historia acumulada para producir un poco de literatura", dice Henry James. Esta nueva generación americana es el fruto de una intensa actividad cultural en los últimos cincuenta años en los centros de estudio en los Estados Unidos. No han nacido de un día para otro. Es el resultado de un íntimo contacto de las

Universidades con las corrientes universales del pensamiento. La facilidad de Halle en analizar las realidades de poder le hubiera sido más difícil sin la asimilación de la sociología alemana en la moderna cultura norteamericana. Halle nos dice que no ha leído a Pareto, pero ello no impide que utilice con precisión y claridad la terminología de Max Weber al considerar los problemas de la legitimidad del poder.

Un ejército numeroso de intelectuales ha ido formando la mucha historia cultural necesaria para que surja con personalidad propia una nueva generación. Para ello fué necesario, en América, una vigorosa vida de investigación cultural histórica, sociológica, de estudios clásicos, ciencias políticas, Derecho internacional, antropología, ciencias militares, filosofía, etc., etc. Alguien puede pensar que siendo Halle uno de los actores de esta nueva aventura cultural en América, él mismo todavía no ha descubierto quiénes forman su generación, aunque reflexione inteligentemente sobre algunos de sus problemas.

Aunque Halle no discute de los problemas del "cobre chileno", como él nos dice, su libro nos *introduce* en el mundo intelectual de su generación. Como cada generación puede unas cosas y no puede otras, en su libro nos revela algunos de los méritos y algunas de las fallas de su generación. Con un poco de imaginación, hasta se pueden descubrir algunas de las preocupaciones de los compañeros de Halle en el Policy Planning Staff, del Departamento de Estado.

J. A. VILLEGAS MENDOZA

ENTRE EL SOCIALISMO Y LA DEMOCRACIA

Se viene hablando mucho estos últimos tiempos de la revolución social operada en Inglaterra. Una revolución sin sangre, pero que ha conseguido lo que otras, cruentas, en cambio, no han llegado a alcanzar: la transformación de las condiciones sociales de vida y una distribución de la riqueza más equitativa y más justa.

Los resultados a que se ha llegado no son—ya puede comprenderse—fruto de una medida ocasional, sino realización ininterrumpida de una política social que, para lograr sus objetivos, se ha

servido de sistemas y procedimientos de probada eficacia y, además, no violentos.

La crisis económica de 1929, que afectó a gran número de países, dejó a la nación británica con el 70 por 100 de obreros en paro, situación que se prolongó, para no pocos, a lo largo de cinco años. La reacción, naturalmente, es lógico que se tradujera, por parte de las fuerzas sindicales, en el planteamiento de un conjunto de reivindicaciones que pretendían conseguirse acudiendo a la huelga; por parte de los restantes grupos sociales, en un deseo de asegurar a todos el trabajo permanente, el pleno empleo. En este sentido, fué iniciada la etapa de las negociaciones, del pensamiento y las ideas, buscando la forma de hallar un cauce de colaboración efectiva entre empresarios y trabajadores, donde éstos se mostrasen dispuestos al entendimiento, y aquéllos, a reconocer la justicia de las reivindicaciones obreras.

La guerra de 1939 a 1945 constituyó, en tal aspecto, un factor decisivo. El destino común que ligaba forzosamente a unos y otros, y la común empresa en la que ambos se encontraron empeñados, facilitó las cosas precipitando una cooperación ya existente. La lucha de clases fué superada, y los problemas fueron entrevistos con intento de solución parlamentaria.

Terminada la guerra y ocupado el poder por el partido laborista, el proceso socializador se aceleró. El año 1948 marca la fecha de generalización de la seguridad social y la lucha por el triunfo de la política de pleno empleo, facetas de la política social que no habían sido descuidadas ni siquiera en los años más difíciles de la conflagración mundial. Ahí sigue Beberidge, para corroborar esta afirmación.

En la industria—por obra, sobre todo, del laborismo, con su programa de nacionalizaciones—fueron establecidas comisiones mixtas, después grupos mixtos de estudio (Working Parties), y, por último, los nacionalizados consejos de dirección, órganos en los cuales los miembros de los sindicatos tomaron asiento junto a los antiguos empresarios, participando también, en estos consejos, representaciones adecuadas de los intereses de los consumidores.

Los empresarios y los trabajadores creen haberse ganado mutuamente en Inglaterra. La evolución queda perfectamente establecida señalando cómo el paso se produce desde el mutuo entendimiento a la constitución de unos y otros como servidores de la comunidad, que representa un interés superior. Cabe, en cierto modo, hablar de una sociedad sin clases. Y no es del todo inexacto decir, respecto

de Inglaterra, con algún autor, que "las jerarquías que subsisten o se establecen tienen un carácter cada vez más funcional, y menos social".

Pero todas las soluciones tienen, en este mundo, sus peligros y ninguna está libre de inconvenientes. Tampoco, claro es, la solución inglesa. No yerran, en efecto, quienes ya acusan a las organizaciones sindicales obreras de haber desviado su objetivo y desplazado sus funciones, convirtiéndolas en políticas, con detrimento de su raíz profesional. Se ha dicho, no sin cierta precisión, que los sindicatos discuten más el rearme alemán que el nivel de los salarios o el problema de las nacionalizaciones. Surge así el conflicto inmediato para el individuo que es funcionario en un consejo de una industria, o en un organismo nacionalizador, y para cuyo cargo ha sido designado por su asociación profesional, entre el interés que debe defender como funcionario con responsabilidad de bien común y el que mantener debe en cuanto miembro de un sector o grupo profesional que le designó depositando en él su confianza. Es decir, Inglaterra se enfrenta hoy con el hecho de tener que resolver el choque nacido del enfrentamiento entre la funcionarización de los individuos y su carácter representativo en otro orden de intereses, típico encuentro entre socialismo y democracia como términos inconciliables. Lo cual no empece para que el país británico haya cerrado el pasado año su balance de ricos con un resultado, ciertamente consolador, para ellos; desconsolador, para otros pueblos. La política fiscal hace, en verdad, milagros.

Ahora, no obstante, la pregunta que cabe hacerse es esta otra: ¿conseguirá mostrarnos Inglaterra la posibilidad de hacer compatibles el socialismo y la democracia? Los recientes conflictos laborales parecen haber demostrado que ello es difícil.

MANUEL ALONSO GARCÍA

LA *ODISEA*, EN VERSION CATALANA DE CARLES RIBA

Si me es lícito empezar esta nota con un apunte personal, la lectura de esta nueva versión catalana de la *Odisea*, por Carles Riba (1), me ha hecho recordar que cuando yo aprendí el catalán—y esto era

1) Editorial Alpha, Barcelona. Col. "Clàssics de tots els temps."

en Madrid, a fuerza de solitaria paciencia y filología—fué, principalmente con la doble intención de leer a Maragall y de penetrar decorosamente en algunos clásicos griegos, sobre todo en los diálogos platónicos; ambas cosas, vena poética y tradición helenista, se conjugan en este hermoso trabajo de recreación de la obra inmortal. Pero, además, esta *Odisea* revela que tal afinidad helénica, existente hoy en el catalán, puede acentuarse de modo más propicio respecto a la obra homérica, hasta el punto de que para quien, como yo, no es catalán por ningún costado, la lectura de la versión de Carles Riba puede parecer un refinado "placer artificial", como si se encontrara un idioma creado *ad hoc* para tal traducción. (Y aquí podríamos extendernos en el problema de las facilidades de cada situación temporal de un idioma para unas u otras labores, y recordar el diálogo de D'Ors con Huizinga, cuando éste le decía que usaba su idioma natal para el trabajo filosófico porque le parecía que, en su momento histórico, "la razón hablaba en holandés".) En efecto, una lengua como la catalana—dejando aparte toda referencia geográfica a la comunidad mediterránea—, es decir, una lengua sabrosamente dialectalizada, apegada concretamente en cada expresión a una situación humana, un valle y una playa, y—por el sueño secular de Bella Durmiente de su literatura—devuelta a una situación de nuevo nacimiento, inocente y casi sin memoria, puede parecernos más cercana en principio a la lengua homérica que la castellana, que rueda con el viento—desarraigada e idéntica—por cientos y cientos de kilómetros semivacíos, universalizada desde siempre como predisponiéndose para el salto transoceánico, y tal vez de esto me dé más cuenta por mi naturaleza de extremeño.

Se me objetará que no hablaría yo ahora de tal afinidad si no fuera por Carles Riba, puesto que las lenguas son lo que sus escritores las llevan a ser. Pero el poeta, a su vez, sabe arrancar precisamente de la situación real de su lengua y de su pueblo. Y por eso mismo Riba, consciente de lo que he pretendido sugerir por comparación, escribe en su prólogo a esta *Odisea:*

> *Ese cierto estado de fluidez en que se encuentra nuestro catalán literario, y en el cual, seguramente, hay que desear que permanezca, acrecentaba la extensión de mis recursos. Tal locución dialectal o arcaica, tal inversión con que una construcción se hacía más intensa o más rara, tal decidida invención, incluso, me permitían de cuando en cuando elevar el tono del estilo, simulando algo de aquel modo de universalidad que tuvo el lenguaje homérico dentro del arca del griego...*

Aprovechando, pues, el sabor de concreción y la elasticidad sin imperativos históricos de su lengua, y al mismo tiempo superando

su saber de filólogo helenista, Riba ha logrado una curiosa síntesis estilística de viva familiaridad expresiva y de ocasionales vetas de convencionalidad barroca, que seguramente capta la medula del estilo homérico, con su íntima dualidad: la rotundidad humana de inocencia y salud riente que el Romanticismo nos ha enseñado a ver en el mundo homérico, está—a mi desautorizado entender—teñida, a través del ciego cantor, de tristeza y distancia elegíaca, envolviéndose en un delicado y decadente tono de "crepúsculo de los dioses", incluso con manifestaciones estilísticas de mágica y rebuscada convencionalidad—como el "epíteto"—, al lado del habla más viva y espontánea.

La síntesis, en forma de arte, de ambos elementos, se logra de modo especialmente propicio en el ámbito del catalán de Carles Riba.

Hallamos expresiones directas como golpes, casi humorísticas, en boca de héroes y malvados; que, a veces, se llaman *senyor* Hefestos o *Missenyora Circe:*

> *...Si perquè saps tantes coses de l'antigó, ens entabanes*
> *ambs els teus parloteigs el minyó, l'empenys a embravir-se...* (Pág. 44.)
> *...jo banquetegi callant i em doni tranquil* la gran vida. (Pág. 47.)
> *...fins que el pare m'haurà tornat els presents, fin a l'últim,*
> *que li vaig consignar per* la cara de gos de sa filla:
> era bonica la noia, *però el seu cor no s'atura.* (Pág. 146.)
> *...ma túnica*
> *esparracada, engrudosa, ennegrida de males fumeres.* (Pág. 244.)
> *—Té, un mort de gana guiant un mort de gana, no falla:...* (Pág. 303.)
> *—Déus! ¿I què ens garganteja el golafre, roda que roda?*
> *Sembla la vella del forn!* (Pág. 317.)
> *He suat, quan t'he vist, i estic* si ploro no ploro... (Pág. 355.)

Se observará, aun con sólo estos ejemplos—tomados con bien diversa intención—la calidad musical de la unidad rítmica que Carles Riba ha creado para traducir el exámetro homérico. Aunque el catalán—por tener, como es sabido, mayor frecuencia de acentos de intensidad que el castellano—podría acercarse hacia una fiel copia tónica del ritmo cuantitativo grecolatino sin producir tan desagradable efecto de sonsonete como el logrado en castellano por algún poeta meridional que no es indispensable citar; no ha sido ésa, naturalmente, ni tampoco una simple lectura "a lo bárbaro", la solución de Riba. El ha buscado un equivalente elástico, que, evocando la sensación que los viejos exámetros dejan en un oído moderno, pertenezca, sin embargo, al sentido actual del ritmo poético, con su "crisis del sentido silábico regular". Ya Rubén Darío había aborda-

do análoga empresa—para ser exactos, respecto al dístico—en su *Salutación del optimista*, y, como era de esperar—por la elástica estructura acentual del castellano, a que antes se aludía—, el resultado fué de una amplitud y libertad que escapa a todo designio de escandir el verso.

El canon del verso está puesto en el vivo fluir sonoro de la voz, donde el verso demuestra o no su legitimidad orgánica. La poesía debe ser—usamos otra vez palabras de Riba—"poesía para ser recitada".

> *En la voz, y únicamente por ella, tiene (la poesía) la última y necesaria realización de su cualidad, y se comunica plenamente aun al lector solitario.*

Por eso celebré, en otro momento y lugar ya muy perdidos, la aparición de la "poesía en disco", que en estos años va cundiendo por todas las latitudes: dentro de unos decenios nos parecerá tan natural tener a un poeta en *microsurco* como en papel biblia".

Véase ahora una muestra de la fluidez narrativo-melódica que alcanza esta versión poética, pensada en la voz y para la voz:

> *Després, polsant les cordes, preludiava un cant dolç,*
> *d'Ares: els seus amors amb la ben coronada Afrodita,*
> *com per primera vegada s'uniren a casa d'Hefestos,*
> *en secret, i els presents que va fer, i el sollat matrimoni*
> *del senyor Hefestos, i com va anar-li de nunci*
> *el sol, que els va repara units en l'obra amorosa.* (Pág. 114.)

Pero si seguimos comentando todas las sugestiones teóricas que ofrece Carles Riba en su versión y en su prólogo, no acabaríamos nunca. Riba, como casi todo poeta importante en nuestros días, es un poeta temiblemente consciente, cuya "poética—ya eficazmente esbozada en el librito de Joan Triadú, *La poesia segons Carles Riba*—esperamos ver algún día redactada, con la plena extensión y responsabilidad de un libro unitario "de cuerpo entero". Pues, al lado de su propia poesía y de su labor de traductor, ésta es su tercera dimensión de interés universal. Valga esta nota como augurio y ruego, recordando—salvo en lo de *estranger*, que aquí no sirve—el pasaje de su versión, en que dice (pág. 308):

> *¿Quim estranger convidem, un mateix anant a cercar-lo*
> *fora, si doncs no és un d'aquests que treballen pel poble,*
> *un profeta o un metge o un mestre d'obres de fusta*
> *o un cantor divinal que ens delectés amb sos càntics?*
> *Son aquests els mortals cridats del cap de la terra.*

JOSÉ MARÍA VALVERDE

ESPAÑA Y EL BACHILLERATO COLOMBIANO

Quiérase o no, la España de hoy no puede ser desconocida, ni los españoles de ahora nos conformamos con una nostálgica y, a veces, ritual referencia a la España del XVI.

Mejores o peores, existimos, y nuestra realidad presente, aunque esforzada, posee creciente alegría al sentirnos pueblo prócer, con destino y tarea para un mundo mejor.

Cuando Caicedo Ayerbe, en su conferencia del 25 de marzo de 1955 (fecha del decreto 925, que reforma sustancialmente el Bachiller colombiano), explicando las razones y alcance del referido decreto, se enfrenta con la problemática ideológica del mundo moderno, afirma que, personalmente, para él no aparece en el horizonte nada tan noble ni tan elevado como la idea del caballero cristiano medieval ni nada tan heroico y trascendente como el español del siglo XVI. Pero, a renglón seguido, queremos decir que nos duele España cuando afirma en el mismo texto que Colombia hizo el tránsito de colonia española a dependencia de los vastos dominios de la cultura francesa, entregándose sin reserva a tal cultura, a lo largo del siglo XIX, no tanto por elección cuanto por destino causado por una decadencia natural y espiritual de España, razón ésta—añade—por la que otra nación latina fué la nodriza de Colombia, que deseaba en el fondo conservar los antiguos vínculos de catolicidad y latinidad.

Y nos duele porque a lo largo de sus diez columnas en prensa, Caicedo Ayerbe es frío y silencioso para con mi patria, que además es la patria de esos hombres heroicos y trascendentes del XVI, temeroso tal vez de una descubierta de indiscutibles afinidades de tan cristianísimo pueblo para con nosotros, los hispánicos peninsulares, llegando a pensar que incluso la sugestión de Colombia por Francia, en el XIX, no fué sino inercia colonial, como si España, en tres siglos de contacto con el amerindio, no hubiera terminado su misión en los virreinatos precisamente por la madurez política de las naciones jóvenes de Hispanoamérica.

Tiene un recuerdo especial el ministro de Educación de Colombia para explicar el fracaso de la enseñanza del español en el plan precedente y nada puede causar mayor sorpresa a un castellano que nuestro idioma pueda hablarse y enseñarse despojándolo de todo mensaje y reduciéndolo a subjuntivos y abstractos cuando, por esencia y destino, ha sido y es el transmisor de los más nobles

mensajes universales que humanizaron y capacitaron a la especie humana. Y, por lo mismo, nos duele—y el dolor nos hace hablar— que al comparar los programas que rigen hoy en materia de español con los adoptados por naciones más cultas, en sus respectivos idiomas, halle Caicedo Ayerbe tan tremenda diferencia. Y nos afrenta. Porque al pensar en naciones cultas, piensa en naciones de otros idiomas, olvidando no sólo a España, sino también a todo el mundo hispánico, como si la cultura fuera monopolio inglés, francés o vietnamita.

España, que es pródiga hasta el exceso—como el doctor Caicedo Ayerbe—en admiraciones por cuanto hay más allá de la frontera, que tiene, además, pudor de sus propios valores, se alegra, por afecto, del bien que se espera de la nueva programática para la Enseñanza Media en Colombia. Máxime cuando ahora se aplica a la enseñanza un criterio nacional, buscando soluciones a los propios problemas sin operar con patrones mentales desconectados de su cuerpo político-social. Y nos satisface, también, porque esta autarquía espiritual, que legítimamente recaba para sí Colombia en su política educadora, será fraterna y unívoca con lo español, y, de este modo, los españoles tendremos el privilegio de estar más cerca que los restantes pueblos no hispánicos.

Tan es así, que las cuatro conclusiones de la reforma que concreta Caicedo Ayerbe son idénticas a las perseguidas por la ley española de Enseñanza Media de 26 de febrero de 1953, veinticinco meses anterior al decreto 925 de Colombia: Reducción de materias, simplificación de programas, superación de dualismo entre método progresivo intensivo y método cíclico y, sobre todo, el abandono del Bachillerato único por un tipo de educación que contemple dos ciclos: uno básico, de cuatro años, y otro superior, de dos.

Salvando las diferencias concretas de cada país, sociales, políticas y económicas, los principios y los detalles son sorprendentemente coincidentes, habida cuenta de que para Caicedo Ayerbe, desde que Colombia tomó por nodriza a Francia, por la decadencia natural y espiritual de España, nadie ha reemplazado a Francia.

Y como Caicedo Ayerbe expresamente dice que, en la deseada mejora educacional, lo que le da un contenido auténtico es la forma de presentarla a la mentalidad estudiantil, y habiendo sido presentado el decreto que comentamos por la conferencia del doctor Caicedo Ayerbe, donde se trata fríamente el alma hispánica, se silencian las notorias afinidades con la ley española, se declara la persistencia del vacío histórico de lo español por natural decadencia,

y la vigente rectoría de lo francés, que sólo cede a lo autóctono, y estimando el que ahora escribe que tal manera de presentar el meritorio y nuevo plan de enseñanza media colombiana no es conforme a verdad histórica, con legítimo orgullo y en defensa de una actitud hispánica que sinceramente viven con nosotros muchos estudiantes colombianos, me permito, seguidamente, anotar las semejanzas del referido texto legal colombiano con la ley española vigente, para terminar con una referencia al plan francés, porque es de justicia dar a cada uno lo suyo y no desertar con omisiones en el alma hispánica, hoy también acechada por pueblos de distinta mentalidad y cultura que jamás fueron portadores como tarea histórica del mensaje de Cristo.

He aquí, pues, los textos aludidos:

ESPAÑA	COLOMBIA
Ley de 23 de febrero de 1953	Decreto 925 de 25 de marzo de 1955
Búscase además en esta ley, en el orden técnico, descongestionar los programas para que el alumno aprenda mejor las disciplinas esenciales, reducir el horario de trabajo intelectual de los estudiantes para que puedan disfrutar convenientemente de ejercicio deportivo y de la vida de familia, dejando, además, a sus profesores margen para una complementaria acción educadora.	*Es unánime en el país la convicción de que el actual bachillerato adolece de graves fallas, tales como el excesivo número de materias, su desarticulación, el recargo de programas, la ausencia de criterio psicológico en la selección y distribución de asignaturas, la orientación hacia un memorismo estéril..., desarrollando la pasividad de los alumnos por los defectos del sistema y las inmoderadas exigencias en las tareas domésticas.*
Art. 1.° La enseñanza media es el grado de la educación que tiene por finalidad esencial la formación humana de los jóvenes y la preparación de los naturalmente capaces para el acceso a los cursos superiores. Art. 10. La educación de grado medio debe comprender, además del cultivo de los valores espirituales, la formación moral o del carácter, la formación intelectual y la físicodeportiva. Art. 12. ...como complemento de la formación intelectual, debe cultivarse la sensibilidad estética de los alumnos.	*El bachillerato no debe organizarse solamente como etapa de preparación para el ingreso en las Universidades, sino como ambiente dentro del cual se promueve con estímulos adecuados el normal desarrollo de todas las facultades del adolescente, sean físicas, morales, intelectuales o estéticas, por constituir este desarrollo armónico de la personalidad la mejor preparación para los estudios superiores.*
Tratamos en este bachillerato y este título de grado elemental de orientar hacia otras carreras menores, todas muy necesarias para el creci-	*El Estado debe atender todas las aspiraciones vocacionales distintas de las estrictamente universitarias, abriendo nuevas sendas a la capaci-*

miento de la industria y la economía española, a una parte de nuestros jóvenes. (Discurso del ministro a las Cortes.)

Se fijen orientaciones para la protección económica de todos los centros oficiales y no oficiales que lo necesiten y que presten un fecundo servicio al interés de la nación y se fijen las bases para una clasificación institucional de los centros docentes.

Art. 78. El estudio del Bachillerato se divide en dos grados: elemental y superior.

El primer grado del bachillerato durará cuatro cursos (art. 79). Al terminar, los alumnos practicarán las pruebas exigidas por el Estado para la colación del título de Bachiller elemental. El bachillerato superior durará dos cursos más.

Los bachilleres de grado superior que aspiren al ingreso en facultades universitarias... seguirán un Curso preuniversitario para completar su formación (art. 83).

Art. 80. Las materias propias del grado elemental serán:

tación profesional en institutos especiales y estimulando el progreso económico con las organizaciones de nuevas carreras que el desarrollo del país reclama inaplazablemente.

El Gobierno organiza el bachillerato buscando el que mejor consulte los intereses nacionales.

Art. 1.º Establécese el bachillerato básico de cuatro años, y el bachillerato universitario de seis años.

Art. 9. El bachillerato universitario comprenderá el bachillerato básico y dos años más de estudios preuniversitarios.

Religión	Religión.
Geografía e Historia	Geografía e Historia.
Lengua Española y Literatura	Castellano.
Un idioma moderno	Inglés.
Matemáticas	Aritmética, Geometría (4.º) Algebra.
Dibujo	Dibujo.
Ciencias Físicas, Químicas y Naturales	Física y Química, Historia Natural, Anatomía y Fisiología.
Latín	Suprimido y muy criticado.

Art. 84. El Ministerio señalará los límites del horario de trabajo para que éste permita el natural desarrollo físico y psicológico de los escolares... y la conveniente participación del alumno en la vida familiar.

Art. 85. La educación física es obligatoria en todos los cursos y horarios escolares y en los exámenes y en las pruebas de grado.

Art. 82. El bachillerato superior durará dos cursos y comprenderá materias de cultura general comunes a todos los alumnos, aunque permitirá a éstos una opción vocacional respecto de algunas asignaturas de ciencias o letras.

Art. 82. Serán materias obligatorias, de acuerdo con la orientación vocacional del alumno para los de letras, latín y griego; para los de ciencias, matemáticas y física.

Art. 2.º El bachillerato básico estará constituído por las siguientes materias:

Estudio dirigido (art. 1.º). Art. 5.º Dentro de las horas de estudio dirigido los alumnos realizarán, en el respectivo plantel, y bajo la vigilancia del profesor, las tareas correspondientes a las lecciones recibidas.

Educación física (art. 1.º) Art. 6.º Es obligatorio para todos los colegios la organización de una tarde de deporte.

Art. 10. Los dos años de bachillerato universitario quedarán organizados en tres ramas de orientación vocacional: ciencias naturales, ciencias técnicas y disciplinas humanísticas.

Art. 11. El funcionamiento y plan de estudios de los dos años de bachillerato universitario serán fijados posteriormente.

Por último, el plan francés:

El plan francés no es de ahora: lleva muchos años de vigencia y hoy está sometido a revisión en intento de reducir materias y adaptarlo a las necesidades actuales, que no puede seguir desconociendo. Tal como es, el bachillerato francés hoy vigente consta de siete cursos: El primer año se llama clase 6.ª Este curso y el segundo año (clase 5.ª) tienen un único programa para todos los alumnos; y en este primero y segundo años, se estudia Latín. En la clase cuarta (que es el tercer año), se admiten cinco posibilidades: Clásica (con Griego), Idiomas (con Latín y dos lenguas modernas), Matemática, Moderna (sin Latín) y Técnica.

La clase tercera (que es el cuarto año), y la segunda y la primera continúan el período cíclico con las mismas especialidades. Al fin de la primera clase, o 6.º año, hay un examen final de la primera parte del bachillerato o *baccalauréat*. Superada con éxito esta prueba, comienza la parte segunda del bachiller francés, que tiene un año de duración. Este año puede dedicarse a Filosofía, Matemáticas, Ciencias Experimentales, y hoy tenemos noticia de que existe una nueva sección de tipo económico.

Aprobada esta segunda parte, se obtiene el Grado de Bachiller. Para ingresar en las Facultades Universitarias, por regla general no se precisa realizar exámenes de acceso. Para las Letras puras, se exige un curso preparatorio o preuniversitario.

De lo expuesto, creemos haber probado la superioridad del sistema español y las afinidades de éste con el nuevo Bachillerato colombiano.

ESTEBAN MESTRE

REFLEXION ANTE DOS LIBROS DE NARRACIONES

Durante bastante tiempo hemos seguido los pasos a la producción literaria de Ignacio Aldecoa. Cerca de medio centenar de narraciones habían caído en nuestras manos, desperdigadas en revistas y periódicos diarios. Su nombre, el nombre de este joven escritor alavés, había sonado insistentemente en certámenes convocados para premiar originales de esta difícil, e injustamente olvidada, baraja literaria del cuento o narración corta. Ignacio Aldecoa fué finalista

en el concurso instituído por *La Novela del Sábado,* en 1953. Y en el mismo año obtuvo el Premio de Juventud de cuentos. Con su primera novela estuvo a punto de conseguir la tercera edición del Premio Planeta. Por todas estas felices coyunturas—y por el reguero continuo, inacabable, de sus narraciones cortas—, Ignacio Aldecoa, sin llegar a publicar ningún libro grande, se había ganado, a pulsos de buen escritor, un puesto envidiable en nuestras jóvenes letras mucho antes de aparecer su novela *El fulgor y la sangre.*

Ahora, Ignacio Aldecoa se decide a recoger una mínima parte de sus cuentos, a darles una categoría superior, durable, y a salvarlos de las olvidadas planas de las revistas. Cinco narraciones van en *Vísperas del silencio* (Tauras Ediciones, Madrid, 1955), y diez en *Espera de tercera clase* (Ediciones Puerta del Sol, Madrid, 1955). En el primero, se inserta *El mercado,* novela corta con la que Aldecoa logró situarse en los primeros puestos del concurso de *La Novela del Sábado;* en el segundo, *Seguir de pobres,* premio Juventud, 1953. Junto a ellas, el resto de las narraciones nos dan una dimensión cabal de la categoría literaria del autor. Exactamente igual que si Aldecoa hubiese escogido otras cualesquiera de su producción. Tal es su regularidad de oficio, tal su profunda regularidad de buen escritor.

¿Denominador común de estos dos libros recientemente aparecidos? Tendríamos que abordar un profundo estudio de la labor de Ignacio Aldecoa. Nos veríamos obligados a un minucioso examen de entronques y formación. Cumpliría seguir una trayectoria larga, extensa, exhaustiva. Teniendo que renunciar a ello por imperativos de espacio—nos saldríamos de nuestra concreta intención de nota bibliográfica—, nos duele, empero, medir por fáciles y vagos raseros, precisamente porque no nos interesan los juicios gratuitos, tomados a ojo de buen cubero. ¿Podemos, por tanto, admitir lo que hemos oído repetir a diestro y siniestro sobre la obra de Aldecoa? ¿Podremos aceptar, sin más razones, que en este escritor se suman ternura y humanidad; desesperanza y resignación? ¿Podremos asegurar, como se ha dicho, que la vocación, en Ignacio Aldecoa, su profunda y sincera vocación, es el motor de su literatura? ¿Que Ignacio Aldecoa es el novelista de lo pequeño, de lo despreciado, de lo remoto e ignorado a fuerza de desconocido? Puede, pero con muchas salvedades y a costa de saltarnos bonitamente todo lo que, antes de nada, juzgamos más representativo de la obra de este escritor. Porque lo primero que nos interesa de Ignacio Aldecoa es su nervio narrativo, su garra para bien contar. Si escoge lo pequeño—a

veces, no siempre—, lo minúsculo, y lo que a fuerza de mirar al cielo los demás no vemos, es, sencillamente, porque va mejor a su potente foco literario, de clara y diáfana luz. (Nuestra generación literaria estaba cansada de oír hablar de la importancia de lo nimio y de lo vulgar. Tuvo que llegar Ignacio Aldecoa para, sin decirlo, demostrarlo.) Y si a esta personalísima luz brilla el perfil minúsculo de las pequeñas cosas, la prosa de Ignacio Aldecoa se agiganta y cobra reflejos de austera y sobria belleza. No importa, o mejor, sí importa, porque coadyuva con su sequedad a esquinar las aristas que se quieren perfilar, que su prosa sea, a veces, estudiadamente desprovista de toda gala retórica. Y aún más, en ocasiones, seca y dura. ¿Es que no son secas y duras las vidas monótonas y grises de *Mendaña*, el maquinista; de *Gorrinito* y *Volante*, los del *Callejón de Andín*; de *Chico de Madrid*, de *Pío*, el *del Solar;* o del niño *Sebastián?* A nuestro entender, el buen tino, la maestría, residen en ese saber dosificar la prosa, la intención, la desnudez casi impúdica del lenguaje, que aquí no es, como en algún caso concreto, pobreza de léxico, sino, muy por el contrario, acierto en la búsqueda de claridades y exactitudes.

¿Cuántas cosas más podrían decirse de estos dos libros de Ignacio Aldecoa? Algún día (no pierdo la esperanza) escribiré largo y tendido. Aldecoa, con el tiempo, tendrá mucho que decirnos. Con ese tiempo, justamente, que le otorgará una dimensión envidiable y un puesto señero en nuestra Historia literaria.

MARIANO TUDELA

UN BALANCE DE LA NATO

"El día en que se firmó el Tratado del Atlántico Norte nació una nueva esperanza en nuestra civilización occidental", ha afirmado Stephanos Stephanopoulos, presidente del Consejo Ministerial de la Nato. Y tal creencia se desprende, idénticamente, de la lectura de la publicación que reseñamos (1).

La obra se divide en tres partes: historia; funcionamiento de la Nato; y realizaciones.

---

(1) Vid. Lord Ismay: *Nato, les cinq premières années, 1949-1954.* París, 1954, in 8.°, XI, 297 páginas, varias figuras.

Este informe, describiendo la imposibilidad de las naciones occidentales de llegar a un acuerdo con la U. R. S. S., en las materias importantes, relata el abandono por parte de los Estados Unidos de la política de aislamiento y la adopción de una nueva política extranjera. A la *Doctrina Truman* siguió el *Plan Marshall.* Este *rapport* pasa revista a los sucesos de relieve vinculados al mundo occidental: el discurso de Churchill, en Fulton, en marzo de 1946; la profecía de Saint-Laurent, en septiembre de 1947, relativa a un pacto entre "naciones democráticas y pacíficas; la proposición de Bevin, de marzo de 1948; el mensaje de Bidault al general Marshall, en marzo de 1948; el Tratado de Bruselas; el Tratado del Atlántico...

Otro perfil comentado se refiere a las implicaciones de la guerra de Corea (fin del período de optimismo prudente y de los progresos lentos y metódicos: en septiembre de 1950, el Consejo del Atlántico decidió la creación en Europa de una fuerza militar integrada).

Resáltase, parejamente, la necesidad de conciliar las necesidades de orden militar con los recursos económicos del país (investigaciones emprendidas en septiembre de 1951; y conclusiones aceptadas en la sesión del Consejo, en Lisboa, en febrero de 1952)...

La segunda parte de la publicación, acerca del funcionamiento de la Organización, descubre la estructura civil y militar de la Nato.

Con relación a las actividades, se considera al Consejo como: *a)* Tribuna de discusión y cambio de opiniones de orden político. *b)* Organo de verificación, en los terrenos administrativo y financiero, de los gastos civiles y militares, y de repartición de los gastos comunes entre los países miembros. *c)* Núcleo con responsabilidades considerables respecto a las autoridades militares. *d)* Organo encargado de estudiar la situación del frente interior de las diversas naciones.

Asimismo, se estudia el significado del Secretariado Internacional (591 personas, el 1 de julio de 1954; de ellas, 61 francesas).

El autor analiza la estructura militar de la Nato (Comité Militar; Grupo permanente, etc.).

En esta parte se encuentra también una descripción del complejo proceso instituído por la Nato, bajo el nombre de *Examen Anual.*

En la tercera sección, Lord Ismay presenta un resumen de los resultados obtenidos por la Organización hasta julio de 1954. Obsérvese que, un año después de la firma del Tratado, la alianza no disponía en el Continente europeo más que de unas catorce divisiones y de menos de un millar de aviones; frente a las veinticinco

divisiones rusas estacionadas fuera del territorio de la Unión Soviética, sostenidas por unos seis mil aviones, fuerza respaldada por ciento setenta y cinco divisiones en el interior de la U. R. R. S. En la hora actual, las fuerzas de la Nato se elevan a un centenar de divisiones—de activo y de reserva—, en grados diversos de preparación para el combate.

El *rapport* recoge estimaciones acerca de la introducción de las armas nuevas; en torno a la infraestructura (el segundo gran éxito de la Nato). Mereciendo recogerse las apreciaciones de Lord Ismay: "La cooperación entre los países miembros en el dominio de la producción de defensa, se ha desenvuelto en proporciones que hubieran parecido inconcebibles hace diez años."

En fin, el autor habla de las actividades de la Nato en la esfera no militar (estudio del problema de la superpoblación; importancia de la opinión pública; publicaciones, emisiones, viajes de periodistas y parlamentarios a la sede de la Organización).

Al texto, acompañan catorce anexos y ocho apéndices. Además, en este informe se incluyen diecinueve gráficos, dos *cartas* (una de la zona del Atlántico Norte, y otra de los *commandements* de la Nato), y una tabla de materias.

Pero, tal vez, el pensamiento de Lord Ismay venga resumido en las siguientes aseveraciones: la Nato constituye "una experiencia revolucionaria y constructiva, en materia de relaciones internacionales". A tal afirmación, cabe añadir otro aserto, no menos significativo, contenido en la siguiente interrogación: "¿No estamos en el derecho de afirmar que, si en 1914 ó en 1939 hubiera existido un acuerdo semejante, la historia del siglo XX hubiera tomado otro curso y que el mundo, quizá, hubiera escapado a la carnicería y a las destrucciones de las dos guerras mundiales?"

Hay margen para que esto sea suficiente en el ámbito de la política internacional. Con ello, queremos indicar que no entramos en las postulaciones desenvueltas por algunos comentaristas internacionales—Schick, W. Eric Beckett, Kelsen...—en torno a la significación jurídico-política de tal Acuerdo. Es decir, concretamente: el Tratado del Atlántico, ¿tiene el carácter de *acuerdo regional*, a tenor de las reglas de las Naciones Unidas? En todo caso, recuérdese la tesis mantenida por Trigve Lie: "Ningún *acuerdo regional* puede... ser un sustitutivo satisfactorio de las Naciones Unidas." Para llegar a consignarse que la aceptación popular de las alianzas, en lugar de una seguridad colectiva genuina, extendida a todo el mundo, es susceptible de poner en peligro la esperanza de una

paz duradera. Similares apreciaciones se explayaban en un folleto publicado por la American Association for the United Nations. (Cons. *New York Times*, 30 de enero de 1949, pág. 9.) Y, ciertamente, los citados testimonios no representan una posición aislada y única. Anotemos cómo C. K. Streit ha mostrado bien poco aprecio a los sistemas de seguridad colectiva *tipo Locarno*, en *Unión Now*, edición de 1949, págs. 56-61.

En fin, no se eche a olvido el movimiento partidario de un fortalecimiento de la estructura de seguridad de los países atlánticos, destacando la insuficiencia del Tratado del Atlántico. A este respecto, nos vienen al recuerdo los nombres del estadounidense Streit, mentado más arriba, y del francés Billotte. Nosotros mismos hemos aludido a tales directrices políticas. No hay sino recordar "En torno a la Unión Atlántica", inserto en el número 8 de los *Cuadernos de Política Internacional*. Y, recientemente, hemos vuelto a comentar el tema en el semanario *Mundo* (en el número de 20 de febrero del presente año, págs. 237-239).

LEANDRO RUBIO GARCÍA

INDICE

Portadas y dibujos de la pintora argentina *Beatriz Díez.*

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

FUNDADOR

PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTORES

MARQUES DE VALDEIGLESIAS
LUIS ROSALES

SECRETARIO

ENRIQUE CASAMAYOR

DIRECCIÓN Y SECRETARÍA
LITERARIA

**Avda. de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica
Teléf. 24 87 91**

ADMINISTRACIÓN

**Alcalá Galiano, 4
Teléfono 24 91 23**
MADRID



EN EL PROXIMO NUMERO 71
(NOVIEMBRE 1955)

ENTRE OTROS ORIGINALES:

Adolfo Maíllo: *Técnica y cultura.*

Luis Mariñas: *La evolución intelectual de Guatemala.*

Manuel García Blanco: *El escritor mejicano Alfonso Reyes y Unamuno.*

Luis Rosales: *La adolescencia de Don Quijote* (y II).

Joaquín Villanueva: *El problema del indio en Bolivia.*

Francisco Alemán Sáinz: *El viaje por la gran calle.*

Juan A. Gaya Nuño: *Pancho Cossío y la tradición pictórica.*

J. G. Manrique de Lara: *Poemas.*

"El mes diplomático" y las habituales secciones de actualidad iberoamericana y europea.



Precio del número 70
QUINCE PESETAS

EDICIONES
MUNDO
HISPANICO